

# I RESEÑAS IBEROAMERICANAS

## I IBEROAMERICAN REVIEWS

ENRIQUE GARCÍA SANTO-TOMÁS / ANNETTE PAATZ / JOSÉ LUIS SÁNCHEZ NORIEGA / PABLO ROJAS / ÁLVARO CEBALLOS VIRO / GUILLERMO HERRÁEZ CUBINO / INEKE PHAF-RHEINBERGER / CARMEN RUIZ BARRIONUEVO / URSULA ARNING / TANIA PLEITEZ VELA / MARÍA JOSÉ BRUÑA BRAGADO / JULIO PEÑATE RIVERO / GUSTAVO ALBERTO QUICHIZ CAMPOS / PAULO A. GATICA COTE / SONIA REMIRO FONDEVILLA / WALTHER L. BERNECKER / JEAN-PIERRE TARDIEU / URSULA PRUTSCH / ANALÍA MAGAZZÚ / JOCHEN PLÖTZ / LENÁ MEDEIROS DE MENEZES / HÉCTOR GHIRETTI / ULRICH MORENZ / SVEN SCHUSTER / STEPHAN KROENER

### 1. LITERATURAS IBÉRICAS: HISTORIA Y CRÍTICA

**Javier Irigoyen-García: *'Moors Dressed as Moors': Clothing, Social Distinction, and Ethnicity in Early Modern Iberia.* Toronto: University of Toronto Press, 2017. xxix + 321 páginas.**

El presente estudio examina una serie de usos del atuendo moro (*moorish clothing*) en la Península Ibérica desde 1492 hasta la primera mitad del siglo xvii con el fin de identificar los cambios experimentados en la transición del Medioevo a la Modernidad. Continúa así una línea de investigación de gran rendimiento crítico que en el panorama norteamericano contaba ya con excelentes trabajos como los de Noel Fallows, *Jousting in Medieval and Renaissance Iberia* (Woodbridge: Boydell, 2010) y Núria Silleras-Fernández, *Chariots of Ladies: Francesc Eiximenis and the Court Culture of Medieval and Early Modern Iberia* (Ithaca: Cornell University Press, 2015). Una de las tesis principales de esta “genealogy of discourses and imaginaries” (p. 22), como pronto se nos indica, es que estas prendas tenían poco

que ver con “theatrical impersonations” (p. 10) y mucho que decir sobre el estatus social de quien las llevaba. Javier Irigoyen-García se enfrenta así a la paradoja, varias veces postulada en décadas recientes, de que este tipo de ropaje fuera tan atractivo para las clases privilegiadas (e incluso para algunos monarcas, ya desde la dinastía Trastámara) al tiempo que era condenado desde el ámbito legal. El caso particular de Felipe II, que prohibió ropaje morisco en 1567 al tiempo que se engalanaba con él a la hora de participar en juegos de cañas, es, por ejemplo, una de las ironías más significativas que no pasan desapercibidas en estas páginas. Y una de las mayores virtudes de este trabajo, por tanto, es el cuidado con el que aborda las complejidades, contradicciones y matices que se desprenden de este fenómeno.

El libro está dividido en dos partes, “‘Morisma nueva de Christianos’: Iberian Christian Moorish Clothing” y “Moorishness in the Eye of the Beholder: Moriscos as Dressed Bodies”. Los cuatro capítulos que componen la primera par-

te reflexionan sobre estas celebraciones caballerescas en donde la ropa morisca fue utilizada por el cristiano viejo como marca de distinción nobiliaria. El primer capítulo, titulado “Moors at Court”, está dedicado a los juegos de cañas celebrados en la corte desde fines de la Edad Media hasta finales del siglo XVII a través de lo que nos ha quedado en testimonio escrito y visual con el fin de iluminar cómo el ropaje moro estaba firmemente integrado en este tipo de ceremonias aristocráticas. Se pasa así al siguiente capítulo, “Moorish Clothing and Nobility”, en torno a la producción y circulación de esta indumentaria no solo como marca de distinción social, sino también como motivo de acusación de corrupción o nepotismo en las instancias en que se usaba como uniforme. Como se sugiere en el capítulo titulado “Unlawful Moorishness”, las representaciones literarias de lo moro (*moorishness*), que fueron desde la ‘islamofobia’ más mordaz hasta la ‘maurofilia’ más edulcorada, no solo animaron los debates en torno al lugar de los moriscos en la construcción de una identidad nacional, sino que también “may be symbolic resolutions for class struggle” (pp. 15, 59). El capítulo cuarto (“Lope’s Moors: Self-Fashioning and Resentment”) vuelve a uno de los temas más fascinantes del canon literario, a saber, la relación de Lope de Vega con este fenómeno tanto en la articulación de su persona literaria como en las ficciones que inventa: “the specific case of Lope de Vega”, avanza el autor, “reveals that literary and performative uses of maurophilia or maurophobia also served to articulate the social relations between performers and audiences, between pa-

trons and writers, and between sponsors and riders in the game of canes” (p. 95).

Los siguientes cuatro capítulos se centran en cómo la legislación sartorial contra los moriscos dificultó su integración social, argumentando que el conocido cliché de que estas comunidades se vestían de forma distinta no se justifica empíricamente. El capítulo 5, “Policing Moriscos in Sixteenth-Century Granada”, examina la cambiante percepción y control de las prácticas sartoriales de los moriscos en el reino de Granada desde 1492 hasta la Rebelión de las Alpujarras (1568-1571) a partir de los decretos de Carlos V (1526) y Felipe II (1567) que, según sostiene el autor, estaban encaminados no tanto a reprimir dicha cultura sino más bien a marginalizar aún más a su élite, vetando el acceso a signos de estatus social disponibles solo a cristianos viejos. El capítulo sexto (“Searching for the Iberian Moorish Morisco”) estudia la diseminación de lo que se denomina “the search for Morisco sartorial difference” (p. 20) al resto de la Península Ibérica desde la Guerra de las Alpujarras hasta el momento de la expulsión en 1609. El autor se detiene en una serie de casos en los que el morisco se construye como mantenedor de esta ‘diferencia sartorial’ en comunidades de Murcia, Badajoz, Valle de Ricote y Alicante. La evidencia apunta a que no hubo acuerdo en cómo interpretar estas diferencias, si bien el cuerpo morisco se hizo significativo en su diferencia en contextos socio-económicos y políticos no necesariamente ligados a las percepciones religiosas y culturales que se estaban intentando implementar. El capítulo séptimo, “Moriscos Performing as Moors” se enfoca en aquellas ocasiones en las que los moriscos se vistieron como

moros junto a cristianos viejos en zamboras, juegos de cañas y desfiles militares en los que no dejaron de verse con recelo en cuanto la práctica apuntaba a la posibilidad de ascenso social a sus participantes. Estos casos, subraya Irigoyen-García, revelan que los moriscos probablemente vieron en el estilo moro no tanto una cuestión de identidad cultural, sino más bien una oportunidad de dicho ascenso. El octavo capítulo, titulado “Moriscos as Theatrical Bodies”, se acerca a la literatura y a textos propagandísticos del periodo con el fin de analizar lo que el autor entiende como una ‘teatralización’ del cuerpo morisco, generalmente desde un prisma que lo presenta como empobrecido y desechable. Se produce un fenómeno curioso en la medida en que los textos dramáticos de las décadas posteriores a la expulsión ‘exotizan’ al morisco al representarlo vestido de moro en un momento histórico en que la prenda morisca va poco a poco perdiendo su prestigio social.

La ropa mora, sostiene el autor, tenía un valor social concreto en un período específico, y ese valor históricamente definido en la sociedad dominante condicionó tanto la forma en que los cristianos viejos encarnaban lo moro (*moorishness*) en términos de identidad social como en la misma representación de los moriscos, articulada de forma ambivalente tanto en lo legal como en lo literario. Por ello, esta indumentaria sirve como la herramienta más eficaz para homogeneizar al colectivo morisco y para visualizar su pretendida diferencia cultural; convierte al cuerpo morisco en un ámbito exótico en sus reencarnaciones artísticas y religiosas; y da lugar a una serie de recreaciones literarias de suma importancia. El enfoque del estu-

dio le da la posibilidad a Irigoyen-García de participar en el debate contemporáneo en torno al problema de la asimilación de los moriscos en la sociedad premoderna, tomando partido por las voces que han defendido una asimilación a la sociedad cristiana dominante. No se debe caer en la tentación de pensar que todos los moriscos iban vestidos con ropaje moro, concluye el profesor de la Universidad de Illinois, porque en realidad muchos de ellos eran indistinguibles de los cristianos con los que convivían: “The Moorishness of the Moriscos”, se nos sugiere, “exists only in the eye of the beholder” (p. 19).

Es este un libro de lectura estimulante, rico en ideas y de gran calado a la hora de pensar cuáles fueron las coordenadas identitarias definidas por la ropa, por el papel de lo exótico o lo orientalizado y por la presencia o no de marcas de género y clase en determinadas tradiciones y celebraciones. Participa en debates de gran actualidad en la historiografía presente, como el de la convivencia post-1492, el de las conmemoraciones como procesos de exaltación patriótica o el de la cultura material de ciertos tejidos, colores, formas y texturas que con tanta eficacia logró definir a esta sociedad en continua transformación. El rastreo de fuentes llevado a cabo por el autor es notable, cubriendo un amplio registro que va desde tratados ecuestres, libros de sastre, libros de acuerdos y actas del cabildo, ofreciendo al lector detalles reveladores de la historia cultural de estas comunidades. El aparato de notas es óptimo en extensión y amplitud, y las imágenes incluidas al inicio del libro resultan de gran utilidad. Las erratas son casi inexistentes (quizá la más notoria sea ‘Barreiro’ en vez de ‘Barredo’ en la página

33) y la bibliografía final supone una muy útil herramienta de trabajo para comprender no solo la genealogía crítica en torno al problema morisco, sino también las diferencias y similitudes en dos prácticas críticas a veces tan distintas como son la europea y la norteamericana.

ENRIQUE GARCÍA SANTO-TOMÁS  
(UNIVERSITY OF MICHIGAN, ANN ARBOR)

José María Ferri Coll / Enrique Rubio Cremades (eds.): *La tribu liberal. El Romanticismo en las dos orillas del Atlántico*. Madrid / Frankfurt a.M.: Iberoamericana / Vervuert, 2016 (Juego de Dados. Latinoamérica y su Cultura en el XIX, 5). 347 páginas.

Resultado del XII Congreso del Centro Internacional de Estudios sobre Romanticismo Hispánico Ermanno Caldera, el presente título se dedica a las relaciones literarias entre América Latina y España en el siglo XIX, las cuales hasta la fecha y por causas históricas evidentes no recibieron la atención que se les prestó, por otra parte, a las interacciones culturales con los demás países europeos, y en particular con Francia. Lo imprescindible que resultan en este contexto los conceptos de liberalismo, costumbrismo y Romanticismo no solo lo demuestra la introducción de los editores, sino también la composición de los 20 estudios reunidos en el volumen, todos redactados por destacados especialistas en el área. Y lo demuestra sobre todo el protagonismo de Mariano José de Larra en este libro, buen símbolo del vínculo entre liberalismo y costumbrismo que tanto marcó la cultura

decimonónica. En este sentido, también resulta justificado que entre los cuatro apartados, “Costumbrismo y prensa”, “Novela”, “Poesía” y “Teatro”, el primero forme con nueve contribuciones la parte más extensa del conjunto.

La compilación se abre con dos artículos sobre el costumbrismo con referente cubano: Enrique Rubio Cremades rescata *Isla de Cuba pintoresca* (1841) del poco investigado español José María de Andueza, a quien las represalias del régimen de Fernando VII llevaron al exilio cubano —en general, el conjunto de artículos da buena prueba de la importancia de las circunstancias ideológicas personales en las relaciones interculturales decimonónicas—. Rubio Cremades subraya el impacto de *Isla de Cuba* para el teatro romántico cubano, particularmente en su dimensión internacional. Raquel Gutiérrez Sebastián presenta un análisis comparativo de *Los cubanos pintados por sí mismos* (1852) y *Tipos y costumbres de la isla de Cuba* (1881), señalando la deuda que las colecciones tienen con los modelos españoles; identifica los tipos específicamente cubanos y presentes en ambas colecciones de “El vividor (guaguero)”, “El calambuco”, “El mataperros” o “El gallero” (p. 40). También hace hincapié en la descripción de tipos negros, que tan solo aparecen en la segunda colección, y cuya descripción se sigue efectuando “desde la superioridad del blanco” (p. 42).

La estrecha relación entre costumbrismo y prensa se ve confirmada en el trabajo de María de los Ángeles Ayala sobre los “Mesonero y Larra” colombianos, a saber, José Caicedo Rojas y Juan de Dios Restrepo, y el *Museo de artículos de costumbres* (1866). Marieta Cantos Casenave examina “el foco de la linterna

mágica periodística (1808-1865)”, subrayando de este modo la confianza en el adelanto técnico, pero sobre todo el aspecto visual, decisivo en la investigación del costumbrismo y también recurrente en varias de las contribuciones. Periodismo y costumbrismo también se vinculan con respecto a la poesía de Juan Martínez Villergas, autor republicano y liberal que pasó 14 años en Cuba. Dolores Thion Soriano-Molla demuestra cómo la poesía satírica de Villergas pasa por varios proyectos periodísticos a partir de los años cuarenta antes de ser reunida en la antología *Poesías selectas* (La Habana, 1885). Otro de los escritores justificadamente rescatados del olvido en este volumen es Jacinto de Salas y Quiroga, autor de *Viajes. Isla de Cuba* (1840): Ana María Freire reconstruye su biografía a partir de materiales inéditos, entre otros una correspondencia con José Joaquín de Mora.

José María Ferri Coll y Luis Marcelo Martino dirigen la mirada a Montevideo, lugar de agitada actividad periodística debido al exilio de los liberales argentinos durante el régimen rosista: en su análisis de *El Iniciador*, proyecto argentino llevado a cabo en Uruguay, Ferri Coll traza paralelos entre la situación de las nacientes naciones hispanoamericanas y el liberalismo español, destacando una “dualidad en la proyección de España” (p. 56); Luis Marcelo Martino estudia la efímera revista *El Corsario* del argentino Juan Bautista Alberdi (Montevideo, 1840) como proyecto romántico, apuntando, a su vez, a otra dualidad, constituida por la imagen ambivalente con respecto al concepto de Romanticismo. Cabe recordar en este contexto los debates entre Clasicismo y Romanticismo contemporáneos tanto en

España como en Hispanoamérica. Los trabajos de José Manuel González Herrán y Salvador García Castañeda también aportan importantes ideas con respecto al impacto del Romanticismo en la época: García Castañeda retrocede a los años veinte para indagar en la cooperación entre españoles y americanos en *El Repertorio Americano* (Londres, 1826-1827) de Andrés Bello, el cual representa por lo demás uno de los mejores ejemplos del entramado Clasicismo-liberalismo-Romanticismo. Al examinar la actividad periodística de Emilia Pardo Bazán en la prensa americana, González Herrán procede de una manera más bien retrospectiva, ya que Pardo Bazán en gran parte escribía con ocasión de centenarios de románticos españoles como Larra, Pastor Díaz o Zorrilla.

Antonella Gallo indaga en las actividades periodísticas, tanto en España como en Cuba, de Gertrudis Gómez de Avellaneda, y en particular en su trabajo “La defensa de la mujer”. Gallo observa una determinada inconstancia en cuanto a las posiciones adoptadas por la autora cubano-española, en lo cual coincide de alguna manera con el diagnóstico de Rocío Charques Gámez sobre la novela corta *Dolores* (1851) de la Avellaneda, en cuya segunda edición de 1870 observa la eliminación de muchos recursos típicamente románticos. Helena Establier Pérez trabaja sobre otra autora, contemporánea de Gómez de Avellaneda, la guatemalteca de origen español María Josefa García Granados, poco considerada hasta ahora y defensora de posturas antiliberales en su poesía y en su obra periodística satírico-política.

Leonardo Romero Tobar, en sus reflexiones sobre los poetas hispanos europeos y americanos, hace hincapié en la

“transmigración internacional” (p. 160) del Romanticismo debido a la aceleración de la comunicación mediante la prensa y los viajes, y explica las líneas que se cruzan en este momento histórico, desde la perduración del Clasicismo hasta la “coincidencia [...] entre la renovación nacional y la inspiración romántico-liberal” (p. 163). Completando el apartado de la poesía, Borja Rodríguez Gutiérrez se centra en “la voz de la tristeza” (p. 171), presentando poesías melancólicas románticas de España e Hispanoamérica.

Entre los ensayos sobre novela y teatro se encuentran algunos artículos que dan buena prueba de la funcionalización de la historia, otro aspecto crucial en el discurso literario decimonónico. Lidia Carol Geronès trabaja *El nigromántico mejicano* (1838), novela del médico barcelonés Ignacio Miguel Pusalgas, quien crea una parábola del régimen de Fernando VII a partir de la historia precolonial mexicana. Mónica Fuertes Arboix sostiene en su análisis de *Noli me tangere* (1887), la novela fundacional filipina de José Rizal, que la crítica de la clase política y su conservadurismo religioso presente en este texto bien puede leerse como “drama romántico histórico” (p. 289). Montserrat Ribao Pereira analiza y contextualiza el drama histórico *Higuamota* (1839) de Patricio de la Escosura, única pieza del autor que adopta la perspectiva del indígena, estableciendo una conexión con el compromiso liberal del mismo Escosura. Se suma a esta línea el trabajo de Alberto Romero Ferrer sobre “el romántico Don Álvaro”, o sea, el exotismo indígena del duque de Rivas relacionado con la proyección del indiano como modelo positivo para la sociedad liberal decimonónica.

El indiano vuelve a ser el punto de partida para el estudio imagológico del teatro romántico español de David T. Gies. El autor destaca un nuevo auge del tema en el siglo XIX; propone ejemplos de la variedad temática e ideológica con la que aparecen indianos en obras de María Rosa Gálvez, el duque de Rivas, Antonio Alcalde Valladares y Francisco Botella y Andrés, leyendo al indiano como “símbolo o metáfora que revela la inseguridad de una España caduca y conflictiva” (p. 305).

Las contribuciones del volumen ofrecen en su conjunto una imagen pormenorizada y multifacética de la “tribu liberal” y de su complejo entramado discursivo. Concuerdan con el estado del arte de la investigación decimonónica iberoamericana, aportando a la vez nombres poco conocidos hasta el momento. Confirman plenamente la retroalimentación del discurso literario en las dos orillas del Atlántico.

ANNETTE PAATZ  
(GEORG-AUGUST-UNIVERSITÄT  
GÖTTINGEN)

Jochen Mecke / Hubert Pöppel (eds.): *Entre dos aguas. Kulturvermittler zwischen Spanien und Deutschland*. Berlin: edition tranvía, 2016. 229 páginas.

Martin Franzbach: *Sozialgeschichte der spanischen Literatur in Deutschland*. Frankfurt a.M.: Peter Lang, 2016 (Hispano-Americana, 51). 254 páginas.

Los dos volúmenes reseñados indagan en las relaciones culturales entre España y Alemania desde una perspectiva histórica: *Entre dos aguas* de Jochen Mecke y Hu-

bert Pöppel enfoca la mediación cultural entre los dos países mediante 12 estudios centrados básicamente en las personas que la protagonizan; la monografía de Martin Franzbach, a su vez, rescata la recepción de la literatura española en Alemania en un recorrido completo desde la Edad Media hasta nuestros días.

En la introducción de *Entre dos aguas*, los editores observan la falta de una metodología para el análisis de los mediadores, dado que la disciplina de la imagología más bien investiga, mediante el análisis de auto- y hetero-estereotipos, los objetos y los resultados de la mediación. En cambio, el presente volumen parte de las personas, instituciones y medios que producen las imágenes. Como componentes de una posible teoría, se propone la figura del tercero en la línea de René Girard, colocando al mediador como plataforma de una teoría antropológica que convierte las relaciones duales en triples (p. 11). El mediador tiene un estatus particular, ya que se constituye a sí mismo durante el proceso de mediación. La dinámica consiste en que se transmite un *tertium comparationis* entre la cultura de origen y la cultura de destino, y los elementos transmitidos adoptan una nueva función en la cultura receptora (p. 13); este fenómeno incluso puede funcionar en ambas direcciones: así, se puede efectuar una transferencia de la cultura española a la alemana, que experimenta una inversión, llevando elementos de la cultura alemana a la española; la recepción del Siglo de Oro en el Romanticismo alemán y la consiguiente “romantización” del teatro áureo sería el ejemplo más conocido. Se trata, pues, de una transformación continua a partir de relaciones simétricas o

asimétricas que provocan estrategias simbólicas y configuraciones de poder: ¿cuál es la posición del mediador?, ¿qué quiere saber?, ¿tiene intereses técnicos, prácticos, ideológicos? (p. 14).

Los estudios se ordenan cronológicamente, empezando con un recuento de las actividades de Alexander von Humboldt como mediador de la cultura española por Sandra Rebok. Antes de partir hacia América, Humboldt pasó cinco meses en la península en 1799, un momento relativamente temprano en el cual España está empezando a despertar interés en Alemania. De hecho, Humboldt se refiere sobre todo a temas geográficos y climatológicos e incluye tan solo pocas impresiones personales; su visión de España es sumamente positiva con respecto a las ciencias y se presenta influida por su gratitud a la monarquía; no reproduce la crítica que se le ha dirigido a España a lo largo de la Ilustración, ni se la idealiza como lo harán sus admiradores románticos.

Los dos trabajos siguientes se centran en la recepción del Siglo de Oro en el ámbito germanófono en la primera mitad del siglo XIX. Harald Wentzlaff-Eggebert rescata a Johann Georg Keil como uno de los primeros hispanistas alemanes a partir de sus memorias y su correspondencia, describiendo su Bibliotheca Española (1805-1812) y su edición y traducción del *Lazarillo* y del *Buscón* (1810) en Weimar, y sobre todo su proyecto principal de una edición crítica (!) de las comedias de Calderón llevada a cabo desde Leipzig y fruto de una exhaustiva labor bibliográfica, si bien limitada a las –sorpresivamente abundantes– fuentes asequibles dentro de su país. Keil concluye el proyecto después de dos intentos fallidos entre 1827 y 1830,

quedando sin publicarse un suplemento con variantes y comentarios. Con respecto a la labor de mediación cultural de Keil, Wentzlaff-Eggebert enumera unos criterios que seguramente pueden valer para otros casos: Keil accede a la literatura a través del aprendizaje del idioma; desarrolla su actividad influido por el entusiasmo por Calderón provocado por Goethe y los Schlegel; contribuye a la formación de una red a través de correspondencia con estudiosos alemanes; y, por último, sus ediciones de las versiones originales contribuyeron a una revaloración de Calderón en la misma España, a pesar de que prácticamente no tuvo contactos personales en el país. Al igual que Keil, Franz Grillparzer nunca estuvo en España, pero disponía en la corte de Viena de amplios fondos de literatura española. Dietrich Briesemeister destaca en su artículo acerca de los estudios de Grillparzer sobre el teatro áureo su dedicación a la obra de Lope de Vega. Esta predilección por Lope, que también influyó en la propia creación teatral de Grillparzer, es de singular interés en medio de la calderomanía prevalente de la época; Briesemeister resalta que Grillparzer insiste en una comprensión completa del autor que va más allá del material textual, incluyendo aspectos sociológicos y dramáticos; en este sentido, puede ser comprendido como precursor de los trabajos de Karl Vossler, otro gran conocedor de la obra lopesca.

Los dos estudios siguientes, centrados a finales del siglo XIX y en el cambio de siglo XIX-XX, se extienden, por un lado, al área de la música y, por otro, al ámbito de la cultura catalana. Paloma Ortiz-de-Urbina presenta a Johannes (Juan) Fastenrath —más allá de su labor mediadora con

respecto a la literatura— como mediador de la música alemana y española en España y Alemania, sobre todo con respecto a la zarzuela y a la introducción de Richard Wagner en el contexto de la Restauración musical española. En este caso, la labor de mediación se basa en la actividad viajera del mediador y en su contacto personal y correspondencia con el compositor Francisco Asenjo Barbieri. Teresa Vinardell Puig dedica su contribución a Eberhard Vogel como mediador de la lengua y literatura catalanas en Alemania. Vogel se doctoró sobre “Neucatalanische Studien” en la Universidad de Münster en 1886 y llegó a ser presidente de los Jocs Florals en 1912; la autora destaca su declarada simpatía por la Lliga Regionalista como medida contra el bipartidismo y explica en qué medida se encuentra entrometido metido en las controversias entre grupos opositores en el contexto de la Renaixença y el Noucentisme.

Ya entrado en el siglo XX, Jochen Mecke considera a Karl Vossler como un personaje ejemplar para procesos de mediación cuya tarea central consiste en trabajar en contra de prejuicios y malentendidos. La dedicación de Vossler a España es más bien tardía y ocurre en un ambiente claramente influido por la historia contemporánea; aumenta a partir de 1919-1920, seguramente bajo la impresión de un distanciamiento de Francia tras la Primera Guerra Mundial, y se convierte en su enfoque principal a partir de 1933, desembocando en su obra *Die Poesie der Einsamkeit in Spanien* (1940; *La poesía de la soledad en España*), que se relaciona con el aislamiento del intelectual liberal en la dictadura fascista. Al mismo tiempo, Mecke observa un “ansia de alteridad” (p.

113) al que España puede corresponder por su mayor distancia en comparación con Francia o Italia. El artículo de Frauke Jung-Lindemann se centra en la recepción de José Ortega y Gasset en Alemania y su espectacular éxito en los años cincuenta y sesenta. La autora hace un recorrido de su recepción desde 1918 hasta el final de la Segunda Guerra Mundial y la posguerra, mencionando la mediación de Ernst Robert Curtius, el punto culminante de 1930 con la traducción de *La rebelión de las masas* y la intensificación de la recepción a partir de 1945, basada en conferencias de Ortega en Alemania. Sostiene que el individualismo orteguiano se adapta a las necesidades sociopolíticas del momento y a las líneas políticas de las fuerzas de ocupación. También señala la discrepancia entre la popularidad de Ortega y la atención académico-filosófica a su obra.

Las contribuciones de Birgit Aschmann y Reinhold Münster estudian la imagen que se construye sobre España en Alemania después de la Segunda Guerra Mundial. Aschmann examina la información sobre España en la prensa alemana (1945-1957), sobre todo en cuanto a los informantes que se encontraban en España antes de 1952, cuando todavía no había representación diplomática alemana y España estaba interesada en corregir la imagen de la “España oscura”: presenta el ejemplo de Hans (Juan) Hoffmann, mediador “in-oficial” durante y después de la Segunda Guerra Mundial y valorado positivamente de parte del gobierno, a pesar de su vinculación con el nazismo. En su revisión de los artículos sobre España en la prensa alemana entre 1945 y 1952, la autora observa sobre el trasfondo de la Guerra Fría un cierto rela-

cionamiento, en el sentido de que la postura crítica hacia España se va convirtiendo en una relación de cooperación. En el caso de Heinz (Enrique) Barth, periodista registrado por la embajada alemana en Madrid, habla de un “monopolio de opinión” (p. 156) tradicional-conservador de quien había trabajado para la prensa hitleriana y la Falange. Destaca que los artículos de Barth reivindican una política europea del Estado español y que al mismo tiempo se mantienen en un discurso ahistórico que no recurre explícitamente a la situación actual. Reinhold Münster examina los viajes a España en el nombre de la religión, empezando con un recorrido histórico de viajes religiosos antes de presentar a Joseph Leutenegger, cura suizo que viajó en 1952 en autobús desde Friburgo a los destinos de turismo religioso en la Península Ibérica, ensalzando su viaje como peregrinación y a Franco como “salvador de España” (p. 173); esta actitud contrasta con la visión del socialdemócrata Wilhelm Lukas Kristl, quien había vivido en Madrid durante la época nazi y volvió a viajar a España en 1953; su obra *Kampfstiere und Madonnen* (“Toros y vírgenes”) de 1954 enfrenta a la Virgen del Pilar y a la Macarena como símbolos de las dos Españas, expresando a la vez su confianza en un cambio hacia una cultura europea moderna basada en el desarrollo económico y tecnológico.

Hubert Pöppel dedica su artículo a dos proyectos realizados de historias de la cultura española de distintas tendencias ideológicas redactados en Alemania: la *Spanische Kulturgeschichte* de Franz Litschauer (Viena 1939) y la *Spanische Kulturgeschichte im Prisma* de Walter Zöllner (Leipzig 1988). En el caso de Lit-

schauer, quien no tenía vínculo alguno con España, se trata de 1200 páginas de síntesis de las publicaciones accesibles en lengua alemana que se revelan como panfleto fascista y antisemita que se inscribe en la teoría racial y compara el desarrollo en España con Alemania/Austria. La obra de Zöllner, en cambio, presenta la historia y cultura españolas desde el final de la Antigüedad hasta el final del Siglo de Oro bajo el hilo rojo de la historia política y socioeconómica, pero carece de contextualización explícitamente ideológica; el hecho de que no hable mucho sobre la Guerra Civil se explica con una cierta distancia del autor frente al régimen de la RDA.

El volumen se cierra con dos miradas actuales: por un lado, una entrevista de Katharina Einert con Michi Strausfeld, la mediadora más destacada de las literaturas iberorrománicas en Alemania desde los años cincuenta del pasado siglo, involucrada en una compleja red de personajes e instituciones; por otro, una mirada de Julia Sánchez Rodríguez sobre los mediadores más recientes, a saber, los nuevos inmigrantes españoles que desde 2008 han llegado a Alemania en busca de trabajo. Se analiza su “narración migratoria” (p. 215) como acto de concientización y como testimonios de la actuación y mediación intercultural, y se observa que existe otra calidad de intercambio en comparación con la primera ola de migración de los años sesenta por el contacto personal entre migrantes y autóctonos.

En su visión de conjunto, el volumen reúne importantes e interesantísimos detalles sobre la presencia de la cultura española en Alemania a partir del siglo XIX, aportando, según las premisas formuladas

en la introducción, no solo los datos, sino también las contextualizaciones de los respectivos mediadores y su labor cultural.

La “Historia social de la literatura española en Alemania” de Martin Franzbach encaja perfectamente con el volumen de Mecke y Pöppel, ofreciendo una ampliación impresionante de datos sobre la recepción de España y su literatura en el ámbito alemán a partir de la Edad Media. El libro presenta informaciones acerca de obras traducidas (en los comienzos medievales muchas veces sobre la base de traducciones previas a otros idiomas) e incluye de manera decidida a las personas implicadas, considerando siempre sus respectivos motivos e intereses. El libro contiene capítulos sobre la Edad Media, y los siglos XVI al XX, y dispone de subcapítulos con títulos muy elocuentes que facilitan la orientación para búsquedas específicas. Algunos hitos vuelven a aparecer en distintas partes, como, por ejemplo, Cervantes, el teatro áureo o el romance. No es posible abarcar aquí en su totalidad el material reunido en el tomo, por lo cual se destacarán a continuación algunos ejemplos esparcidos a lo largo de las distintas épocas. En el primer capítulo, se identifica el Camino de Santiago como punto de partida para la recepción alemana de la literatura española y se presta especial atención a la recepción del *Cid* y de la *Judía de Toledo*. En cuanto a los siglos XVI y XVII, que cubren la parte más extensa del volumen, se incluyen, por ejemplo, informaciones detalladas sobre los procesos de recepción de la *Celestina* y de la picaresca o indagaciones en el trasfondo ideológico del *boom* de la literatura política cortesana de Antonio de Guevara y otros, así como la apropiación de la

literatura española por mediadores tan distintos como Grimmshausen y el comerciante Harsdörffer. Para el siglo XVIII, valga mencionar el apartado sobre los estudios hispánicos de Gotthold Ephraim Lessing, los inicios de la historiografía alemana sobre la literatura española y el capítulo sobre Göttingen, Weimar y Jena como centros alemanes del hispanismo en aquel entonces. Además, Franzbach rescata las actividades del editor Friedrich Justin Bertuch, a quien atribuye un peso mucho mayor con respecto a la mediación de la literatura española que a la recepción por parte de Goethe, efectuada de segunda mano. En el subsiguiente capítulo sobre el siglo XIX, se retoma el calderonismo de los hermanos Schlegel, la imagen que tiene de España Heinrich Heine y el rol de mediación de Böhl de Faber y Fastenrath, conocedores de España por experiencia propia; también se traza una línea de la recepción de Gracián que va de Schopenhauer a Nietzsche. El siglo XX, por último, prosigue la línea histórica de la recepción de Cervantes y del teatro áureo, añade el importante tema de la recepción de García Lorca en Alemania, tan influida por su traductor, Enrique Beck, para desembocar finalmente en la era de los medios de comunicación de masas con el éxito alemán –e internacional– de Javier Marías causado por la presentación de *Corazón tan blanco* en un programa televisivo.

El trabajo de Franzbach es impresionante en cuanto a la riqueza del material y la habilidad que el autor demuestra al unirlo. El enfoque siempre relaciona literatura y sociedad y conecta con la recopilación de Mecke y Pöppel en lo que se refiere a la indagación en las motivaciones

específicas de los procesos de mediación. Alterna entre miradas imagológicas, indagaciones en las actitudes de mediadores individuales y en los núcleos y redes que se van formando, así como las modas y coyunturas que evocaron en Alemania a lo largo de la historia determinadas facetas de la literatura española en general, confirmándose una vez más la absoluta predominancia de la literatura áurea. Es indispensable mencionar la labor bibliográfica: cada subcapítulo está seguido de varias páginas con documentación en tipografía seguida, formato que seguramente obedece a un criterio económico. También es de suma utilidad para cualquier búsqueda temática el índice de nombres propios añadido al final.

ANNETTE PAATZ  
(GEORG-AUGUST-UNIVERSITÄT  
GÖTTINGEN)

**Víctor Rivas Morente:** *La sábana de los sueños. Una historia cultural del cine en Madrid (1906-1920)*. Santander: Shangrila, 2018 (Hispanoscope). 250 páginas.

Dentro de unos años, alguien tendrá que hacer historia de las radicales transformaciones que ha experimentado el cine en nuestro país desde los años ochenta, primero con los nuevos mecanismos de exhibición (vídeo doméstico, vídeo comunitario, televisiones privadas y autonómicas, canales de pago, plataformas digitales, empresas de *streaming* multimedia...), más tarde con la propia subsunción del cine en un ámbito audiovisual más amplio e indefinido, debido al borrado de las fronteras por los cambios de formato con

las series y los largometrajes que no pasan por las salas. Todo parece indicar que estamos viviendo un salto cualitativo del ‘sistema del cine’ establecido hace poco más de un siglo con los mecanismos de producción, las empresas subsidiarias de distribución y una exhibición en salas que ha venido adoptando diversas configuraciones en función de los sectores sociales, países y contextos económicos.

Analizar, pensar y hacer historia del entramado social del cine, su apreciación cultural o educativa o de las mentalidades de los públicos ha sido una tarea un tanto relegada en las investigaciones sobre teoría, estética e historia del cine, mucho más decantadas hacia los cineastas, géneros, empresas, catálogos de películas o legislaciones. Ello es muy comprensible: el cine ha sido apreciado como espectáculo antes que como expresión cultural y artística, motivo por el cual los estudiosos se han dedicado a ponderar la singularidad de las estéticas de directores o géneros, o a subrayar una dimensión social y/o política atendiendo a las películas estrenadas en un determinado contexto histórico. Además, mientras estos trabajos cuentan con herramientas precisas y materiales completos, la historia cultural resulta más difusa y hay vacíos importantes, sobre todo en el cine silente con la pérdida de numerosos títulos.

La editorial cántabra Shangrila está dedicando su estimable colección “Hispanoscope” a monografías sólidas sobre cuestiones de historia cultural, política e historiográfica del cine español. Aunque algunas de sus publicaciones son trabajos dedicados a cineastas (con la excepción de Juan de Orduña, nada convencionales: Javier Maqua, Francisco Regueiro, Pau-

lino Viota, Mur Oti, Edgar Neville), lo más interesante se sitúa en otros territorios, como el magnífico estudio sobre la escuela de Barcelona de Jean-Paul Aubert *Seremos Mallarmé* o la inédita investigación sobre la concepción del cine que subyace a la crítica (de Á. Fernández Santos en *El País*) de José Antonio Planes. Se suma a estos el trabajo de Víctor Rivas sobre la historia cultural del cine en Madrid –y, en buena medida, en España– en el período 1906-1920.

Se trata de una tesis doctoral y, por tanto, tiene inicialmente las garantías de metodología, sistematización y contextualización propias de una investigación universitaria. Hablar de “historia cultural del cine” en ese período de formulación de los géneros, el largometraje, el estrellato, el modelo dominante de cine narrativo... conlleva preguntarse por la recepción de los públicos (hábitos de ocio, frecuencia de asistencia, modos de exhibición, segmentos sociales), el lugar que ocupa el cine en relación con otros espectáculos y prácticas culturales (singularmente la novela y el teatro, pero también los espectáculos de feria, magia, música popular) y su consideración artística y cultural en los discursos públicos (periodistas, intelectuales, líderes sociales). Es decir, no se trata de hablar del cine en sí mismo cuanto de su presencia en la sociedad. Y está dedicado a un período particularmente interesante, porque se enmarca en el momento genético, en el mismo proceso de lo que, hacia 1920 ya queda consolidado como lo que hoy entendemos por cine (por más que ahora mismo esté en entredicho, según se ha apuntado). Casi como una línea paralela –y, quizá, un interés de fondo– está la pregunta por los orígenes

de la crítica de cine, lo que se explicita en el capítulo conclusivo.

El autor se vale de 66 textos de la época; en realidad los específicos son medio centenar que, a nuestro juicio, resultan insuficientes para un período que quizá debería haberse ampliado: ¿por qué 1906-1920? Con un poco más de ambición se podían considerar los tres primeros decenios, lo que permitiría llegar a resultados de mayor enjundia. La contextualización de su trabajo y el estado de la cuestión presentados son valiosos.

No obstante, se le saca partido a los textos –todo ellos pertinentes– en su hermenéutica en pos de desentrañar los ‘discursos sobre el cine’ que se pueden rastrear y que el autor categoriza en popular (cap. 2), científico, educativo y artístico (cap. 3) y estético (cap. 4). En menos de doscientas páginas se desentraña la llegada del cine en un contexto de industrialización y nuevos hábitos de ocio y, lo que resulta muy interesante, la consideración frente al teatro popular y los espectáculos musicales (género chico) en un sistema más democrático en cuanto las clases trabajadoras acceden a lo que antes estaba reservado a la burguesía. A través de estos textos el lector se permite un viaje en el tiempo que es, sobre todo, un viaje en el proceso de comprensión / legitimación del cine, pues no todos ni en todo momento fueron capaces de atisbar la novedad del cinematógrafo ni sus posibilidades expresivas; de hecho, abundan los juicios morales (como los de Carlos Luis de Cuenca, pp. 124-125) basados en la supuesta incitación a la delincuencia y al crimen de ingenuas películas de policías y ladrones.

Más acertados resultan los diagnósticos sobre las adaptaciones literarias de

Federico de Onís, al indicar cómo el resultado puede ser un “engendro”, pero también melodramas respetables, y la constatación de Ramiro de Maeztu sobre las limitaciones del cine silente para la dramaturgia. O la capacidad del cine para divulgar procesos científicos y servir como herramienta para el conocimiento. Quedan bien reflejadas las contradicciones y el laborioso camino para la valoración artística del cine, al principio excesivamente dependiente de los valores fotográficos. A nuestro juicio, las cuarenta páginas del capítulo 4, “El discurso estético sobre el cine”, constituyen la aportación más relevante de todo el volumen, por más que sea discutible la existencia de una estética explícita o de una crítica de cine en el período estudiado. El autor hace valer algunos pocos textos que, si bien, buscan un juicio homólogo al de las bellas artes o la literatura, aún resulta muy dependiente de la publicidad o formando parte de un muy genérico periodismo cultural.

El capítulo 5, “Discursos y crítica de cine”, debería ser una recopilación y, quizá, prospectiva sobre lo estudiado, pero no aporta al lector una clarificación del itinerario desarrollado. Ello se debe a que echa mano de conceptos establecidos muy posteriormente y/o utilizados de forma dispar –como el de “cine de atracciones”– y a teorizaciones de Gunning, Gaudreault o Mulvey manifiestamente extemporáneas. No quiero decir que reflexiones ulteriores no puedan ser empleadas legítimamente para una mejor comprensión intelectual de la estética del cine subyacente a los textos elegidos, lo que digo es que, trazar el recorrido de teorías sobre el tema a partir de 1920 con referencias a Balazs, Eisenstein y otros, tal como se hace no ilumi-

na el pasado ni aporta nada significativo. En fin, *La sábana de los sueños* resulta valioso por su dedicación a un ámbito tan relevante y poco frecuentado como es la “historia cultural del cine”. El corpus de textos resulta escaso y la investigación hubiera ganado en peso ampliando los mismos y el período considerado.

JOSÉ LUIS SÁNCHEZ NORIEGA  
(UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE  
MADRID)

Selena Millares (ed.): *Diálogo de las artes en las vanguardias hispánicas*. Madrid / Frankfurt a.M.: Iberoamericana / Vervuert 2017. 435 páginas.

En uno de sus libros, Guillermo de Torre, autor aquí estudiado, mostró su devoción por los que él llamo “libros discontinuos” o “libros misceláneos”. Es verdad que el crítico madrileño se refería a las recopilaciones de artículos de un mismo autor en las que los temas podían ser diversos –e incluso distantes– pero en las que primaba sobre todo la destreza del piloto en la gobernanza de la nave, esto es, la pujanza de su estilo. *Mutatis mutandis* podemos señalar que también las recopilaciones de artículos de autores diversos, arracimados en torno a un tema común, pueden resultar atractivas siempre que el editor haya acometido con rigor la pertinente labor de selección y siempre que el tratamiento de los temas aporte si no visiones originales al menos nuevas perspectivas. Es lo que ocurre en *Diálogo de las artes en las vanguardias hispánicas*, en donde las colaboraciones se suceden con un nivel de calidad sostenido.

Su editora, Selena Millares, ya se había ocupado de ejercer una tarea similar en el volumen *En pie de prosa. La otra vanguardia hispánica* (publicado por la misma editorial en 2014), en el que se aquilataba el alcance de las prosas del arte nuevo a ambos lados del Atlántico. Ahora, el campo de estudio se abre a la fructífera relación que las distintas facetas artísticas entablaron entre sí dentro de la vanguardia hispánica, no en vano tal diálogo fue uno de los signos distintivos de corrientes como el futurismo, el cubismo, el ultraísmo o el surrealismo. El terreno de análisis es desde luego muy vasto, pues tanto la geografía física como artística que se pretende cartografiar resulta inabarcable para un trabajo de estas características, que indefectiblemente debe proceder al análisis mediante calas. Téngase en cuenta, además, que el concepto de vanguardia es muy escurridizo, por atemporal, ya que siempre, dentro del arte anida un deseo de ruptura con lo establecido y de proyección hacia el futuro: la vanguardia, por tanto, forma siempre parte del presente. Aunque se dan algunos saltos hacia atrás y hacia delante, en general por vanguardia se entiende aquí lo que se ha dado en llamar vanguardia histórica, cuyas fronteras vendrían delimitadas por los inicios del cubismo y por el fin del surrealismo.

Literatura, pintura, escultura, fotografía, música, cine constituyen las distintas faces con las que el arte se concreta. Cada una de ellas se rige por un lenguaje específico. Sin embargo, el espíritu vanguardista alentó el diálogo enriquecedor entre todos ellos. De estas disciplinas se trata en *Diálogo de las artes* en donde tal vez se echa de menos algún aporte referido a la música, en especial al jazz, ese ritmo sin-

copado en el que prima la improvisación, que también irradió en el ambiente artístico de la época.

A la hora de presentar el contenido, Selena Millares ha optado por una solución ecuménica: quienes marcan el desarrollo no son los asuntos ni las épocas o las corrientes, tampoco los artistas convocados, sino los autores de los trabajos que son presentados en estricto orden alfabético. Es desde luego una solución práctica, que evita posibles luchas de egos y que facilita la labor del lector episódico; sin embargo, para quien realiza una lectura completa y lineal del libro los saltos pueden resultar un tanto mareantes. Tal disposición, en cualquier caso, nos sirve para dar un breve repaso a su contenido.

La vanguardia encontró una de sus principales vías de comunicación en las revistas pues en general las editoriales convencionales desistieron de publicar unos libros que consideraban minoritarios, labor que recayó en los propios autores. Las revistas en cambio, dado su carácter colaborativo, facilitaban al menos el enjuague de las pérdidas. Justamente el primer trabajo de este volumen se ocupa de una de esas revistas: *Bolívar* que se mantuvo en pie entre febrero de 1930 y enero de 1931, a lo largo de 14 números. La profesora Raquel Arias Careaga emparenta el espíritu de esta publicación con otras de similar tenor nacidas en España como *Postguerra* o *Nueva España* en las que se intenta reorientar el ludismo ultraísta hacia una literatura militante de signo izquierdista según teorizó José Díaz Fernández en *El nuevo romanticismo*. La literatura de vanguardia pasaría de este modo a constituirse en literatura de avanzada. Raquel Arias disecciona con rigor la

revista en sus múltiples vertientes: diálogo interartístico, presencia americana y española, secciones, etc. Las colaboraciones rayan a gran altura (Unamuno, Mistral, Neruda, Alberti, Girondo, etc.) y, pese a ese dominante tono progresista del que la revista queda imbuido, cabe hallar también colaboraciones de personajes como César González-Ruano o Alfonso Ponce de León que poco después derivarán hacia posiciones ultraconservadoras, prueba también de que en el inicio de los años treinta todavía persistía cierto ánimo inclusivo en este tipo de empresas.

María José Bruña Bragado se ocupa de Concha Méndez, una de esas mujeres del 27 (las “sin sombrero”) que cada vez va concitando un mayor interés entre los investigadores. El trabajo además evita los senderos ya transitados de su poesía o de sus memorias para detenerse en un asunto más esquinado y por tanto más novedoso: su relación con el cine para el que escribió diversos guiones. Se destaca en este sentido el carácter precursor de Méndez en asuntos cinematográficos si bien tales teorías, por ejemplo la autonomía del cine respecto a la literatura, estaban en el aire del tiempo y se venían desarrollando desde comienzos de los años veinte. Bruña Bragado se ocupa de dos guiones primerizos (*Historia de un taxi* y *El personaje presentido*) y deja para una ocasión venidera el escrutinio de los guiones escritos durante el exilio mexicano de la autora.

La aproximación de Belén Castro Morales a la obra de Vicente Huidobro constituye uno de los trabajos más esforzados por desentrañar la pulsión crítica que anidaba en el escritor chileno en quien poesía y crítica de arte constituían dos caras de una misma moneda en última instan-

cia dirigidas al soporte de lo que él dio en llamar creacionismo, en realidad una variante, si se quiere personal, del cubismo. Castro Morales toma como referencia un artículo dedicado al escultor Jacques Lipchitz que es apenas una mera excusa para recorrer la rica trayectoria seguida por el autor de *Horizon carré*. El resultado es, desde luego, muy meritorio aunque cabrían en su análisis algunas matizaciones: por ejemplo el interés de Huidobro por el dadaísmo fue más coyuntural de lo que a menudo se afirma. Basta a este respecto consultar la correspondencia intercambiada con Gerardo Diego y Juan Larrea.

Teodosio Fernández recorre la trayectoria seguida por el pintor de origen catalán afincado en Argentina Juan Batlle Planas, en especial su vinculación con el surrealismo. En su caso, el diálogo interartístico se produce a través de colaboraciones en revistas literarias y como ilustrador de libros de poesía, entre otros de Rafael Alberti. Fernández cumple con los dos objetivos que se traza: demostrar la relación existente entre pintores y literatos en el campo del surrealismo argentino y dar noticia de un artista escasamente conocido en España. De otro surrealista se encarga Jorge Fonet, en este caso del pintor chileno Roberto Matta, de quien se estudia su vinculación con la revolución cubana, cruce no exento de contradicciones al enfrentar el realismo socialista a la insurrección del subconsciente. Fonet destaca el componente poético que subyace en la pintura de Matta, además de documentar su estrecha relación con escritores como Alejo Carpentier u Octavio Paz.

Rosa García Gutiérrez no se detiene única y exclusivamente en un artista sino

que amplía el foco de visión para analizar las fructíferas relaciones que se dan entre pintura y literatura tomando como base algunos libros ilustrados, en especial poemarios. En primer lugar se centra en la obra del ilustrador Gabriel García Maroto, en cómo evoluciona su mirada sobre México desde una visión tópicamente revolucionaria a otra más realista merced a su contacto con el grupo de los Contemporáneos. Especialmente interesante es el detenido análisis que García Gutiérrez efectúa de ilustraciones realizadas por los escritores Xavier Villaurrutia y Federico García Lorca, en las que, como una prolongación de su obra literaria, aflora la dificultad para hacer visible su auténtica sexualidad.

De cine se encarga Sonia García López, en este caso del análisis detallado y de la pertinente contextualización del cortometraje de Ernesto Giménez Caballero *Esencia de verbena* (1930), una de las contadas muestras de cine español adscribible al entorno de la vanguardia, más por su realización que por su temática, en gran medida casticista. García López analiza plano a plano el *collage* del director de *La Gaceta Literaria* para destacar su carácter crepuscular dentro de la vanguardia hispana que tenderá poco después a adoptar temas de contenido social, recurriendo para ello a la técnica documental.

Alfonso García Morales rescata del olvido la pintura del mexicano Roberto Montenegro que pasa por tres etapas: *art nouveau*, muralismo y un final vanguardismo muy delicuescente fruto de su contacto con el grupo de los Contemporáneos a cuyos líderes retrató. Sus obras ilustran poemarios de Amado Nervo, Rubén Darío o Salvador Novo: un salto del

modernismo a la vanguardia que, en este último caso, según aprecia su estudioso, no fue muy exitoso.

El único estudio dedicado a la fotografía en el volumen es el de Esperanza López Parada, que se titula justamente “Fotografía y vanguardia en Buenos Aires”. Sus conclusiones, sin embargo, no pueden ser más paradójicas puesto que en revistas como *Caras y Caretas*, *Martín Fierro* o *Claridad*, en las que en mayor o menor medida alienta la llama de la modernidad, el componente gráfico, específicamente fotográfico, resulta extremadamente convencional, lo cual podría servir de termómetro para graduar el impacto de la vanguardia sobre el medio argentino. Tras este breve interludio, Selena Millares regresa a la pintura con un trabajo centrado en dos artistas relacionados con el medio antillano: el español Eugenio Granell y el cubano Wilfredo Lam. Del primero se destaca su incursión en el terreno de la literatura con su obra *Isla cofre mítico* en donde, como ocurre también a Juan Larrea con *Diario del nuevo mundo*, el continente americano se transforma en terreno abonado para el surgimiento de una nueva utopía político-cultural. De Lam se destaca su capacidad para entablar una jugosa relación entre el surrealismo bretoniano y el negrismo caribeño. Muy diferente es el itinerario que nos plantea Francisca Noguerol que se ocupa del estudio de los “membretes” de Oliverio Girondo, textos breves de carácter metafórico y humorístico, deudores de la greguería ramoniana pero a los que el autor dota de cierto tono crítico. Justamente ese aspecto es el que Noguerol aprovecha para centrarse en los textos de contenido artístico que sirven a Girondo para esta-

blecer un personal canon vanguardista en el que el dadaísmo o el surrealismo se elevan por encima del cubismo. De uno de los primeros autores que promocionó la obra de Girondo en España se ocupa el siguiente trabajo. Se trata de Guillermo de Torre, quien sumó a su dilatada y fructífera carrera como crítico literario un parejo interés por el arte. No solo escribió crítica de arte, también se involucró en la difusión de las últimas corrientes plásticas a través de asociaciones como la SAI o ADLAN o promovió la llegada del arte nuevo a España con la organización de la primera exposición en Madrid de Picasso, en cuya gestión tuvo un papel destacado. Domingo Ródenas, perfecto conocedor del universo Torre, con su habitual solvencia y elegancia expositiva, recorre la extensa relación de Torre con el arte más innovador que supera incluso la barrera del exilio pues gracias a la intercesión de su amigo Ricardo Gullón participa también en la experiencia de la Escuela de Altamira, ya en los años cincuenta, esta vez desde la distancia.

En su repaso a la trayectoria de la pintora brasileña Anita Malfatti, Jorge Schwartz adopta un tono eminentemente pedagógico: no se trata de un análisis en profundidad de la artista sino de una panorámica general que cumple perfectamente con los propósitos que se marca el autor: dar a conocer la obra de Malfatti entre el público hispanoparlante y reivindicar su labor como introductora de la vanguardia en Brasil, tarea que fue incomprendida en su momento. El trabajo de Schwartz, en apariencia más modesto, dado su tono divulgativo, se lee en cambio con mucho placer. Quizá el personaje que recaba más atención en las

páginas de *Diálogo de las artes* es el mexicano Xavier Villaurrutia que comparece de nuevo en el trabajo de Anthony Stanton, esta vez en compañía del pintor Agustín Lazo. El estudio se divide en dos partes en cierta forma complementarias: en primer lugar, aparecen unas muy interesantes consideraciones sobre el emborronamiento del vanguardismo juvenil que acometen varios pintores y poetas mexicanos (entre ellos Diego Rivera o Manuel Maples Arce) y que el autor relaciona con parecidas actitudes en Hispanoamérica como es el caso de Borges. De haber saltado el charco también podría haber aludido a algunos poetas del 27 que actuaron de forma similar con su pasado ultraísta. Tras esta especie de introducción, Stanton se centra en dos personajes de trayectorias paralelas, uno poeta y el otro pintor, que se atreven a alejarse del muralismo dominante en México para acercarse al surrealismo, modalidad severamente atacada en ese periodo en aquellas tierras.

El volumen se cierra con una excursión por la ajetreada vida y obra de la pintora española, exiliada en México, Remedios Varo. Carmen Valcárcel recorre con ánimo inquisitivo las distintas etapas por las que atraviesa su obra, centrándose de manera especial en su periodo de imantación surrealista, alejado, entiende su estudiosa, de los cánones femeninos al uso en ese movimiento, o en su final interés por la magia y el ocultismo, tan propio por otra parte de la escuela de Breton.

Libro, como señalábamos al principio, misceláneo en el que quizá la pintura desempeña un papel preponderante y en el que no siempre ese diálogo de las artes que comparece en el título se erige en el

principal reclamo, en cambio su lectura resulta enriquecedora pues se abre a una amplia panoplia de temas estudiados con rigor y solvencia.

PABLO ROJAS  
(UNIVERSIDAD NACIONAL DE  
EDUCACIÓN A DISTANCIA,  
TALAVERA DE LA REINA)

**Jeffrey Zamostny / Susan Larson (eds.):** *Kiosk Literature of Silver Age Spain. Modernity and Mass Culture.* Bristol / Chicago: Intellect, 2017. xx + 493 páginas.

La España de la Restauración asistió a un fenómeno editorial novedoso: la inundación de colecciones de novelitas publicadas a un ritmo periódico. Surgieron primero colecciones seriadas como “La Novela Ilustrada”, la “Biblioteca Patria” o los libritos de “Diamante”; fue, sin embargo, la aparición de “El Cuento Semanal” en 1907 lo que marcó la boga de esos curiosos productos editoriales que, híbridos de colección y revista, propusieron a un precio irrisorio textos completos de autores contemporáneos y generalmente nacionales, contribuyendo de manera determinante a la españolización de las preferencias lectoras.

Esta literatura ligera y comercial conforma un espacio cultural dotado de nítidas fronteras sociológicas que debe estudiarse en su peculiar morfología y cronología. Los ritmos de escritura, las formas materiales de producción y las condiciones de consumo de estos textos son sustancialmente distintos de los de obras más canónicas; reconocer esas diferencias no implica la aceptación de

valoraciones apriorísticas sobre la calidad estética o humana de ninguno de ellos. Obligado es recordar aquí que este ámbito de estudio, tan fascinante como complejo, había sido desbrozado previamente por investigadores como Manuel Martínez Arnaldos, Christine Rivalan Guégo o Gonzalo Santonja, entre otros.

Los colaboradores del libro que ahora nos ocupa han comprendido bien el enorme interés historiográfico de las colecciones de literatura industrial en ese periodo de vitalidad artística que conocemos como Edad de Plata y que abarca desde el cambio de siglo hasta la Guerra Civil. El volumen reúne trabajos de hispanistas norteamericanos y españoles (sobre todo de las universidades de Murcia y Complutense); muchos de ellos fueron redactados originalmente en inglés, pero otros han sido traducidos del español. Con buen criterio, y sin duda también como homenaje y saldo de una deuda intelectual, los editores han decidido reproducir en las primeras páginas la versión inglesa de un texto firmado por el desaparecido Alberto Sánchez Álvarez-Insúa, texto rico en datos sobre la historia, crematística, distribución y temática de estas colecciones de kiosco, y que por consiguiente constituye una útil introducción en la materia.

Sería tedioso resumir y valorar cada uno de los quince capítulos que componen este volumen. Me parece más justo subrayar algunos de sus aciertos, darle consideración de obra unitaria y abrir el apetito de potenciales lectores. Es importante, en primer lugar, confirmar que las colecciones de kiosco eran empresas eminentemente comerciales, impulsadas por consorcios editoriales que buscaban de manera activa nichos de mercado, y

que aplicaban elaboradas estrategias de sinergia. Así, por ejemplo, la empresa barcelonesa Publicaciones Mundial no solo puso en circulación en la década de 1920 las colecciones de kiosco “La Novela Femenina”, “La Novela del Pueblo” o “La Novela Mensual”, sino que también fue la responsable de varias revistas de moda y, fuera de colección, sacó a plaza libros de ocultismo, de educación sexual y de filosofía anarquista (pp. 264-265). En segundo lugar, las colecciones de kiosco tenían un estatuto ambiguo, lindante con la prensa periódica, por lo que, como su propio nombre indica, se beneficiaban del circuito de kioscos de prensa. Este tejía en el Madrid de principios de siglo una tupida trama, conforme documenta Edward Baker a partir de un listado de 1911 del Archivo de la Villa (pp. 383-396). No obstante, muchas de las colecciones se repartían también a domicilio, por suscripción.

Otros capítulos de *Kiosk Literature of Silver Age Spain* versan sobre los autores más conspicuos de los catálogos de estas colecciones, como Álvaro Retana, César Juarros o Joaquín Belda. Varias páginas subrayan, en concreto, cómo Retana definió un nuevo modelo de celebridad literaria y que, deslizándose con agilidad entre la ficción y el mundo empírico, planteó formas originales de relación con sus admiradores. Aunque Carmen de Burgos no protagonice ningún capítulo en particular, varios de ellos le tributan especial y merecida atención.

No pocos colaboradores de *Kiosk Literature of Silver Age Spain* se detienen a considerar la representación de las y los protagonistas de las novelas, que muchas veces pueden leerse como modelos de

conducta en la negociación de los roles de género. Hubo novelas e incluso colecciones enteras que dieron visibilidad a prácticas sexuales no normativas; ello no equivalía necesariamente a normalizarlas, pero sí que abría un debate allí donde textos de épocas precedentes se habían detenido en la burla y el estigma. Especial atención reciben las colecciones de novela erótica y de adaptaciones de películas: “As many as one hundred collections of novelized cinema or forms of the *novela cinematográfica* were published between the 1920s and the end of the 1940s” (p. 182).

El volumen contiene igualmente reflexiones sobre la nueva vida de la que estas colecciones populares pueden gozar en el ciberespacio. El interesado no sólo podrá leer reproducciones digitales en repositorios tan meritorios como la Virtual Wunderkammer de Marta Zubiarre o la biblioteca digital Mnemosine (cuyo planteamiento se detalla en el último capítulo de esta obra), sino que también podrá compartir su entusiasmo en los espacios que algunas redes sociales dedican a autores como Álvaro Retana.

Junto a aspectos tan interesantes como los mencionados hasta aquí, *Kiosk Literature of Silver Age Spain* contiene también algunos abordajes excesivamente tangenciales y parciales; me parece que el libro habría ganado en coherencia, valor epistémico y utilidad si se hubieran analizado más colecciones completas, y si los análisis respondieran, al menos en parte, a ejes de reflexión y a preocupaciones comunes. Quizá en ese sentido uno de los capítulos metodológicamente más logrados sea el que se consagra a “La Novela Femenina”, que representa además una

excelente puerta de entrada a la cultura feminista española de la Edad de Plata.

ÁLVARO CEBALLOS VIRO  
(UNIVERSITÉ DE LIÈGE)

**Fernando Castillo:** *Españoles en París 1940-1944. Constelación literaria durante la Ocupación*. Madrid: Fórcola Ediciones (Colección Siglo xx), 2017. 155 páginas.

Dada su proximidad geográfica y la mayoritaria francofilia de la intelectualidad española, el país vecino se convirtió durante la Guerra Civil en el perfecto refugio en donde ponerse a salvo de la contienda fratricida y en donde parapetarse con cautela a la espera de acontecimientos. El París de los dulces años veinte, retratado con tonos festivos por Ernest Hemingway o John Dos Passos, fue ineludible estación de paso para buena parte de los escritores del 98, que no se resistieron a la tentación de ofrendarle la cumplida visita. Qué decir de los pintores, para quienes la residencia fuera de los márgenes de la ciudad bañada por el Sena les condenaba prácticamente al ostracismo o a la irrelevancia. También los jóvenes del 27 se pasearon por París e incluso, los más aventajados, entablaron fecundas relaciones con sus colegas estéticamente más afines. Aquel París alegre, mundano, indiscutido emblema de la modernidad cambió rápidamente su cara amable por otra más sombría y desoladora cuando el motivo de la visita no era el disfrute hedonista del arte o el cultivo despreocupado de la tertulia en sus cafés, sino la huida de una guerra atroz de la que en ningún caso el exiliado podía sentirse ajeno, puesto que de su evolución

dependía la prolongación de su estancia en tierras francesas. Nadie podía sustraerse a la lectura de los periódicos o al intercambio de noticias porque por el París de finales de los años treinta pasaron españoles de todas las tendencias: comunistas, liberales, nacionalistas, conservadores, falangistas, etc. Probablemente, para una mayoría de ellos la residencia parisina constituía un paréntesis vital que, entendían –o más bien deseaban– no se alargaría en exceso. Sin embargo, la prolongación de la guerra obligó a muchos de ellos a tomar decisiones trascendentales en su vida: permanecer en Francia o partir hacia otras regiones más afines ideológicamente o más mullidas desde el punto de vista económico. Algunos prolongaron su estancia en la capital francesa y no solo conocieron los inquietos años de la guerra en España, sino el subsiguiente París de la ocupación alemana.

Durante los últimos años han proliferado los estudios sobre el exilio español en Francia. A su elucidación y análisis se han venido dedicando artículos, monografías y congresos. Aunque faltan seguramente cuantiosos recovecos por explorar, la bibliografía al respecto es cuantiosa. Fernando Castillo viene en este punto a interesarse y a proyectar luz sobre un período especialmente oscuro y convulso en la historia de Francia como es el de la ocupación alemana y el establecimiento del régimen colaboracionista de Vichy, y lo hace de una forma original indagando en la presencia de españoles en el París de aquella dramática coyuntura en la que una parte considerable de la población contempló con indiferencia o incluso simpatía la dominación nazi. También despuntaron algunas tentativas de resistencia, más simbólicas que efectivas,

posteriormente ensalzadas para tratar de aplacar los remordimientos de la conciencia nacional.

No es esta la primera vez que Fernando Castillo se acerca al estudio del dominio nazi de París en su vertiente literaria, de hecho, el presente volumen cierra su “Trilogía de la Ocupación”, que completan los volúmenes *Noche y niebla en el París ocupado. Traficantes, espías y mercado negro* (2012) y *París-Modiano. De la ocupación a Mayo del 68* (2015). Algunos protagonistas de dichos libros, César González-Ruano o Patrick Modiano, resurgen como sombras incombustibles en el presente volumen, pensado, según apunta el autor, como una “panorámica”, “una mirada de conjunto y a golpe de telescopio de esa galaxia de escritores españoles que estaban presentes en el París ocupado” (p. 5).

En el prólogo, Castillo, a modo de *captatio benevolentiae*, trata de limitar el alcance de su empresa, aunque lo cierto es que tal modestia –nada impostada– no hace justicia a los méritos finalmente contraídos. Es cierto que el libro es breve y panorámico, y si se quiere, superficial o divulgativo, pero, en cambio, resulta muy atractivo por varias razones: se ocupa por ejemplo de una etapa escasamente estudiada en el medio hispano, resulta igualmente útil como libro de consulta e incita al lector curioso a profundizar en la trayectoria de unos personajes aquí a veces meramente esbozados. El libro, además, está muy bien escrito con una prosa ágil y precisa que convierte su lectura en una agradable experiencia.

Otro acierto viene dado por su feliz estructuración. El autor, tomando como inspiración los carteles de Ernesto Giménez

Caballero, convierte esta tramoya de vidas en suspenso en todo un universo conformado por galaxias, estrellas, planetas, satélites y algún inesperado cometa. Para completar el homenaje al fundador de *La Gaceta Literaria*, Castillo inserta al final un planisferio que condensa gráficamente el contenido de las páginas precedentes.

Son más de cuarenta los testimonios que Castillo logra recabar. Para tal fin no excluye ninguna aportación, de tal manera que tanto los libros de memorias como las crónicas le resultan especialmente útiles, pero también de las narraciones o incluso de los poemarios sabe extraer curiosas gemas. Como era de esperar, no todos los personajes brillan a la misma altura: unos desempeñan un papel más protagónico, en tanto otros son meros secundarios e incluso no faltan los figurantes sin diálogo. También es cierto que lo que prima ante todo es la trascendencia del testimonio aportado, su hondura y amplitud.

Entre las “primeras estrellas” de esta constelación, el autor sitúa, con criterio muy generoso, a algunos miembros de la llamada “tercera España” que comparten como elemento aglutinante el hecho de partir al exilio al comienzo de la Guerra Civil, en lo que constituye la primera gran oleada inmigratoria provocada por el conflicto. Dentro de este apartado se integran personajes de muy variado pelaje. Por ejemplo, Gregorio Marañón, que apenas escribe un breve artículo sobre la llegada de los alemanes a París en el que manifiesta cierta admiración por su marcialidad y equipamiento. Otros testimonios proclives al invasor son los de los periodistas Carles Soldevila, Josefina Carabias y Marcial Retuerto. Más problemática en este apartado resulta la

presencia de Manuel Chaves Nogales o del desconocido poeta soriano Bernabé Herrero, quienes no residieron en el París ocupado y cuya inserción viene dada por trabajos posteriores dedicados al país vecino o por su mera pertenencia a esa tercera España evocada al inicio. Con todo, el protagonismo principal de este apartado, con todo merecimiento, está reservado a la actriz María Casares que, además de dedicar amplio espacio de sus memorias a estos años oscuros, se desmarca del resto con una clara oposición a los invasores.

El apartado más extenso del libro lo ocupa el “universo republicano” en el que se inscribe la oleada migratoria del 39 protagonizada por los perdedores de la guerra. Dada su ideología, resulta obvio que su existencia hubo de estar sujeta a múltiples asechanzas. Valiéndose de diversas figuras, muchas de ellas residentes en un París del que no han dejado testimonio escrito, Castillo traza un fresco en el que abundan los opositores al invasor y en el que también se denuncia el escaso alcance de la Resistencia. Personajes como Corpus Barga, Jorge Semprún o Max Aub son convocados en este apartado, si bien el que cobra mayor protagonismo es el cartelista Carles Fontserè, autor de unas controvertidas memorias en las que retrata la cruda realidad de la resistencia y las penalidades que el exiliado debe afrontar, entre otras la asunción de roles sociales poco aseados o cierta degradación moral —en su caso la colaboración con el enemigo—.

Un breve apartado se ocupa de un par de “cometas comunistas”, José María Quiroga Pla y Emili Gómez Nadal, cuyo testimonio del París *oku* ha de buscarse en los poemas del primero y en las memorias de Manuel Azcárate en el caso del

segundo. Más interés reviste el apartado siguiente en el que predominan las mujeres de ideario republicano sometidas además a cruenta persecución. Destaca en este punto el caso de Victoria Kent que traslada sus vivencias a un relato de corte narrativo titulado *Cuatro años de mi vida (1940-1944)*, para Castillo “junto al más tardío de María Casares, *Residente privilegiada*, uno de los más destacados relatos de los años de la Ocupación y sin duda el más original de todos los realizados por los escritores españoles” (p. 95).

“La galaxia catalana” está constituida por seis autores que escriben en su lengua materna, los cuales, según se refiere al inicio del capítulo, han sido estudiados por Eliseu Trenc, a quien parece seguirse en la confección del apartado, si bien, probablemente por descuido, se elude la pertinente referencia bibliográfica al final.

Castillo dedica también un curioso apartado a los que denomina satélites espía en donde, como contrafigura de los republicanos perseguidos, se dan cita varios periodistas del bando franquista que actuaron como correas de transmisión entre la dictadura española y la Francia colaboracionista. Un personaje peculiar de esta fauna lo constituye, sin duda, César González-Ruano, de quien ya hace algunos años nos empezamos a enterar de sus correrías nada aseadas en aquella dramática coyuntura que aprovechó para hacer todo tipo de negocios en los que primaba su sed de rapiña y su falta de escrúpulos. Recuérdense a este respecto la novela de José Carlos Llop *París: suite 1940* (Madrid: RBA, 2007) y los trabajos del mismo Fernando Castillo y de Rosa Sala Rose y Plàcid Garcia-Planas *El marqués y la esvástica*. César González-Ruano y

*los judíos en el París ocupado* (Barcelona: Anagrama, 2014). Castillo le dedica, por estas razones, un capítulo específico.

*Espanoles en París 1940-1944* es un libro en apariencia modesto, de tono panorámico y divulgativo, perfecto para hacerse una idea general de la presencia española en la Francia ocupada, un libro que muy bien podría haber tomado la forma de un diccionario o de una enciclopedia, de primar lo noticioso sobre lo literario, pero que gracias a las dotes expositivas de su autor se convierte en un ameno recorrido por un tiempo convulso y moralmente reprobable. Otro dato a favor de la obra viene dado justamente por la mirada templada y ecuánime que adopta el autor, que podríamos caracterizar como liberal, la cual evita caer en todo momento en un sectarismo tan propicio en estas ocasiones.

PABLO ROJAS  
(UNIVERSIDAD NACIONAL DE  
EDUCACIÓN A DISTANCIA,  
TALAVERA DE LA REINA)

**Gloria Camarero Gómez: *Madrid en el cine de Pedro Almodóvar*. Madrid: Akal, 2016 (Akal/Cine, 39). 126 páginas.**

Varios libros han coincidido en el mercado centrados en las relaciones de Pedro Almodóvar y su cine con la ciudad de Madrid: *Madrid en el cine de Pedro Almodóvar* del año 2016, así como *Todo sobre mi Madrid. Un paseo por el Madrid de Almodóvar, desde Pepi, Luci, Bom... hasta Julieta* (Pedro Sánchez Castrejón. Madrid: La Librería 2017) y *El Madrid de Almodóvar. Guía de restaurantes, teatros,*

*museos, tiendas y curiosidades de Madrid por los escenarios de sus películas* (Sacha Azcona. Madrid: e.a., 2017). Nos centramos en el primero de ellos, de carácter más académico, cuya autora es Gloria Camarero Gómez, profesora de la Universidad Carlos III de Madrid.

Como es sabido, la filmografía de Pedro Almodóvar va indisolublemente unida a la ciudad de Madrid, cuya presencia es casi continua en la carrera del director manchego. Por ejemplo, de sus veinte películas rodadas hasta ahora, siete lo fueron únicamente en Madrid (según la filmografía incluida en este libro): *Pepi, Luci, Bom y otras chicas del montón*, *Laberinto de pasiones*, *Entre tinieblas*, *Matador*, *Mujeres al borde de un ataque de nervios*, *Kika*, *Carne trémula*. En cambio, todos sus rodajes en el presente siglo (siete largometrajes) no han sido únicamente en la capital de España. Gracias al estudio de Camarero Gómez, el lector puede obtener informaciones y valoraciones de la presencia madrileña en el cine de Almodóvar. Por ejemplo, que muchos de los escenarios y lugares escogidos tienen una importancia en la vida del director: algunos escenarios corresponden a edificios en los que Almodóvar vivió en su momento o bien acudió a ellos por ser residencia de amigos.

El lector podría esperar una ordenación cronológica del Madrid almodovariano, y así organizar su filmografía en los años ochenta, noventa, etc., según la presencia de Madrid en sus películas. Esto no aparece en la obra de Gloria Camarero Gómez y puede decirse que la autora ha sido consecuente con el tema: no puede organizarse la vinculación de Madrid con este director siguiendo un orden temporal. Únicamente

en los inicios de su filmografía (*Pepi, Luci, Bom y otras chicas del montón* o *Laberinto de pasiones*) puede hablarse de un Madrid más específico, relativo a los lugares del movimiento artístico y cultural de la Movida madrileña. Por ejemplo, los rodajes en las viviendas ocupadas entonces por artistas como los pintores Costus o el fotógrafo Pablo Pérez Mínguez; del mismo modo, la presencia del mercado dominical del Rastro y de la terraza del local La Bobia, muy de moda entonces.

Por eso, la ordenación seguida en *Madrid en el cine de Pedro Almodóvar* es adecuada, no lo es por orden temporal, sino con un orden espacial. Es decir, tras un capítulo introductorio con el certero título de “Los muchos Madrid en el Madrid de Almodóvar”, sigue uno referido al Madrid privado, esto es, centrado en las viviendas y edificios donde se sitúan sus películas. Los capítulos tercero y cuarto, en cambio, se refieren al Madrid público, ya sean lugares de ocio y comercio (capítulo tres) o bien espacios comunes, como lugares y edificios públicos, o bien calles y plazas (capítulo cuatro). En el capítulo quinto, centrado en las conclusiones, se agradece que la autora mencione también los largometrajes menos madrileños de Almodóvar: así se cubre toda su filmografía, sin exclusiones por haber cambiado de lugares de rodaje. Como es sabido, *Todo sobre mi madre* se rodó sobre todo en Barcelona; *La piel que habito*, en un cigarral de Toledo; *Los amantes pasajeros*, en los decorados que representaban el interior de un avión. Cierra el volumen la filmografía del director donde, tal vez, se echa de menos junto a la ficha técnica de cada película una referencia específica a los lugares de Madrid en los que se rodó,

para así tenerlos recopilados, en el caso de que alguien esté interesado en rastrear los lugares madrileños de películas concretas del director manchego.

Gracias al recorrido planteado por Gloria Camarero Gómez puede verse la evolución de Madrid desde los inicios de la filmografía del director manchego hasta la actualidad. Esto es, los casi cuarenta años que Pedro Almodóvar lleva en activo como director: al igual que su filmografía, Madrid se presenta como una ciudad cambiante y en movimiento. Puede verse desde un Madrid popular de barrio con calor vecinal en películas como *¿Qué he hecho yo para merecer esto?* o *Volver* a un Madrid más burgués y de clase alta, como muestran los escenarios y viviendas de *Mujeres al borde de un ataque de nervios* o *Los abrazos rotos*. Del mismo modo, escenarios de un Madrid castizo o turístico (*Tacones lejanos* o *La flor de mi secreto*) frente a un Madrid despersonalizado y no tan fácil de localizar (*Julieta*).

Según se aprende gracias al libro de Gloria Camarero Gómez, Almodóvar suele usar escenarios reales, salvo excepciones, como el caso del bar que ocupa la protagonista de *Volver* en ausencia de su dueño. Fue creado a propósito para la película usando un descampado de la calle Peña Labra y fue demolido tras el rodaje, a pesar de las peticiones de vecinos para no derruirlo. Se agradece la inclusión de anécdotas como esta, sobre todo teniendo en cuenta que es un caso excepcional, debido a la querencia de Almodóvar por usar escenarios reales. Lo mismo puede decirse de una de las imágenes más madrileñas de toda su filmografía: la terraza de la casa de la protagonista de *Mujeres al borde de un ataque de nervios* presenta una vista de

Madrid casi única en el cine español. No se pudo usar el escenario real desde el que se tiene esa visión (la terraza del Círculo de Bellas Artes de la calle de Alcalá), pues no se consideró adecuado debido a la falta de resistencia del suelo. Por ello, se tuvo que recrear en un decorado.

Tal vez las películas de la presente década del director anuncian que Madrid no estará de manera tan presente o evidente en sus siguientes rodajes: *La piel que habito* estuvo rodada sobre todo en Toledo, *Los amantes pasajeros* lo fue en plató y *Julieta* (con la presencia muy clara de un edificio, donde se sitúan las diferentes viviendas de la protagonista, en la calle Fernando VI) muestra un Madrid menos evidente y reconocible en pantalla.

Uno de los puntos fuertes de la obra de Gloria Camarero Gómez es la inclusión de numerosas fotografías que documentan sus informaciones: además de imágenes promocionales, figuran otras de los rodajes de los diferentes largometrajes. Se hace evidente la colaboración con la que ha contado esta autora, pues la productora del propio Almodóvar, El Deseo, ha cedido la documentación gráfica y, además, le ha permitido acceder a anécdotas e informaciones acerca de los escenarios escogidos. Como es sabido, una de las características de los rodajes de Almodóvar es que él mismo se encarga de seleccionar las localizaciones y lugares de rodaje. No son tan útiles, en cambio, los mapas incluidos para situar los lugares mencionados, que figuran al final del capítulo correspondiente. Al no contar con indicaciones de calles adyacentes a los lugares de rodaje, no es fácil crearse uno mismo una ruta para visualizar en personas estas localizaciones. Dicho sea de paso, este no es el fin del libro.

Gracias a estos planos, que dejan mención del lugar y de la película allí rodada, recogemos los lugares madrileños más presentes en la filmografía de Almodóvar. El escenario más presente es el aeropuerto madrileño de Barajas, en seis largometrajes, único escenario presente en todas las décadas del cine de Almodóvar: *Laberinto de pasiones*, *Mujeres al borde de un ataque de nervios*, *Tacones lejanos*, *Hable con ella*, *Volver*, *Los amantes pasajeros*. El segundo escenario, con tres películas (todas ellas de los años noventa del pasado siglo), es el Cementerio de la Almudena: *Tacones lejanos*, *Kika*, *Carne trémula*. En cuanto a lugares de ocio y comercio, se mencionan cafeterías, discotecas, *pubs*, tabernas, tablaos flamencos, etc.; en lo relativo a tiendas, ya sean farmacias, ferreterías, tintorerías, bombonerías, de ropa, de lámparas, etc. Gloria Camarero Gómez recoge todos sus nombres y direcciones, algo que es de agradecer, pues muchos de estos locales ya han desaparecido.

Ya que se han publicado varios libros sobre el Madrid de Almodóvar, tal vez sería el momento de completar los es-

cenarios de su filmografía en algún otro estudio del tipo del de Gloria Camarero Gómez: Pedro Almodóvar no ha rodado únicamente en Madrid. Por ejemplo, no solo Barcelona en *Todo sobre mi madre*, sino también los escenarios de la niñez de Almodóvar en la región de Castilla La Mancha (presentes en *La flor de mi secreto* o *Volver*) o de su adolescencia en Extremadura (el escenario del final de ¡Átame!, el pueblo abandonado de Granadilla en Cáceres). O, como menciona la autora del libro aquí reseñado, los escenarios de su última película, *Julieta*, la que ha contado con más localizaciones: además de Madrid, también se rodó en Galicia, Aragón o Andalucía.

Por último, se debe llamar la atención sobre una paradoja del cine de Pedro Almodóvar: a pesar de ser el director de cine español contemporáneo más universal, no ha rodado nunca fuera de España, salvo algunas escenas en Berlín en ¿Qué he hecho yo para merecer esto?

GUILLERMO HERRÁEZ CUBINO  
(KARL-FRANZENS-UNIVERSITÄT GRAZ)

## 2. LITERATURA LATINOAMERICANA. HISTORIA Y CRÍTICA

**Koichi Hagimoto: *Between Empires. Martí, Rizal and the Intercolonial Alliance*. New York: Palgrave / Macmillan, 2013. 187 páginas.**

Koichi Hagimoto se propone hacer una comparación entre manuscritos seleccionados de dos “pensadores” del fin de siglo XIX, José Martí (1853-1895) y José Rizal

(1861-1896). Pese a ser contemporáneos, nunca se encontraron personalmente durante los largos viajes que emprendían. Tanto Martí como Rizal son “héroes nacionales”, de Cuba y Filipinas, respectivamente, identificándose con un futuro más prometedor que la situación de ser una colonia de España. En aquel tiempo, para los países colonizados, este futuro

se concebía como independencia, como construcción de una nación propia.

Hagimoto realiza una lectura minuciosa. En un primer capítulo analiza las novelas a partir de la óptica de la resistencia contra la opresión española; en un segundo capítulo, reflexiona sobre los contenidos de dos manifiestos; y, en un tercer capítulo, habla de las posiciones políticas de Martí y Rizal. De esta manera se va manifestando una actitud anticolonial en su obra, concebida como una alianza intercolonial e transoceánica.

Al orientarse a las estrategias novelescas de género, en *Lucía Jerez* (1885), la única novela de Martí, y *Noli me tangere* (1887) de Rizal, Hagimoto convierte el papel tradicional del hombre-mujer al revés, mostrando que la feminización de los hombres –típica para una situación colonial– provoca la voluntad de resistencia de las mujeres. Sin embargo, debido a la imposibilidad de fundar una nación, esta resistencia está condenada a fracasar, resultando en melodrama.

A continuación, Hagimoto se concentra en los manifiestos: el “Manifiesto de Montecristi” (1895) de Martí y “Filipinas dentro de cien años” (1889-1890) de Rizal. Deduce dos tropos fundamentales para definir quiénes son los destinatarios de las perspectivas futuras. Martí formula la idea de un “hombre natural”, cuyo modelo era Ralph Waldo Emerson, ya que los “letrados” se han familiarizado demasiado poco con las condiciones locales, mientras que Rizal opta por la figura de los “indios bravos”, siguiendo el ejemplo de los indios heroicos de los Estados Unidos. De todas maneras, en los dos casos se trata de una construcción imaginaria, de una teatralización que no se ocupa de la

heterogeneidad lingüística y étnica existente en sus respectivos países.

Y luego, Hagimoto discute las reacciones de los dos hombres en su confrontación con los Estados Unidos, un país cada vez más poderoso. Al margen de su admiración por la tecnología y la vida moderna, Martí y Rizal anotan debilidades en el modelo –casi– perfecto de la democracia. Sobre todo, a Rizal, él mismo de ascendencia chino-filipina, la discriminación contra las minorías de la población le llama la atención, mientras que Martí presiente el poder expansivo del país del norte.

El melodrama, la teatralización y la confrontación con el modelo de un imperio moderno culminan en el cuarto capítulo en una reconstrucción de la correspondencia de Martí y Rizal por un lado, y, por otro, de intelectuales tales como Ramón Emeterio Betances de Puerto Rico y Rafael María de Labra, el abolicionista español, entre otros más. Hagimoto demuestra que los contactos se establecían por medio de un carteo permanente. Se destaca la relación entre Ferdinand Blumentritt en Bohemia y José Rizal, la cual se convirtió en una verdadera amistad, pese a haberse encontrado personalmente solo una vez en sus vidas. Se considera a Blumentritt, que nunca viajó a las Filipinas, como una autoridad a la hora de escribir sobre esta colonia española a partir de una perspectiva histórica objetiva.

En esta última parte de su libro, Hagimoto menciona la influencia de la masonería, sobre todo en Madrid, cuyas sociedades tanto Martí como Rizal frecuentaban. Ofrecían una fuente bastante productiva a los estudiantes de las colonias, pues ellas podían estar al tanto de las ideas liberales y de la resistencia

contra el régimen colonialista. Sin embargo, en cuanto a las experiencias con los países latinoamericanos, se encuentra una cierta distancia. Muy interesante, en este caso, es la segunda novela de Rizal, *El filibusterismo* (1891), interpretada por Hagimoto como una continuación de su primera. El protagonista, Simoun, es un filipino “mulato” exilado en Cuba, de donde regresa a su país como joyero rico y misterioso, siempre disfrazado con sus “anteojos azules de rejilla”, decidido a combatir el sistema colonial.

Pese a que Hagimoto presenta material histórico, su énfasis cae en las lecturas cuidadosas usando conceptos de “nación”, Calibán o “alteridad”, de Benedict Anderson, Doris Sommer, Roberto Fernández Retamar, Jacques Derrida, Etienne Balibar o Louis Althusser. Le ayudan a interpretar estos textos estudiados con un foco postcolonial y crítico. De esta manera, proclama a Martí y Rizal como precursores de la conferencia de Bandung, Indonesia, en abril de 1955, de las naciones no alineadas, más tarde denominadas como “Tercer Mundo” o Sur Global. Otro mensaje importante queda en mente. Martí y Rizal creen que los hombres “ilustrados”, los que sacan sus conocimientos de manera exclusiva de los libros, no son los más preparados para responsabilizarse de las instituciones educativas en sus países, un problema que sigue repitiéndose con frecuencia en los textos literarios del Caribe en el siglo xx. Parece que este tema no pertenece al pasado y valdría la pena realizar un estudio profundo de la literatura regional a partir de este argumento.

INEKE PHAF-RHEINBERGER  
(HUMBOLDT-UNIVERSITÄT ZU BERLIN)

**Fernando de Szyszlo: *La vida sin dueño. Memorias*. Madrid: Taurus, 2017. 276 páginas.**

La obra plástica del peruano Fernando de Szyszlo (1925-2017) ha sido decisiva en su país de origen y en el contexto de la América Latina del siglo xx. En este libro se refieren sus vivencias y su proceso de creación, dando así mayor visibilidad al esfuerzo que ha ido realizando durante décadas para ir entregando un conjunto estético de impresionante alcance. Una “vida sin dueño”, porque Szyszlo ha hecho siempre gala de su rebeldía y de su independencia. Leyendo estas páginas se asiste al nacimiento y al desarrollo de una vocación, propulsada por el trabajo y la exploración continua, mediante las cuales su autor ha ido ofreciendo una producción singular dentro del arte abstracto, que introdujo en el Perú y que luego evolucionó al “expresionismo abstracto”, un arte de vanguardia con aceptación en las grandes capitales del continente en las que fue reconocido y valorado.

*La vida sin dueño* es también un lienzo en el que, dirigiendo los actos de la memoria, domina todo cuanto dice, al tiempo que soslaya cualquier detalle excesivo. Importa más, por esa razón, el relato de la parte artística, el trazado de su trayectoria, a cuyo través se expande la medida intimidad que el autor quiere mostrar. Dice en algún momento: “Fuera del arte, solamente me ha turbado en la vida mi relación con las mujeres” (p. 39) y, sin embargo, evita ofrecer las anécdotas de estas relaciones para acudir a explicaciones más generales. En esencia, nos encontramos con un autorretrato, el que quiere dejar a la posteridad. No se puede olvidar que el

libro aparece tan solo unos meses antes de su muerte junto a su esposa a comienzos de octubre de 2017.

Los capítulos transcurren en un sereno, pero firme esfuerzo de la memoria, poniendo en pie un pasado y una vocación, que tuvo que defender frente un ambiente no demasiado propicio, pero que fue construyendo paso a paso, en Lima y en París. La duplicidad temporal que rige cualquier libro de memorias, también aparece aquí, y los juicios estéticos y éticos se afianzan a medida que avanzan las páginas, así la defensa de la vanguardia en el arte, la importancia de la literatura y de la música a lo largo de su vida y de la construcción de su personalidad. Todo ello se agrupa en diecinueve capítulos con títulos sugestivos que permiten leerse también por separado. Alguna de esta buena estructuración puede deberse a la colaboración de Fietta Jarque, cuyo nombre se anota al comienzo.

Ya en el primer capítulo, “En los orígenes”, aparece un acto de afirmación de ese retrato que nos muestra: ser pintor ha marcado su vida, y siente la necesidad de dejar constancia de una época de transformación artística en el Perú que conoció de primera mano. Como en todo comienzo, las raíces y la infancia son evocados con detalle pues se encuentran ahí los gérmenes de la vida y la obra posterior, la casa, el mar, constantes siempre, el descubrimiento de la literatura en las bibliotecas familiares, especialmente en la de su tío materno, Abraham Valdelomar, al que dedica algunas páginas con recuerdos familiares y acertadas pinceladas que perfilan la figura del posmodernista peruano muerto a los 31 años. Szyszlo resalta el aporte de Valdelomar a la literatura de su

país, trae a colación su poema “Tristitia” y restituye su imagen para liberarla de prejuicios: “Yo nací seis años después de la muerte de Abraham y lo inagotable de la tristeza que dejó en mi familia está unida a mi memoria de esos años de mi niñez” (p. 19). La otra figura masculina decisiva fue la del padre, al que evoca con graves problemas de socialización, y sin embargo ese padre de origen polaco que llega al Perú durante la Segunda Guerra Mundial, le cede otra de sus aficiones, la pasión por la música. También le dedica varias páginas para delinear su origen y su vocación de científico que hablaba catorce idiomas, destacando su interés por la naturaleza de la Amazonía, lo que le llevó a escribir algunos libros y a ser miembro de la Sociedad Geográfica de Francia. Esa figura se le presenta a Szyszlo como un enigma que no pudo resolver nunca porque lo consideraba un ser frío y distante, y al que sin embargo humaniza al recordar algunas anécdotas. Desde el presente confía: “Ahora me arrepiento de no haber hablado más con mi padre” (p. 25).

Un capítulo ligado también a esos orígenes es el titulado “El barrio de Santa Beatriz”, porque constituye un contexto que explica el hacerse del artista. Allí vivieron algunos de los personajes más importantes de la cultura peruana del siglo xx y ello fortaleció su gusto por la literatura, aunque llegado el momento se inclinara por la arquitectura y posteriormente, al ir a mejorar su dibujo en la Universidad Católica, descubriera su inclinación por el cubismo y la vanguardia. Es entonces cuando entiende que la pintura es “el encuentro visible de lo sagrado con la materia” (p. 35). Literatura, música y pintura ocupan estos años, aunque de diferente

manera, en el primer apartado Vallejo es una figura central, pero el descubrimiento de una biografía de Gauguin lo afianzan en su destino de pintor.

Los tres capítulos que siguen interesan en cuanto aportan perspectivas y datos sobre ese cambio artístico en el Perú que Szyszlo conoce de primera mano, “La peña Pancho Fierro”, “Personajes y pasajeros”, “Éramos la vanguardia, nos sentíamos la vanguardia” recogen los años previos de su viaje a París y toda la actividad que envuelve los círculos artísticos peruanos de los años cuarenta: las reuniones de intelectuales, el conocimiento de José María Arguedas, Emilio Adolfo Westphalen, Jorge Eduardo Eielson, Javier Soluguren, Sebastián Salazar Bondy y Blanca Varela. Esa peña constituyó una apertura al mundo y el recibimiento de artistas y de exiliados españoles como León Felipe, Pedro Salinas y Margarita Xirgu. Del mismo modo es decisiva su pertenencia a la Agrupación Espacio, desde 1947 a 1963, en la que se promovía la arquitectura moderna frente al indigenismo vigente en el Perú desde hacía décadas. En este apartado el libro de Luis Miró Quesada y su amistad sirvieron para impulsar esa línea de actuación. Esta es una época de amistades y de percepción de la desigualdad de la sociedad peruana, aunque confiesa su rechazo del comunismo por su falta de libertad. Fue fundamental el contacto con Arguedas: “José María era un hombre puro, diría que hasta candoroso. Muy sensible” (p. 53). De ahí su desgarramiento interior que acentuó su polémica con Cortázar, así como su relación con Sybila Arredondo, que lo arrastró al comunismo y a su suicidio final que relaciona con los ataques a *Todas las sangres*

por parte del Instituto de Estudios Peruanos. Del mismo modo “Personajes y pasajeros” se ocupa de la etapa bohemia de 1947 a 1949, año en que sale para París. Las amistades decisivas de Westphalen, Eielson y Soluguren y, entre los pintores, Oswaldo Guayasamín, alimentan su enfoque artístico que confirma en la lectura de *Universalismo constructivo* de Joaquín Torres García. Dedicar algún espacio a Salazar Bondy, indispensable en el espíritu crítico y la cohesión del grupo, fue él quien le presentó a personas fundamentales en su vida, como Blanca Varela y Mario Vargas Llosa. En cierta medida el capítulo titulado “Éramos la vanguardia, nos sentíamos la vanguardia” continúa la presentación de estos años formativos limeños, ya totalmente dedicado a la pintura dentro del cubismo que siente cercano al arte precolombino, sin embargo, justifica que su interés es “ser moderno, vanguardista” (p. 71). Son los años de su primera exposición, que fue cuestionada, y que fue la primera muestra de arte abstracto en el Perú. Esta es época de grandes cambios en la ciudad de Lima, que Szyszlo testimonia, con la apertura de la primera galería de arte en 1947, que luego derivó en el Instituto de Arte Contemporáneo.

Los capítulos dedicados a París reflejan el deseo cumplido, pero realmente la etapa formativa ya se ha realizado en Lima. “El viaje a París, por fin” significa la relación con Blanca Varela, y el inicio de una vida de escasez económica, pero también la amistad con Octavio Paz que asume un impulso decisivo para su primera exposición en París en 1950 y para la aparición del primer libro de Blanca Varela, *Puerto Supe, Ese puerto existe* (1959) con prólogo del poeta mexicano. París es

también sus museos y el conocimiento de nombres como Óscar Domínguez, André Breton, Roberto Matta, Wilfredo Lam y Rufino Tamayo. Fue este último determinante en su obra pues, siguiendo su ejemplo, emprende la tarea de “asumir parte del lenguaje del arte moderno europeo para expresar la realidad propia” (p. 103). En el plano personal interesa “Florencia, otra vez Blanca”, época de pausa en la que echa de menos el ambiente cultural de la capital francesa. Un hito importante fue, en su vuelta a Lima en 1955, la serie de cuadros acerca del poema “Apu Inca Atawalpaman”, para lo que contó con la asesoría de Arguedas.

Los años en Estados Unidos fueron decisivos en el fortalecimiento de su obra, “Washington, estabilidad y despeje” marca el momento en que empieza la consolidación de su obra plástica; estamos en 1957, época en la que dan comienzo las exposiciones por todo el continente. La vida se reposa en capítulos más reflexivos, “Vida de pintor”, “Día a día en el taller”. No oculta el miedo y el vértigo ante el lienzo en blanco y lo que significa de búsqueda, quedando el cuadro como testimonio de la batalla interminable. Confirma que ser moderno y abrazar lo primitivo era su objetivo desde hacía años porque Szyszlo ve en las culturas preincas de Paracas, Nazca y Chancay elementos artísticos y no restos arqueológicos. Para ello recuerda más de una vez la obra de Rufino Tamayo y propone la fusión entre la visión moderna y las formas estéticas del arte llamado “primitivo”, que está presente en la América precolombina. La serena vivencia de los años informa el “Día a día en el taller” con la rutina diaria: “Aún hoy me levanto con la ilusión

de entrar en el taller cada mañana. Tengo noventa y un años” (p. 144); es entonces cuando asoma su poética y su método de trabajo, las gamas de color y el alfabeto de formas que le sirven para expresarse: la mesa, la cama, el altar del sacrificio, así como los elementos con los que construye sus cuadros, el círculo, que le fascina, el disco de jade, la cruz, el cuadrado y el triángulo.

Capítulo de interés es “Entrelíneas. La literatura, mis amigos”. Szyszlo es un destacado miembro de la llamada Generación del Cincuenta, de hecho, encontró estímulos muy señalados en las obras de Eielson y Sologuren, a los que se refiere en varios momentos de estas memorias. Frecuentó a Julio Cortázar, a Borges, llegando a decir: “Yo viví el *boom* literario casi desde dentro” (p. 187). Quizá nada especialmente novedoso hay en estas vivencias, que tanto se han contado. Más sorprendentes resultan las anécdotas de algunos escasos amigos, tan impactantes como la de José Malsio, compositor de música clásica, o su gran amigo Luis Miró Quesada, a los que se unen los ya citados Javier Sologuren, Arguedas, o las varias páginas que dedica a Vargas Llosa, en las que refiere episodios relacionados con la noticia del Premio Nobel y con la documentación de sus novelas *El hablador* o *El paraíso en la otra esquina*.

Dos capítulos se dedican a volcar sus experiencias con la política desde su perspectiva de intelectual siempre independiente frente al pensamiento marxista. Lo afianzan en su postura las experiencias vividas en Cuba y todo lo derivado del Caso Padilla; en cambio, resalta su buena relación con la familia Kennedy. Aquí, como en todas las memorias, surgen las justifi-

caciones. En el mismo sentido, “El movimiento Libertad, mi gran decepción” refiere la experiencia política vivida con Vargas Llosa, capítulo testimonial, tiene interés por las opiniones acerca de Alan García, Hernando de Soto y el propio Vargas Llosa. Su postura es la de quien no tiene una ideología radicalizada, alejado del comunismo y de la extrema derecha, se escuda en el sentido moral.

Los últimos capítulos se tiñen de confidencias más cercanas y crepusculares. El amor, la muerte, la vida, y la experiencia de vivir el presente con su esposa Lila. Es entonces cuando evoca la desaparición de su hijo Lorenzo en 1996, a la que no se resigna, o la impactante visita a Octavio Paz invalido en silla de ruedas en 1998, y que morirá dos meses después. Szyszlo se vuelve sobre sí mismo a sus 91 años en los que escribe las memorias con la libertad de opinión ya ganada. Aparecen los seres que ama, los hijos, sus vidas, su educación y profesiones, Blanca Varela y la imposibilidad de convivencia, frente a lo que siente culpabilidad: “La recuerdo siempre con enorme cariño, pero la realidad es que en esos años no fuimos capaces de formar una unión muy sólida” (p. 96). Su esposa Lila asoma en la parte final de este capítulo venciendo el pudor ante lo que siente que es una parte importante de su vida, y ya en el último capítulo “Hoy, el viaje” entra a reproducir un diálogo con ella y la carta en la que la propia Lila refleja su relación. Subterfugio acertado que rompe el excesivo pudor de estas memorias, contrapunto y complemento de su vida es un aspecto querido, al que pretende, como otros de sus recuerdos, “sacar del torbellino de la vida cosas que uno quiere fijar” (p. 272). Se trata de atornillar el

presente, recuperar el pasado, de “guardar una microhistoria de mi generación”, dice Szyszlo, como colofón final. Sin duda lo consigue, a lo que contribuye también, en la mitad del libro, la aportación gráfica de varias personas evocadas.

CARMEN RUIZ BARRIONUEVO  
(UNIVERSIDAD DE SALAMANCA)

**Javier de Navascués: *Alpargatas contra libros. El escritor y las masas en la literatura del primer peronismo (1945-1955)*. Madrid / Frankfurt a.M.: Iberoamericana / Vervuert, 2017. 237 páginas.**

Varios libros se dedican a explicar “el peronismo”, un movimiento político de la historia argentina difícil de captar en todas sus facetas. Javier de Navascués, autor de varios libros sobre los escritores de esta época, está familiarizado con el movimiento, por lo que formula las características de forma contundente. Para ello, recurre también a los estudios históricos y sociales de esa época. En este trabajo, Navascués se dedica a examinar las relaciones de los intelectuales con la masa (peronista) según se da en textos literarios de aquella época.

El trabajo está formado por cuatro partes. Entre ellas, la introducción; un capítulo que además de la habitual presentación de la estructuración del estudio y de sus metas, sitúa al lector en el contexto, abriendo la temática a la situación mundial y de ahí centrándose en los sucesos y el ambiente cultural de la Argentina de aquellos años. Para ello, Navascués evidencia que ya desde Stendhal “el hombre de letras es capaz de sentir una imperiosa

fascinación por incorporarse a la multitud” (p. 13). Sin embargo, según él, desde el siglo XVIII reina a la vez el problema para el intelectual, de no “ser absorbido por las carencias del mismo pueblo que se dice defender” (p. 13). El análisis del manejo de la fascinación tanto como del rechazo del fenómeno de la masa, forma una parte central del presente trabajo. Es necesario, entonces, adelantar una definición del término ‘intelectual’ tanto como del de ‘masa’, lo que Navascués logra hacer de forma concisa. Explica, además, cómo estos términos fueron integrados en la literatura. El primero lo entiende como un “impulso del yo pensante hacia su sociedad” (p. 15) que se permite criticar ámbitos más allá de su competencia. Este ‘yo pensante’, no obstante, depende de su contexto, es decir, de la época en la que está viviendo. Si bien el término de ‘masa’ también está sujeto a cambios, su aspecto denigratorio es una de sus constantes. Esto se vuelve sobre todo de mucho interés con la subida de Perón y su programa político: incluir a los marginados en la construcción del país. Una programación de mucha importancia, ya que se estaba viviendo una época de alta migración, tanto del extranjero como del campo a la ciudad de Buenos Aires.

La extensa y necesaria ambientación del lector ayuda a entender las características esenciales del peronismo y los cambios entre el primer y el segundo gobierno. Así, Navascués, en la primera parte del libro, explica los proyectos educativos y el contexto histórico en ambos gobiernos de Perón. Esto permite entender los cambios de opinión de muchos de los autores sobre el peronismo a lo largo del tiempo, lo que se refleja en sus obras. Así logra el autor cum-

plir con una de las metas del libro: mostrar el distanciamiento de la clase intelectual del gobierno peronista a lo largo del tiempo, sin que eso dependiera de su campo ideológico. Con la vista general sobre el campo literario durante el peronismo, cierra la primera parte y se pasa al análisis ejemplar de algunos autores de la época.

En la segunda y tercera parte el análisis se centra en los escritores Arturo Jauretche, Manuel Gálvez, Jorge Luis Borges, Adolfo Bioy Casares, Beatriz Guido, María Rosa Oliver, Julio Cortázar, Ezequiel Martínez Estrada y Leopoldo Marechal. Con ello, el estudio abarca un espectro desde el nacionalismo católico, pasando por el escepticismo liberal hasta la mirada de la izquierda tradicional. Aunque se pudiera suponer diferencias entre estos intelectuales, Navascués rescata los puntos de contacto entre sus obras, a través de su desafección por la masa peronista. Justifica su elección de escritores con su meta de trabajar autores que han vivido (y sufrido) esa época y que por ello, con su relato personal (aunque ficcional), la experiencia primordial de aquellos años se hace mucho más presente que en los abundantes estudios históricos y sociales que existen sobre esa época.

En el centro del análisis está la manifestación del 17 de octubre de 1945, en la que los seguidores de Perón pidieron en una marcha sin antecedentes la libertad de su líder. Tiene, por lo tanto, una importancia como mito fundacional del peronismo. En la mayoría de los casos, es vista como un carnaval o como una imagen teatralizada, explica Navascués. Significativo es que los manifestantes son entendidos como un ‘otro’, como extranjeros, como algo no perteneciente a Bue-

nos Aires; también hay los que interpretan la manifestación como una epifanía. Para algunos, entre aquellos, dependiendo del lugar de donde se la escriba, tiene un significado positivo, para otros, una anotación negativa. Como Navascués señala, además, hay vocabulario que es utilizado tanto por los peronistas mismos, como por los intelectuales en contra del régimen. En esa segunda parte entra también el estudio de los términos de la ‘masa’, ‘miedo’ e ‘ilusión’. A través de un análisis narratológico, Navascués logra rescatar las diferentes posiciones e ideologías de los autores estudiados. Al contraponer las diferentes opiniones de los distintos lados ideológicos, consigue esbozar de manera objetiva la situación de aquellos años.

A través del ejemplo de Delfina Bunge –para señalar a una autora ejemplarmente–, Navascués acerca al lector a una posición del catolicismo de aquellos años, sin dejar de señalar que la mayoría de los creyentes católicos rechazó el peronismo por interpretar a Perón como un líder fascista. Pero en la idea de “armonizar los intereses de la clase trabajadora con el orden social en aras de la patria” (p. 96) y el dictamen de la enseñanza católica obligatoria en las escuelas, algunos vieron un intento de devolverle a Argentina nuevamente una identidad católica y con ello un posible encuentro de nacionalismo y catolicismo. A través de la obra del marido de Bunge, Manuel Gálvez, considerado el “primer representante del ‘escritor profesional’ en la Argentina” (p. 97), Navascués señala la espera de “la llegada de un líder heroico y redentor” (p. 101) con el “carisma del líder [...] capaz de domesticarlas [las masas]” (p. 103). Sin embargo, con ello también se destaca el miedo de los inte-

lectuales de mezclarse con la masa, de perder su personalidad, su ‘yo’ y de disolverse en la anonimidad. A partir del segundo gobierno de Perón se puede notar, a través de las obras, el quiebre de la Iglesia con el gobierno, lo que se debe entre otros a la ley del divorcio, etc. La Iglesia se vio afectada, además, en su libertad de expresión. Así, por ejemplo, el diario *El pueblo*, en que Bunge había escrito años antes, todavía rescatando los puntos en común, fue clausurado. Las novelas de Gálvez se vuelven en aquel entonces abiertamente antiperonistas (p. 104).

Si en Gálvez se observó una posición dentro del catolicismo nacional, Navascués relata a través del escritor Jorge Luis Borges, quien “no era sospechoso de simpatías clericales” (p. 109), la necesidad de un intelectual singular ante “la amenaza peronista” (p. 109) de ser parte de la unidad de las élites intelectuales. La obra “La fiesta del monstruo” es un texto central en la literatura antiperonista, escrita en común por Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares, bajo el pseudónimo de Honorio Bustos Domecq. Navascués emprende un análisis detallado de la figura del protagonista tanto como de la masa que finalmente asesina al primero. Con referencias a la teoría del chivo expiatorio desarrollada por René Girard, se entiende que el protagonista, un judío, tal vez representante de la clase intelectual –por sus libros y sus gafas–, tiene que ser sacrificado por la espiral de violencia que ha creado el peronismo. Llevando la argumentación hacia el final, Navascués concluye que Perón entonces puede ser entendido como un “gestor del caos” (p. 131).

En la tercera parte, “la invasión como relato” está en el centro del análisis. Na-

vascués señala cómo se desarrollan –y cambian– los conceptos del invasor (“barbarie”) y del invadido (“civilización”) desde el *Martín Fierro*: durante el primer gobierno peronista, se refleja en la literatura argentina la toma de casas como una “invasión multitudinaria del peronismo en todos los ámbitos de la vida cotidiana, incluso el de la intimidad del hogar” (p. 148), como permite entender una lectura posible de “Casa tomada” de Julio Cortázar. Pero en el transcurso del tiempo, por ejemplo, Germán Rozenmacher, quien se adhirió al peronismo después del 1955, ve en los invasores gente antes desposeída socialmente (p. 152). O Ricardo Piglia, quien en “La invasión”, invierte los términos, y el “invasor” es el “civilizado” (p. 153). Con todo, Navascués rescata que en los años sesenta y setenta, en Argentina, sumada la situación política internacional, los escritores se ven enfrentados con la pregunta de si escribir para una élite o para la masa, y cómo acercarse y hacerse uno con esta (p. 154).

Finalmente, en la cuarta y última parte Navascués sintetiza en forma concisa lo analizado en los capítulos anteriores. Señala, resumiendo, que también los anti-peronistas, en algunos casos, describen la sensación de mezclarse con la masa como algo positivo (p. 210), pero cuando se defiende el yo frente a la multitud, el temor de mezclarse, de ser tocado, se reduplica (p. 211). Lo que, según Navascués, “aglutina a católicos, liberales, independientes e incluso a intelectuales de izquierda” (p. 211). Dejando las representaciones ejemplares de lado, destaca la política cultural de aquellos años y rescata que muchos intelectuales sufrieron bajo el gobierno de Perón la pérdida de sus puestos, o un

silencio determinante alrededor de ellos. Muchos desde allí no hablaban más sobre el peronismo, lo consideraron un “tabú lingüístico” (p. 214), sin dejar de escribir, sin embargo, entre líneas.

Con todo, Navascués logra desarrollar con el presente trabajo una nueva temática del peronismo en la literatura argentina. Los textos están puestos correctamente en su contexto ideológico y las tesis del autor son fundamentadas adecuadamente, por ejemplo, con teorías de René Girard (el chivo expiatorio) o Elias Canetti (la fascinación por la masa que convive con el miedo que produce). Los ejemplos están bien elegidos. Logra dar una reseña aunque muy breve de las obras, pero con lo esencial, para poder seguir su argumento. Su vista, además, es completa. No solo menciona las obras relevantes y las pone en su contexto, sino hace referencias a novelas de la misma índole o contrarias a lo dicho, así que el lector recibe un panorama amplio de la diversidad y complejidad de las novelas escritas en aquellos años. Además, destaca el papel del autor en los órganos oficiales y los posibles cambios que sufrió por su ideología política. Al referirse y al hacer referencias constantemente de un texto a un contexto político social o cultural mencionado anteriormente, de vez en cuando hay algunas repeticiones tal vez innecesarias, si se quiere criticar algo. A la vez estas referencias enriquecen el texto y demuestran que, como en todo, hay matices entre líneas generales, y que por eso hace falta un estudio escrupuloso para abarcar esta temática tan compleja. Así, se puede decir que Navascués logra examinar con el debido cuidado y con exactitud el movimiento y su impacto en la cultura

y, sobre todo, en los intelectuales mismos de esa época.

Por lo tanto, este libro se recomienda tanto a los especialistas del peronismo que aún no se ocuparon de la posición de los autores que escribieron en aquellos años, como también a todos los que quieren entender el fenómeno político peronista en sus bases.

URSULA ARNING  
(KÖLN)

**Mónica Quijano / Héctor Fernando Vizcarra (eds.): *Crimen y ficción. Narrativa literaria y audiovisual sobre la violencia en América Latina*. Ciudad de México: Bonilla Artigas Editores / Universidad Nacional Autónoma de México-Facultad de Filosofía y Letras, 2015. 377 páginas.**

Fue en *Imaginación y violencia en América Latina* (1970) donde Ariel Dorfman enunció su controversial aunque memorable frase: “En América la violencia es la prueba de que yo existo”. No es de extrañar, pues, que el género policial —el cual ya en sus orígenes trató el tema de la corrupción y la violencia— echara raíces en América Latina. Con el tiempo, este género ha llegado a tratar temas como la violencia cotidiana, el crimen de Estado, la represión, la corrupción judicial y policial, el tráfico y consumo de drogas y la existencia de los bajos fondos; y ha representado ciudades dominadas por la inseguridad civil, en las que la figura del policía está muy lejos de simbolizar la existencia de un orden. En pocas palabras, nos referimos a un género que ha abrazado esa historia anegada por la furia,

la amoralidad y la degradación humana.

Todo lo anterior resuena, como una ola expansiva, en el libro *Crimen y ficción. Narrativa literaria y audiovisual sobre la violencia en América Latina*. El libro está conformado por quince ensayos rigurosamente escritos y documentados en los que la violencia, como eje, atraviesa una serie ecléctica de expresiones y discursos culturales: cine, literatura, televisión y la nota roja periodística. Esta gama discursiva obedece a un afán por incluir, en la medida de lo posible, las piezas que laten en el corazón de la cultura, inmersa en una compleja y desgastada maquinaria social y política; piezas que contribuyen a reforzar el imaginario colectivo en torno al crimen y sus manifestaciones en Latinoamérica. Precisamente, el propósito angular del libro es analizar y desglosar dichas representaciones pero, sobre todo, problematizar la noción tradicional del género policial, es decir, la típica convención narrativa en la que un detective, tras investigar a fondo a un criminal, resuelve el delito. Más bien, en este libro se evidencia aquello que dijo Bajtín, de que un género es el mismo y otro simultáneamente, ya que renace y se renueva en cada nueva etapa y en cada obra. Así, veremos que en el análisis de los dispositivos culturales abordados aparecen también los crímenes de Estado, lo cual se traduce, no en la identificación de un único culpable, sino en la verificación de una profunda impunidad y la existencia de ‘víctimas colectivas’. Por lo tanto, los textos analizados destilan, en no pocas ocasiones, posturas antihegemónicas, un ir contracorriente de la verdad oficial, aunque utilizando registros que cuestionan las vertientes del género, provocando a la vez una reflexión

sobre la escritura misma. De esta manera, los ensayos traen a la luz los procesos de crisis, sean de origen político, cultural o de género. Asimismo, revelan la fragilidad del tejido social que continúa cristalizada en la realidad latinoamericana y, por ende, sigue representándose con matices que expresan reflujos y renovaciones.

El libro, por lo tanto, abre con un apartado teórico acertadamente titulado “Reflexiones sobre el género y sus avatares”. Por medio de tres artículos escritos por Héctor Fernando Vizcarra, Persephone Braham y José Alfredo Lasserre Cedillo, respectivamente, se ponen en cuestión las prescripciones del género. De esta forma, Vizcarra hace un recorrido por las transformaciones y los ciclos de la narrativa policial; Braham brinda una panorámica de la desviación del género en América Latina, presente desde el siglo XIX, por medio de tramas que recurren a las raíces góticas de la literatura policial temprana; y Lasserre Cedillo polemiza con interpretaciones teóricas sobre un autor clásico de la literatura policial: Jorge Luis Borges.

Los apartados del libro que le siguen a las reflexiones teóricas nos brindan un rico abanico de artículos, lecturas e interpretaciones sobre objetos tan variados como *Belleza roja* de Bernardo Esquinca; *El complot mongol* de Rafael Bernal; *El hombre que amaba a los perros* de Leonardo Padura; *Un asesino solitario* de Élmer Mendoza; *Qué solos se quedan los muertos* de Mempo Giardinelli; *Señores bajo los árboles. Brevisima relación de la destrucción de los indios* de Mario Roberto Morales; *Insensatez* de Horacio Castellanos Moya; *Material humano* de Rodrigo Rey Rosa; *Antígona González* de Sara Uri-

be; la poesía de los autores juarenses Jorge Humberto Chávez, Miguel Ángel Chávez y César Silva Márquez; *Trabajos del reino* de Yuri Herrera; *Fiesta en la madriguera* de Juan Pablo Villalobos; la película *El secreto de sus ojos* de Juan José Campanella; las notas rojas de periódicos de la Ciudad de México (1880-1940); y la serie de televisión *Mujeres asesinas*.

Así, por ejemplo, Edivaldo González Ramírez, en “Rafael Bernal: entre la novela de enigma y la novela policiaca negra”, pone en dialogo *El complot mongol* con la totalidad de la obra policiaca de Bernal con el fin de llamar la atención sobre la capacidad del Estado (corrupto) de justificar los asesinatos para defender sus proyectos políticos. Por su parte, Andrea Garza, en su artículo “Asesinos colectivos, a sueldo y kamikazes”, examina la mirada del asesino que ejerce su delito en nombre de su gobierno para mantener una “paz social” que, sin embargo, resulta falsa, tramposa. Para ello compara a Ramón Mercader, de *El hombre que amaba a los perros*, con Jorge Macías (“El Yorch”), de *Un asesino solitario*.

En “Crimen, archivo y ficción: la herencia del conflicto armado en Guatemala” de Mónica Quijano, se hace un recorrido por tres novelas de posguerra que tienen como tema la violencia estatal en Guatemala: *Brevisima relación de la destrucción de los indios* de Morales; *Insensatez* de Castellanos Moya; *Material humano* de Rey Rosa. Las tres novelas utilizan la figura del archivo para hilvanar textos en los que el escritor se convierte en un figura reconstructora del pasado por medio de las experiencias de los otros. Asimismo, argumenta Quijano, se trata de intentos por fijar un discurso que refle-

jan una paradoja: se registra lo inestable, lo escurridizo, características de la propia verdad. El valor del archivo también es abordado por Roberto Cruz Arzabal en su artículo sobre *Antígona González*, el poderoso libro de Uribe que alude a los desaparecidos en México, consecuencia de la denominada “guerra contra el narco” iniciada en 2008. En su texto, Uribe incluye en el meollo del discurso las voces de las víctimas de la violencia, haciendo que se borre la noción de una autoría autónoma y singular, para dar paso a una autoría comunitaria.

¿Y qué pasa con los contrincantes políticos exiliados, desterrados o expulsados por el aparato estatal? ¿Acaso no dejan también vestigios, heridas, tras de sí al igual que los muertos y los desaparecidos? Alfonso Fierro, en “Novela dura y posdictadura militar argentina”, a partir del concepto ‘estructura de sentimiento’ de Raymond Williams, analiza *Qué solos se quedan los muertos*. Giardinelli diluye en su narración el dolor de aquellos que se vieron obligados a huir de la dictadura argentina. Sin embargo, esa violencia sembrada en la arquitectura de los afectos permanece no solo en la memoria de los sobrevivientes, sino también en los archivos, los cuales generan nuevos significados cuando son investigados en el futuro.

Saydi Núñez Cetina, en “Crimen, representación y ficción: la construcción social de la peligrosidad en la nota roja, ciudad de México (1880-1940)”, explica cómo se instaura el concepto de peligro en el imaginario, legitimado mediante instituciones de autoridad como la médica o la jurídica, y la forma en que se resignifica históricamente. Glen Close es la autora

del interesante artículo “Autopsias, morgues y vivisección: escenarios literarios de poder, deseo e impiedad”. El mismo se apoya en relatos médico-forenses por medio de los cuales se desarrolla el concepto de “necropornografía” para referirse a obras policiales en las que se erotiza a los cadáveres de mujeres. Estos no solo son cuerpos del delito, sino también el lugar en el que se precipita el deseo sexual. La imagen de esos cuerpos de mujer representan, pues, el colmo de la inmovilidad, el extremo objeto de deseo de policías, forenses y criminales, convirtiéndose en víctima paradigmática.

En contraste, Alejandra Vela Martínez, en “Historia de confesiones y barbaries: las mujeres asesinas y su justificación en el imaginario colectivo”, se refiere a la imagen del papel activo de las mujeres en entornos criminales y para ello se vale de la serie de televisión *Mujeres asesinas*. No obstante, Vela problematiza dicha imagen al considerar que la agencia criminal de la asesina no es el resultado de una toma de poder y voluntad frente a la opresión del sistema patriarcal; más bien se le categoriza como un desorden mental que debe ser curado por unos psiquiatras impregnados de paternalismo. El artículo demuestra que en estos casos persiste la idea de que las mujeres son una minoría de objetos sexuales, atravesados por la locura y la anormalidad, por lo que es necesario reformarlas psicológicamente. En la misma línea, Gonzalo Soltero y Claudia Chibici-Revneanu se detienen en *Belleza roja*, de Bernardo Esquinca, novela en la que las mujeres son, ya sea objetos de una serie de crímenes sexuales, o sufren los daños producidos por operaciones estéticas fracasadas. Así, la violencia las rasga desde

dos frentes: la obsesión por ajustarse a un canon de belleza impuesto desde la mirada masculina; y la violencia sexual que emerge herencia de lo anterior.

En resumen, *Crimen y ficción* es un libro relevante y necesario porque nos acerca a objetos culturales y a imágenes de la violencia cinceladas desde varias décadas atrás, hasta llegar al presente, mostrándonos unas prácticas recurrentes, tanto en lo público como en lo privado. Al retratar y analizar los diversos tipos de violencia y su abanico de representaciones, el libro nos estimula a indagar en el problema, a no internalizarlo como algo ‘normal’ y, ojalá, a denunciarlo.

TANIA PLEITEZ VELA  
(UNIVERSITAT AUTÒNOMA DE  
BARCELONA)

**Cristina Piña (ed.): *En la trastienda del lenguaje. Nueve miradas a la escritura de Alejandra Pizarnik*. Pittsburgh: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 2015 (Serie Nueva América). 246 páginas.**

Tal vez parezca que no es necesario volver, nuevamente, a la figura y obra de Alejandra Pizarnik, autora architrabajada y explorada desde las aproximaciones teóricas más diversas: crítica genética, estudios culturales, psicoanálisis, sociocrítica, etc. Sin embargo, el presente volumen, editado de manera impecable y rigurosa por Cristina Piña, demuestra justamente lo contrario: que sí resulta imprescindible volver a Pizarnik a la luz de los nuevos textos que han aparecido, esto es, si tenemos en cuenta tanto los archivos de

Princeton como los de la Biblioteca de Maestros de Buenos Aires. Y ello porque la faceta de Pizarnik lectora, correctora, censora, glosadora, crítica, tanto de su obra como de la ajena, abre nuevos interrogantes e ilumina desde otros ángulos su producción ‘definitiva’.

En este sentido, hay dos acontecimientos cruciales, ya anunciados, que son: en primer lugar, la ampliación y puesta a disposición del público de todo el corpus de la escritora, lo que incluye sus diarios, su correspondencia y algunos textos de carácter íntimo o privado no dados a la imprenta. Todo este material se encuentra en la Universidad de Princeton y es el punto de partida de una mirada mucho más completa a su creación. El volumen en inglés editado por Fiona Mackintosh y Karl Posso en 2007 supuso también la apertura de nuevos caminos críticos en lo que podemos considerar un punto de inflexión que este volumen misceláneo y polifónico editado por Cristina Piña continúa. En segundo lugar, es clave para adentrarse en los procesos y protocolos de lectura y escritura de la argentina el hecho de que a finales de 2008 la Biblioteca de Maestros de Buenos Aires pusiera a disposición de los lectores e investigadores la parte de la biblioteca de la autora que, según palabras de Ana Becció, la madre de Pizarnik le había regalado a ella.

Hasta estos dos momentos que tienen que ver con la cuestión genética, bibliófila y casi “paleográfica”, según la ajustada y precisa periodización que Piña hace en la introducción, se habían trabajado únicamente su poesía y la delicada inscripción de la artista en el campo cultural argentino, sus prosas heterodoxas y, finalmente, a partir de 2004, el proceso de produc-

ción de su escritura ligado a su condición de lectora/crítica.

Está muy bien escogido el orden de los trabajos en el libro, pues el primero, de Ivonne Bordelois es el más estrictamente biográfico y hace alusión, con sumo cuidado, a cómo la vida ilumina, sin determinarla, la obra de la poeta. No es tarea fácil pensar las lógicas de situación entre literatura y sociedad en términos generales, tal y como sugieren críticos como Bourdieu o Maingueneau. Menos aún lo es reflexionar sobre la interacción mujer-artista, mujer-escritora y sociedad. La vida nada convencional y el fatal final de Pizarnik –como el de Soca, Plath, Woolf, Agustini o Storni– desvirtúa a veces la mirada crítica, la desenfoca y la dirige hacia lo extra-escritural de una manera sensacionalista y simplificadora. Por ello hay que rescatar siempre a la crítica avezada, a la lectora empedernida, a la creadora. Incorpora Bordelois, además, un material inédito que no es sino una relación con Borges, obliterada o no considerada hasta ahora, y que se documenta en el *Cahier vert* de Pizarnik además de en la entrevista que hicieron al escritor conjuntamente Pizarnik y Bordelois. Pone el énfasis este artículo en el oficio que tenía Pizarnik como lectora sistemática, como entrevistadora y desdibuja ese mito de la poeta surreal, inspirada y casi inconsciente del potencial de sus palabras. Se incide en su enorme bagaje intelectual y en la idea de la creación como un tejido infinito que se va completando con múltiples manos creadoras. Como afirma Gloria Anzaldúa, “escribir es una actividad en colaboración, una actividad comunal, que no se lleva a cabo en una habitación propia”. Es esencial, entonces, un estudio atento de

la biblioteca de la autora para poder calibrar parte de sus búsquedas y de su poética donde ocupan un lugar fundamental Kafka, Michaux, T. S. Eliot, Vallejo, Lautréamont y Olga Orozco. De ello se da cuenta Cristina Piña y nos ilustra con lucidez al respecto. Lo que subrayamos, destacamos, intervenimos, tachamos configura una máquina propia que produce un sentido. Así, Pizarnik reinventa la tradición, después de apropiársela en un gesto plenamente postmoderno. Es inconfundible pero, al mismo tiempo, todas las voces resuenan en la suya. Destaca también Piña cómo ha ido cambiando, metamorfoseándose la recepción de la figura de Pizarnik a medida que el corpus se ha ido ampliando, descubriendo, diversificando. Esto la convierte en un objeto de estudio inagotable, especialmente a partir de lo que la investigadora llama “biblioteca esencial intervenida” y que es un alimento verbal, léxico, de pensamiento de su propia obra. En suma, el audaz artículo de Piña titulado “La biblioteca alejandrina” explora, entonces, las variadas maneras de incorporación de la escritura ajena a partir de las glosas y marcas de Pizarnik en los libros de lectura y otros soportes de escritura. Es un notable ejercicio de imaginación crítica a partir de la metodología de la crítica genética que escapa de encorsetamientos y abre nuevas sendas de lectura y comprensión. Pizarnik escribe en un territorio ocupado y lo recodifica, lo reterritorializa.

Mariana Di Ciò aborda la obra de Pizarnik también desde la crítica genética y traza una “anatomía de la escritura” a partir de los manuscritos de Princeton. Explica la investigadora de la Sorbonne, con inteligencia y una prosa exquisita, el

proceso manual, físico, de cortar, pegar y sustraer antes de que la informática trivializara estos términos y cómo este gesto puede ser sumamente elocuente y ofrecer otros análisis de su obra a partir del proceso de lectura y escritura. Se destaca el carácter heterogéneo, descontextualizador y de *collage* de sus materiales más “neobarrocos”, humorísticos, soeces, véase *La bucanera de Pernambuco* o *Hilda la polígrafa* y lo que estos significan en tanto cuestionamiento paródico del lenguaje normativo. Destaca Di Cìò cómo Pizarnik escapa mediante el lenguaje, mediante los listados léxicos, de la angustia de la página en blanco, bien lejos de la escritura automática con la que erróneamente se la ha asociado en ocasiones. El desafío frente a los límites del lenguaje verbal, propone Di Cìò, es una disposición estética posible que guiaría la articulación de su obra.

Paulina Daza, por su parte, se centra en dos poemas inéditos –uno de ellos después publicado como “En esta noche, en este mundo”– que disecciona para profundizar en el mecanismo del deseo, del erotismo y su rechazo implícito a la escritura. Es una relación de fuerzas opuestas que se balancean y en esa paradoja esencial, entra la pulsión de muerte y la pulsión de eros (Freud, Bataille) es donde podemos situar y tratar de entender sus textos.

Dores Tembrás indaga en la multiplicidad del yo poético y sus diversas figuraciones, voces o máscaras en un análisis textual exhaustivo y se focaliza en la niña, la muchacha, la mujer madura y la anciana. Clelia Moure se inspira en Foucault la “experiencia desnuda del lenguaje” y cómo esta auxilia en la tarea de lectura

imposible, de la palabra que no comunica, que no representa, que no designa o significa de Pizarnik. Decir la ausencia y la carencia a partir del desvío, el extravío, el fragmento, el desplazamiento, el extrañamiento. Es un lector potencialmente temerario el que precisa la creación de Pizarnik. El artículo de Carolina Depetris pone el dedo en la llaga al señalar esa relación estrecha entre pensamiento y literatura. Recorre la estela de tres de los pensadores que más interesaron a Pizarnik: Miguel de Molinos, Simone Weil y Georges Bataille y, con pertinencia y de manera esclarecedora, rescata la idea de “escribir para la mierda” que la propia escritora enuncia, esto es, escribir mal, sin proyecto, sin directriz, sin utilidad y en la medida de lo posible, desaprendiendo la memoria lingüística de cada vocablo. La mala escritura llevaría a la poesía más profunda en un mecanismo emparentado con la mística. Lo que Luis Felipe Fabre señala en *Novo* en su espléndido *Escribir con caca* (Ciudad de México: Sexto Piso, 2017) puede muy bien aplicarse a Pizarnik: “Este orden que separa excremento y poesía y traza jerarquías se trastoca en *Novo*, donde lo alto y lo bajo, el poema y la mierda, son indiscernibles, y por ello su persona y su obra resultan tan amenazantes” (p. 18). En este sentido, el ensayo de Julio Prieto *La escritura errante. Ilegibilidad y políticas del estilo en Latinoamérica* (Madrid / Frankfurt a.M.: Iberoamericana / Vervuert, 2016), se me presenta como una herramienta extraordinariamente efectiva para captar que la poética de lo ilegible en Pizarnik, que su mala escritura tiene mucho que ver con la errancia –figura de “la vagabunda” tantas veces reiterada en ella– como idea

matriz, además de con el talento y la cercanía a lo inefable.

Los dos últimos trabajos se centran en las conexiones de la escritura y la pintura, evidentes en la autora argentina. Carlota Caulfield nos ofrece algunas reflexiones sobre la écfrasis pictórica en la poesía de Pizarnik insistiendo en la complementariedad que ambas formas de arte tienen en ella, algo que se vincula claramente con el surrealismo. Melanie Nicholson, por su parte, indaga en las muñecas siniestras del surrealista alemán Hans Bellmer y en su carácter mutilado, deformado, fragmentado, duplicado para abordar la poética de Pizarnik. Observa, con tino, el difícil papel de las mujeres surrealistas y dadás objetualizadas y no consideradas por el campo cultural masculino —pienso en la baronesa Elsa Von Freytag, pero también en Maruja Mallo, Delhy Tejero o Remedios Varo—. Esa muñeca, símbolo tan femenino de la infancia, me retrotrajo al clarividente relato de Rosario Ferré “La muñeca menor”, y a la revuelta que el género puede hacer en los símbolos convencionalmente femeninos, pasivos, simplemente modificando el final de la historia y volviéndolo ominoso.

En suma, este volumen se lee con curiosidad, deleite y pasión intelectual porque ilumina zonas todavía oscuras del proceso creativo de Alejandra Pizarnik y porque la imaginación crítica del lector vuela sin remedio ante las inteligentes reinterpretaciones y contrastadas hipótesis expuestas. Pizarnik tiene todavía mucho que decir.

MARÍA JOSÉ BRUÑA BRAGADO  
(UNIVERSIDAD DE SALAMANCA)

**Guadalupe Fernández Ariza: *Álvaro Mutis, cronista de viajes*. Zaragoza: Libros Pórtico, 2015. 271 páginas.**

Dentro del vasto dominio de la narrativa viática se suele distinguir entre los relatos ficcionales y los de viaje factual. En los primeros, el desplazamiento interviene como un elemento de mayor o de menor relevancia en el conjunto de la diégesis pero siempre enmarcado en el interior del mundo imaginario descrito en la obra. Así sucede, por ejemplo, en la *Epopéya de Gilgamesh*, en la *Odisea*, en el *Poema de Mio Cid*, en *El Quijote* o en el *Martín Fierro*. Se podría afirmar que, en consonancia con la historia general de la humanidad, buena parte de la producción literaria mundial se ha nutrido del viaje como elemento básico en la composición del relato, ya sea en prosa o en verso.

En cambio, el segundo tipo se construye a partir de viajes efectivamente realizados por su autor, generalmente también protagonista y narrador, identificado en el texto con su propio nombre, lo cual no impide ciertas dosis de invención, bien sea con la inclusión de andanzas que no corresponden a las realizadas, con la remodelación de algunas, con un orden alterado de los eventos, con la supresión de otros, etc. Tanto es así que veces resulta difícil determinar si la dimensión inventiva es tal que el texto deriva hacia el ámbito de lo ficcional o si aún corresponde al de lo constatable. Todavía hoy se valora el relato de Clavijo para admirar Samarcanda, los de Antonio Ponz para recorrer la España del XVIII, el de Moratín para visitar buena parte de Italia, los de Pérez Galdós para envidiar la Europa culta del XIX, el de Bruce Chatwin para perderse por las llanuras de la Patagonia, etc.

A pesar del título del presente ensayo, queda claro que nos situamos aquí en el primer grupo, que Álvaro Mutis no pretende ejercer de cronista de viajes referenciales (posiblemente su deslumbrante imaginación no se lo permitiría) y que el propio protagonista viaja tanto física como mentalmente gracias a su filosofía de la vida y al diálogo casi continuo que mantiene con los espacios y los tiempos más diversos de la geografía y de la historia del planeta.

La inmensa obra de Álvaro Mutis atrae y, en ciertos casos, aleja por los mismos motivos: cultiva con igual fortuna la poesía y la prosa, la evocación lírica y el relato más preciso, la humilde anécdota cotidiana y las referencias a un mundo antiguo y esplendoroso, el detalle más intimista y los grandes sentimientos, la perfecta descripción de un microcosmos y la exploración de los grandes espacios, un estilo que puede ser fulgente y expansivo o concentrado y agudo como un estilete, unos personajes tan entrañables como inabarcables por su infinita capacidad de sorprendernos y unos valores reconocibles en una ética más o menos convencional o al límite de lo admisible, según la sensibilidad de los lectores.

La misma trayectoria del autor resulta más bien inhabitual desde sus avatares profesionales hasta su singular desprendimiento literario: recuérdese su increíble generosidad cediendo sus propios materiales sobre Simón Bolívar a García Márquez para que este compusiera la novela *El general en su laberinto*. Grandes analistas de la literatura latinoamericana (cuya competencia estética está fuera de toda duda) hemos encontrado que digieren con dificultad la obra de este autor irre-

petible, cuyo análisis (“quien lo probó lo sabe”) sigue constituyendo un arriesgado desafío.

Así pues, el mero hecho de atreverse con el creador de Maqroll reviste un gran mérito digno de elogio, sobre todo si no se limita al estudio parcial de un texto determinado y separado del resto sino que ambiciona ofrecer una perspectiva global de su obra narrativa sin olvidar su creaciones poéticas y ensayísticas, todo ello apoyado en un sólido bagaje de referencias eruditas, por otra parte totalmente necesarias al analizar a un gran conocedor de la literatura y de la historia de nuestra época pero quizás aún más de la anterior al Renacimiento, lo cual puede complicar seriamente las pesquisas del investigador desprevenido.

Desde el inicio, Guadalupe Fernández Ariza enuncia la tesis básica de su ensayo: la estrecha relación entre prosa y poesía en la serie de Maqroll, lo que es extensible al conjunto de la narrativa del autor. Con esta perspectiva y a lo largo de los tres primeros capítulos (“El escritor y la tradición”, “La voz narradora” y “Modelos heroicos”), la investigadora describe, con detenimiento y basándose en numerosos ejemplos de procedimientos narrativos concretos, la gran variedad de influencias rastreables en la obra de Álvaro Mutis: tanto las de autores colombianos (José Asunción Silva, Eduardo Carranza, el grupo Los Nuevos, Gabriel García Márquez y otros) como las de extranjeros, particularmente numerosas (Garcilaso, Cervantes, Balzac, Mallarmé, Baudelaire, Nietzsche, Machado, Unamuno, Borges, Neruda, Camus, Pessoa, Mauriac, Green, etc.), sin olvidar las de ciertas escuelas como la surrealista o la gran corriente del

barroco, fundamental esta última en la trayectoria de nuestro escritor.

De un modo o de otro, todas esas influencias han contribuido a la configuración de Maqroll, personaje tal vez único en nuestras letras por su acabada síntesis de aventurero, humanista y pensador. Atendiendo a ellas, diversos elementos de construcción del discurso narrativo tales como la acumulación, la *amplificatio*, la reiteración de la alegoría, el encuentro entre narrador y personaje, el manuscrito hallado por azar, la carta exhumada, el recurso al sueño, el viaje sin finalidad, la especial función de la casa, el gusto por el relato-biografía, entre otros procedimientos compositivos, son pasados en revista por Guadalupe Fernández Ariza, siempre de forma clara y documentada con rigor.

El ensayo se centra a continuación en la serie de novelas consagradas por Álvaro Mutis y la figura de Maqroll ente 1981 y 1993. Pone así de relieve la intención autorial de crear una obra unitaria en siete unidades como sistema de construcción del relato a partir de la teoría del humanista Julio Camillo (pp. 105-106) e incluso de referencias a Petrarca. Por ejemplo, el *exordium* que abre *La nieve del Almirante*, la primera de las siete novelas, recuerda al de Petrarca al inicio de su *Canzonere* y la misma noción de fragmentos orientados hacia una unidad final en el autor italiano se encuentra en la serie novelística de Maqroll.

Conexiones semejantes percibe la autora de este ensayo con las siete composiciones de Rimbaud (poeta conocido y elogiado por Mutis) que integran *Une saison en enfer* y con *A la busca del tiempo perdido* de Marcel Proust, igualmente construida a partir de un principio unifi-

cador en torno al número siete (a este respecto, la investigadora nos recuerda que también Proust fue objeto de una célebre elegía del autor colombiano: “Poema de lástimas a la muerte de Marcel Proust”). Lo mismo cabría decir, por ejemplo, de *El mito de Sísifo* de Camus (p. 113): la empresa inútil, la desesperanza, el mundo con un absurdo, la inutilidad de la vida del hombre, el héroe lúcido frente a ese sombrío panorama... Y también entrarían aquí temas y motivos como la importancia de la naturaleza (pp. 128-133), el “Tramp Steamer” y toda la rica simbología del viejo barco en relación con la existencia humana, el tratamiento de la ocasión (esbozado en p. 76 y que tal vez merecería un desarrollo mayor), etc.

De acuerdo con la tesis enunciada en sus comienzos, los diez capítulos del estudio demuestran que, a pesar de las diferencias de peripecias, de espacios, de problemáticas y de actores que recorren las siete novelas, estas se articulan unitariamente en torno a la figura englobante de Maqroll, siempre en movimiento (de ascenso y descenso según la investigadora, renovando el citado mito de Sísifo), aunque se halle temporalmente recluido en un rincón de la selva o de la montaña, dado que su mente puede saltar tanto al pasado más remoto como al presentimiento de la muerte.

También importa destacar la presencia de la mujer como elemento fundamental en el universo de Maqroll: pensemos en Flor Estévez, Ilona, doña Empera, Warda, Dora Estela, etc., que resultan imprescindible en las andanzas, en las aventuras y en la biografía del Gaviero, según destaca acertadamente Guadalupe Fernández en diversos capítulos de su ensayo. Algo

parecido se puede decir de casi toda la topografía maqrolliana: selva, puerto, mar, mina, barco, río, mundo subterráneo, montaña son ciertamente escenarios de la peripecia pero constituyen, sobre todo, plataformas certeras para símbolos que giran siempre en torno a la realidad humana, a sus fortunas y adversidades. El ropaje erudito con que a veces se los viste no es un fin en sí sino uno medio de ennoblecerlos, de exaltarlos para que al lector no se le escapen los valores que sugieren dichos espacios (nótese que algo así se podría decir del propio Gaviero y de los personajes que participan en sus aventuras).

Uno de los apartados posiblemente más atractivos del estudio es el dedicado a la figura de Abdul Bashur, a quien tanto separa del Gaviero (aunque solo sea por su carácter emprendedor frente a la pasividad de este último) y quien tanto comparte con él (entre otras cosas, su peculiar amistad con Ilona): Guadalupe Fernández analiza con extensión y detalle las relaciones entre ambos, la trayectoria de Bashur, obsesionado por la utopía del barco ideal, y su desaparición sentida por Maqroll como un desgarrador premonitorio de su propio fin. Por cierto: en parecidos términos nos podríamos expresar a propósito de otros personajes tan relevantes para Maqroll como Sverre Jensen o Alejandro Obregón, tratados ambos en las páginas finales del presente libro.

En resumen, nos parece perfectamente justificada la afirmación de la autora, avanzada ya en la p. 67 de su texto: “La obra narrativa de Mutis constituye una vertebración perfecta y unitaria de anécdotas interrelacionadas, que se muestran como ramas de un frondoso árbol: la poe-

sía, como memoria y tiempo, como torre y abismo, como grandeza y miseria humanas”.

Cabría celebrar otros muchos aspectos del excelente ensayo de Guadalupe Fernández Ariza, que ya forma parte de los imprescindibles para el cabal conocimiento de la obra de Álvaro Mutis, pero baste decir que, dada la cantidad de estudios dedicados al autor colombiano, esta conclusión nuestra es uno de los mayores elogios que pueden dedicársele.

JULIO PEÑATE RIVERO  
(UNIVERSITÉ DE FRIBOURG)

**Julio Ramón Ribeyro: *Cartas a Luchting (1960-1993)*. Compilación, prólogo y notas de Juan José Barrientos. Xalapa: Universidad Veracruzana, 2016. 324 páginas.**

Wolfgang Luchting fue un crítico alemán que se especializó en la traducción de la obra de diferentes escritores hispanoamericanos y con muchos de ellos mantuvo una correspondencia que conservó y finalmente traspasó a la Universidad de Princeton tras su muerte. Entre ellas, sin embargo, destacan las cartas que recibió de Julio Ramón Ribeyro a lo largo de 33 años. En *Cartas a Luchting (1960-1993)* encontramos una compilación propuesta por Juan José Barrientos de aquella correspondencia que ya supone un libro de innegable importancia para el interesado en la obra ribeyriana debido a la especial relación que mantuvieron ambos, pues no hay que olvidar que antes que su traductor, agente y amigo, Luchting fue su más dedicado crítico literario.

El libro cuenta con un prólogo y está dividido en tres partes: la compilación de las cartas, una pequeña selección de originales presentados tanto a máquina como a mano y un índice de las obras y de las personas que aparecen referenciadas. Antes de su aparición, la obra de Ribeyro solo contaba con el epistolario *Cartas a Juan Antonio* (1996), que recoge 75 de las cartas que Ribeyro escribió a su hermano y que, por la descripción del archivo del autor, es solo una pequeña parte de las aproximadamente 500 que le dirigió y que están a la espera de autorización para su publicación. Ya en estas cartas Luchting aparecía muchas veces mencionado como el “teutón perspicaz” y como una persona que parecía preocuparse más de Ribeyro que el mismo Ribeyro. Gracias a *Cartas a Luchting* podemos al fin explorar esta relación más de cerca.

Sobre Ribeyro Luchting escribió varios artículos que se encuentran compilados fundamentalmente en dos libros: *Julio Ramón Ribeyro y sus dobles* (1971) y *Estudiando a Julio Ramón Ribeyro* (1988). Muchas de las cartas del presente epistolario giran precisamente alrededor de los comentarios que el escritor peruano hizo acerca de la concepción, análisis y estado de estos dos trabajos: “Pienso sinceramente que tu trabajo tiene un gran valor, pero que este valor será apreciado si llego a ser un autor leído” (pp. 173-174).

Con todo, la intensa correspondencia a la que atendemos plantea la posibilidad de acercarnos a la figura de Ribeyro desde diferentes perspectivas. Una de ellas, obligada por la relación que ambos tenían, es la mirada editorial. Así, la situa-

ción de su obra ante distintas editoriales, el estado de los contratos –incluyendo el que vinculaba a Ribeyro y Luchting–, la venta de derechos de sus cuentos, así como las cuestiones sobre pagos y deudas en relación a su obra son unos de los temas que se pueden perseguir a partir de estas cartas.

No obstante, Luchting no solo hizo el papel de agente literario de Ribeyro, sino que fue su traductor al alemán de su primera novela, *Crónica de San Gabriel*, así como de muchos de sus cuentos. De esta manera, la traducción y difusión de su obra son otro tema recurrente en las cartas. Precisamente, uno de los sueños de Ribeyro que no llega a ver cumplirse es la traducción de su obra al inglés, que, como encontramos en las cartas, Luchting intentó gestionar sin éxito en muchas oportunidades: “Objetivamente me doy cuenta que mientras ninguna editora norteamericana se interese por mí seguiré siendo para la gran mayoría un autor *méconnu*” (p. 211).

No pasa mucho, sin embargo, para que la relación epistolar entre ambos tome una orientación más literaria. Así, Ribeyro analiza con diferente rigor sus novelas *Crónica de San Gabriel* y *Los geniecillos dominicales*, su libro *Prosas apátridas* (descubrimos que el “autor latinoamericano” de la prosa 25 no es otro que Ernesto Sábato), sus cuentos “*Terra incognita*”, “Silvio en el Rosedal”, “Una medalla para Virginia”, “La insignia”, entre otros. También hay espacio para reflexiones generales sobre su obra, que están entre los pasajes más interesantes de toda la correspondencia. En una carta Ribeyro incluso ironiza con un posible epitafio para su obra: “la mal fabricada”

(p. 174), dada su “poca adecuación a la época que vivimos y a las motivaciones del escritor contemporáneo” (p. 222).

Se hace también mención a proyectos que el escritor peruano no pudo llevar a cabo por su muerte, como la publicación de un libro de textos cortos sobre figuras históricas que, si bien el libro no lo específica, se trata *Proverbiales*, proyecto de libro primeros capítulos aparecen reunidos hoy en la última edición de su obra crítica, *La caza sutil* (2016). Asimismo, se menciona, aunque de manera indirecta, la gestación de *Dichos de Luder* (1989): “Para integrar esos fragmentos necesito encontrar el hilo, pues las perlas existen, pero su valor solo puede cobrar importancia si se organizan en un *ensamble*” (pp. 276-277). Precisamente, la posibilidad de escribir las novelas del protagonista de este libro fue otro de los proyectos de Ribeyro que podemos conocer gracias a esta correspondencia.

Por otra parte, hay también espacio en este intercambio epistolar para el comentario de obras ajenas, entre las que destacan *Rayuela* de Julio Cortázar, *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez, *Paradiso* de José Lezama Lima, *Un mundo para Julius* de Bryce Echenique y *La ciudad y los perros* de Mario Vargas Llosa. Precisamente la aparición y ascenso meteórico de Mario Vargas Llosa, sin precedentes en las letras peruanas, ocupa varias páginas del presente epistolario. Para Ribeyro, “la gran novela peruana la escribiría Loayza y no Mario. Loayza poseía una inteligencia tan fina, tan llena de matices [...] Pero fue Mario el que dos años después publicó *La ciudad y los perros*” (p. 122). En muchas de las cartas no solo se comenta la obra de este

autor, sino que dan constancia de cómo Ribeyro sugiere a Luchting ponerse en contacto con Vargas Llosa para traducirlo, lo que finalmente ocurre.

Por otro lado, a medida que van pasando los años, el trato entre Ribeyro y Luchting va alcanzando una mayor familiaridad –para retratarlo basta señalar que Luchting se quedaba a dormir en el sofá de Ribeyro en muchas de sus visitas a París– y eso se ve reflejado en las cartas, de modo que el problema de no poder dedicarse a escribir por culpa de la rutina es un tema tan recurrente como el de la falta de dinero, problemas de salud –Ribeyro fue operado de cáncer dos veces a finales de los setenta y a partir de allí vivió, como escribió alguna vez, “al crédito”–, o cuestiones familiares con su hijo o esposa como protagonistas. Es por ello que son una constante en las cartas el deseo de Ribeyro de viajar más seguido a Perú y no poder hacerlo, sus quejas y renuncias por razones de salud, así como la preocupación por conseguir cada céntimo que se le adeuda para luego gastárselo con avidez: “La plata no solo la recibí sino que me la gasté con la prontitud del más escandaloso de los prodigios” (p. 103).

En cuanto a los problemas que presenta la edición, cabría señalar que el editor no señala cuáles han sido los criterios de compilación que ha seguido para la elección de las cartas que aparecen en el libro, sobre todo cuando hay algunos periodos donde solo aparecen una o dos cartas por año, o incluso ninguna. También el índice presenta observaciones, pues no es un fiel reflejo de la cantidad de referencias que podemos encontrar en las cartas: no aparecen, por ejemplo, las

obras cuando se las menciona abreviadamente ni se mencionan explícitamente los cuentos. Asimismo, se podrían mencionar irregularidades en cuanto a las anotaciones a pie de página, pues no hay mención a los libros sobre Ribeyro que trabajaba Luchting.

Dice Ribeyro sobre Luchting en una carta: “Tus cartas son estimulantes [...] [y a través de ellas] se trasluce un espíritu en actividad, movedizo, arbitrario a veces, que me obliga a tomar partido sobre algunas cosas y sobre todo a pensar” (p. 121). Lo mismo podemos decir nosotros de él. Con la aparición de *Cartas a Luchting (1960-1993)*, Barrientos no solo amplía el epistolario del escritor peruano, sino que complementa la visión de Ribeyro sobre su propia obra, empezada por él mismo con la publicación de *La tentación del fracaso* (1992), su diario personal, y, en cierta medida, en determinados pasajes de *Prosas apátridas* y *Dichos de Luder* y algunos de sus cuentos.

A propósito del alto tono intelectual que iba tomando una carta, Ribeyro le señala a Luchting: “Cambiemos pues de rumbo. No quiero ser alguna vez citado en algún libro como ‘escritor de estilo ameno que destacó en el género epistolar’” (p. 185). Sin embargo, quienes apreciamos su escritura encontraremos en este libro muchos pasajes dignos de memoria provistos del tono irónico característico del escritor peruano, y esto es por lo que estas nuevas cartas suponen ya una aportación extraordinaria tanto como obra de lectura o material de análisis.

GUSTAVO ALBERTO QUICHIZ CAMPOS  
(UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA)

José Luis Barrios Lara (coord.): *Afecto, archivo, memoria. Territorios y escrituras del pasado*. Ciudad de México: Universidad Iberoamericana, 2016 (Colección Textos, Texturas, Textualidades/Seminarios). 326 páginas.

Existe una especie de consenso que absolutiza la dicotomía memoria/olvido como razón de ser del archivo, en cuanto lugar privilegiado en el que la sociedad se lee retrospectivamente, pero con cierta vocación de futuro. De alguna forma, se ha consolidado la metáfora del arqueólogo o del detective que indaga en las huellas o restos ahí depositados las claves interpretativas del presente. Sin embargo, en oposición a esta concepción instrumental y aséptica, el libro *Afecto, archivo, memoria. Territorios y escrituras del pasado* se propone deconstruir y politizar una red de conceptos que quedaron silenciados bajo el peso de esa aparente objetividad de los testimonios salvaguardados.

La monografía materializa los esfuerzos colectivos del proyecto de investigación “Estudios críticos de la cultura: la representación y sus límites”, coordinado por el profesor de la Universidad Iberoamericana en Ciudad de México José Luis Barrios entre 2009 y 2011. En concreto, la obra –segundo ensayo de una trilogía compuesta por *Afecto y saberes. Crítica, cultura y desestabilización de la representación* (Universidad Iberoamericana, 2015) y *Afectación y delirio: deseo, imaginación y futuro* (Universidad Iberoamericana, 2016)– se estructura en cinco apartados de extensión muy variable en los que la reflexión acerca de la memoria actúa a modo de marco general y catalizador del pensamiento en torno

a las relaciones –en más de una ocasión tildadas de sospechosas– entre memoria, documento, historia y afecto (p. 11).

Claramente, la monografía colectiva exhibe los frutos del trabajo interdisciplinario llevado a cabo por investigadores adscritos a diferentes ramas del conocimiento. Las secciones “Antesala” –Catalina Matthey–, “Historia y memoria: aproximaciones al tiempo” –José Luis Barrios, Aline Lavalle, Jorge Juan Moyano–, “Memoria y cuerpo: violencia y otras huellas temporales” –Miguel Ángel Barrón, Rocío Galicia, Karen Cordero Reiman–, “Más allá del cuerpo: gestos que proyectan la memoria y otras huellas temporales” –Mónica Mayer, Edwin Culp, Ricardo Donato Plata, Johanna C. Ángel, Jorge Torres, José Ramón Alcántara, Cristina Mendoza–, y “Del cuerpo al documento: hacia la historia y sus (im) posibilidades” –Catalina Arango Correa, Eliza Mizrahi, Frida Robles, Verónica Granados– conforman una suerte de diagrama multidimensional donde, a partir del análisis de artefactos culturales como la maternidad, el exilio, el cine o el perdón, se recogen y representan los perfiles y flujos de una determinada “geopolítica” y estética de la memoria (p. 42).

Sin duda, el archivo ha sido susceptible de ser apropiado por agentes que ponen en juego motivaciones y fines distintos a los prescritos por su aparente neutralidad. De hecho, esta despolitización del archivo ha de entenderse como una fuerte voluntad política que, además de determinar los posibles significados del recuerdo, influye en nuestra propia visión del acto de recordar. Borrar o difuminar las huellas y enunciaciones facilita la reproducción de jerarquías entre acontecimientos que me-

recen su custodia y aquellos considerados indignos de formar parte del archivo. En este sentido, la siguiente advertencia de José Luis Barrios sintetiza a la perfección la premisa de las inquisiciones del seminario: “ahí donde todo puede ser archivado y todo es factible de ser narrado, estamos obligados a indagar el porqué de la urgencia de archivar y narrar” (p. 12).

El pensador mexicano procura conjurar el recurrente fetichismo del sustantivo ‘archivo’ y del verbo ‘archivar’, pues la “naturalización” de dicho par invisibiliza la compleja trama de intereses que pugnan por el control de lo representado y de sus posibilidades de representación. Al respecto, entre los peligrosos corolarios que se deducen de este descuido –obviado por un sector de la crítica cultural–, cabe destacar la recurrente politización de la memoria concebida como factor de “cohesión social”. Específicamente, este ambiguo sintagma alentaría la producción de hegemonía por medio de narrativas aparentemente consensuadas, que, por un lado, aspiran a la obliterar toda violencia física o simbólica originaria, mientras que, por el otro, legitiman casi de un modo autotélico un archivo-acervo comunitario del que desaparece cualquier figuración explícita, implícita o, incluso, elíptica del disenso.

Evidentemente, subyace en la pregunta por los síntomas más preclaros de la constitución de un archivo una duda legítima sobre las ausencias y sobre las motivaciones que justifican el olvido en su sentido de no pertenencia. Como afirma la artista Mónica Mayer acerca de su proyecto de arte conceptual *Pinto mi raya*, concebido a cuatro manos con Víctor Lerma: “para nosotros el archivo es arte, activismo y

un acto inequívoco de defensa personal ante la indiferencia, la invisibilización, la censura o cualquier otro borramiento cultural causado por la mezquindad, la ignorancia o el poder” (pp. 131-132). Es más, entre las mejores muestras de tal institucionalización, se cita el caso de una práctica concreta que surge a raíz de una determinada iniciativa político-cultural. De acuerdo con Cristina Mendoza, el registro fidedigno de la obra coreográfica –entiéndase su conservación en un soporte perdurable y legible–, aparte de convertirse en un requisito indispensable para el acceso al programa de becas del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Conaculta) del gobierno de México, respondería a un intento, equivalente al del muralismo mexicano o de otras “misiones culturales”, de “salvaguardar las distintas memorias –tangibles e intangibles– situadas en su territorio” (p. 243).

Por otra parte, José Ramón Alcántara sentencia, en relación con la escritura del argentino Juan José Saer, que “el archivo se convierte en un detonador creativo, en tanto que actúa sobre la memoria y los afectos” (p. 229). La ideología del archivo, vinculada a la estabilización del saber y de sus protocolos interpretativos, puede ser poetizada mediante la subversión justamente de su veracidad. Análogamente, los *Re-enactments* de Francis Alÿs, examinado en profundidad por Edwin Culp, sugieren un camino de ruptura y manipulación del signo archivo similar. Tanto la performance “original” como la recreada invertirían, según Culp, la lógica del registro documental, ya que la intensificación emotiva del segundo montaje de Alÿs “pone en duda la autoridad del modelo-referente” (p.

147) en términos de producción de afecto-producción de verdad.

Asimismo, los estudios aquí recopilados plantean herramientas para la crítica cultural desde nuestra experiencia común como sujetos interpelados por los efectos del tiempo. Por citar un único ejemplo, la antesala de Catalina Matthey dedicada a la ceremonia japonesa del té supone una excelente muestra de esta perspectiva. Según la especialista mexicana, el *chanoyu* –literalmente, “agua caliente para el té”–, “al desplegarse como memoria colectiva, permite que el pasado común se active cada vez que se realiza el rito” (p. 27). Por ende, el acto en sí no solo sirve para re-memorar, para revivir una temporalidad y un sentido fijados por la tradición, sino que también integraría en el propio gesto ‘histórico’ su actualización en el presente.

Ciertamente, las lecturas predominantes en la mayoría de las contribuciones derivan del pensamiento postestructuralista y de la teoría crítica, con especial énfasis en Jacques Derrida –su ensayo *Mal de archivo. Una impresión freudiana* aparece en la mayor parte de los capítulos–, Michel de Certeau, Paolo Virno o Giorgio Agamben para sustentar los análisis sobre el concepto de archivo, y las relaciones memoria-historia o memoria-archivo. No obstante, a pesar de la más que respetable extensión y profundidad de los trabajos, habría que matizar que la monografía no aborda algunas cuestiones fundamentales para la comprensión de problemáticas actuales como la externalización digital de la memoria en dispositivos informáticos que afectan de manera indiscutible a la producción de subjetividad. En mi opinión, hubiera sido recomendable enrique-

cer el marco teórico con las aportaciones de José Luis Brea –su deslinde entre “memoria\_ROM / memoria\_RAM”– o con los trabajos de Fernando Broncano sobre cultural material, ya que, si bien abunda el análisis de los artefactos culturales ligados, sobre todo, al estudio de dispositivos de registro corporales o que “afectan” el cuerpo, se soslaya en algunos apartados la relevancia e influencia de la materialidad del soporte de inscripción, distribución o exhibición en esa subjetividad deseante y generadora de sentido. De todas formas, la monografía acierta en señalar los peligros inherentes a toda territorialización de la memoria, así como subraya la cualidad mediadora y sintomática del archivo.

En suma, las prácticas de consignación y las prácticas de olvido no solo se inscriben en el tejido social; además modelan la percepción sobre nuestra capacidad de agencia, pues han interiorizado las dependencias y relaciones amparadas por la lógica documental de los arcontes. Por esta razón, la obra tiene el innegable mérito de trascender su supuesto ámbito cognoscitivo para fomentar una suerte de pensamiento intersticial o, mejor dicho, para pensar y despensar fenómenos complejos desde la pluralidad de asuntos y miradas. O en paráfrasis de José Luis Barrios: *Afecto, archivo, memoria. Territorios y escrituras del pasado*, más que ofrecer una respuesta coral a una pregunta genérica por la representación y sus límites, nos exhorta a meditar sobre “el vértice donde memoria e historia producen inquietud, concebida como estatuto perpetuo del presente y como *pathos* irrecusable del olvido” (p. 13).

PAULO A. GATICA COTE  
(UNIVERSIDAD DE SALAMANCA)

Gabriela Valenzuela Navarrete: *Cuento 2.0. Consideraciones sobre el cuento mexicano en la era de Internet*. Ciudad de México: Universidad Iberoamericana, 2016. 236 páginas.

Sin duda, un libro de crítica o de teoría literaria en el que aparezca la combinación de un género literario como el cuento y un lugar geográfico como México tiene más oportunidades de llamar la atención no solo al experto, sino también a cualquier lector, al ser uno de los países que más expectación despierta en cuanto a la publicación de formas breves.

Gabriela Valenzuela sabe utilizar este interés y desarrolla una investigación cercana para todo aquel que quiera aproximarse a la historia literaria del cuento mexicano, ya que lleva a cabo un repaso cronológico desde sus comienzos hasta la actualidad, momento de mayor interés para la investigadora por las interrogantes que los autores y sus obras generan.

El libro presenta un prólogo de Lauro Zavala “Por qué estudiar el cuento mexicano actual”, cuya presencia no es en absoluto casual, ya que este autor es uno de los mayores expertos del cuento en México y también de las minificciones (responsable de, entre muchos proyectos, *El cuento en red*), cuyas características definitorias a menudo son compartidas por el cuento contemporáneo. Zavala percibe que rasgos como las formas híbridas, la elipsis, la desaparición del desarrollo de personajes o la ausencia de un final claro y cerrado unido a los juegos metaficcionales o intertextuales han estado siempre presentes desde el nacimiento de la minificación en textos de Julio Torri, Arreola, Monterroso...

En la introducción se hace referencia a un artículo de Ariel Idez en el suplemento cultural argentino *Revista Ñ*. Argentina y México comparten el hecho de ser dos de los países hispanoamericanos con una mayor nómina de escritores conocidos por sus obras de corta extensión. Valenzuela lo señala ya que la reflexión y el estudio sobre las producciones argentinas igualmente se pueden aplicar a las mexicanas. En los dos países se produce el mismo desarrollo del cuento: origen, consolidación y transformación; evolución de los recursos utilizados y la hibridación genérica sobre todo a partir del nacimiento de Internet.

A continuación, se presentan los cuatro capítulos que vertebran el estudio de la autora. El primer capítulo “Otro ‘Paseo por el cuento mexicano contemporáneo’” es un juego intertextual con el artículo de Zavala “Paseos por el cuento mexicano contemporáneo” y en él se lleva a cabo una revisión cronológica desde los orígenes del cuento mexicano hasta nuestros días, señalando la influencia de autores canónicos como Poe en los autores modernistas o la generación fundamental para el género formada por Torri, Reyes y Campobello, pasando por el otro trío que es considerado como fundador del género contemporáneo: Rulfo, Arreola y Revueltas. Toda la historia literaria de México desemboca en una consolidación del cuento en el siglo xx, que con el cambio de milenio sufrió transformaciones que afectaron más a las técnicas que a las temáticas. La aportación más original se produce en la última parte del capítulo ya que va a desgranar cuáles son las características de la generación que empezó a publicar a partir del 2000. El término “generación” despierta controversia, aunque finalmente Valenzuela lo de-

fiende por la existencia de algunos rasgos en común (la mayoría no son escritores profesionales sino que tienen otra ocupación principal, sus textos presentan un alto índice de intertextualidad, hay referencias, temas, lugares y personajes compartidos) y una herencia cultural que permite englobarlos dentro de esta categoría. Un grupo bastante extenso del que la autora selecciona seis autores y sus obras que analiza en el último capítulo.

Otro de los rasgos que caracteriza a esta obra de investigación es la constante generación de interrogantes en torno al género. Por ejemplo, el segundo capítulo comienza con la reflexión sobre las causas de la proliferación de recursos intertextuales en los cuentos contemporáneos. Las respuestas son difíciles, sobre todo ante la imposibilidad de unificar las referencias, ya que tan pronto pueden pertenecer a un alto nivel teórico como popular. Ante esta dificultad, la autora intenta aclarar y descubrir la importancia de este recurso a través de un repaso teórico que abarca desde Ferdinand de Saussure con su propuesta de estudiar los signos dentro del contexto social en el que se producen, pasando por Bajtín y Kristeva como precursores del dialogismo y la intertextualidad, destacando a Barthes y su defensa del lector como el generador de sentido de la obra o a Genette con su estudio de la obra literaria y su relación con los sistemas y códigos culturales en los que se inserta. El concepto de obra abierta de Umberto Eco sirve a Valenzuela para explicar cómo funciona el hipertexto virtual, último apartado de este capítulo.

En el tercer capítulo, la investigadora propone una nueva teoría del cuento. Critica a través de las palabras de Zavala la excesiva preocupación por una labor fi-

lógica basada principalmente en el análisis de obras y autores en lugar de una visión teórica más global del género. En la obra que nos concierne, la autora reúne esas dos necesidades y reflexiona sobre la teoría del cuento en la actualidad, a la vez que remarca un especial interés en conocer también lo que los propios autores piensan sobre el género. Como hemos señalado, dedica el capítulo cuarto para llevar a cabo en este caso un análisis particular sobre seis autores y sus correspondientes cuentos, ordenados de mayor a menor según sea su grado de desafío a la idea de cuento tradicional. Previamente ha configurado una tabla de diferencias entre el cuento tradicional y el del tercer milenio y se atreve a diferenciar entre una literatura posmoderna y otra global, pero no llega a ser tan tajante para diferenciar entre cuento posmoderno y global. Los textos del tercer milenio combinan modos discursivos, pueden no tener trama, clímax ni personajes. Existe la posibilidad de que carezcan de un final cerrado y pueden presentar hibridación genérica; hay una gran presencia intertextual con referentes a menudos cotidianos. El pacto de la lectura es el que configura el cuento al igual que la forma hace al cuento; importa más cómo se cuenta que lo que se cuenta. A todas estas características, Valenzuela también suma la importancia del contenido visual. Después de este intento teórico, la investigadora concluye afirmando que una definición del género es algo inasible y se sirve de una metáfora con los círculos de humo que se dibujan en el aire para afirmar que podemos saber del cuento solo por el rastro que deja.

En el cuarto capítulo se reúnen generalidades sobre los autores mexicanos nacidos

en los años setenta y busca demostrar que los cuentos contemporáneos prescinden de los elementos clásicos. El orden en el que los presenta es “según desafían más y más las convenciones genéricas que definían lo que tradicionalmente era un cuento” (p. 90). “Los personajes” de Alberto Chimal y “Epígono de Pierre Menard” de Oswaldo Zavala comparten la característica de conservar una estructura más cercana a la clásica; “Marcos, *Quién* y yo” de Antonio Ortuño y “La ciudad en órbita” de Julieta García González se atreven a desdibujar la frontera entre realidad y ficción; “CC” de Heriberto Yépez e “Historia completa de la guerra del 92” de Pablo Sainz se alejan de la característica que podría considerarse inherente al cuento: su carácter narrativo.

Por último, en las conclusiones habla del “Manifiesto de la literatura Huiqui”, neologismo que proviene de la reescritura de Wiki, escrito por Oswaldo Zavala, Marcos Eymar, Jorge Harmodio y otros, que constituye junto a “Introducción a la literatura Huiqui en 3.1416 alegatos” el ejemplo práctico de esta nueva escritura que la autora está tratando de cercar: una reescritura constante, desde su propia denominación, llena de influencias y donde se disuelven muchos de los rasgos de la literatura inmediatamente anterior, como los derechos de autor. Se busca la redifusión y la reutilización por parte del lector de la obra. Una escritura cuyo objetivo es la reescritura. Gabriela Valenzuela asegura que la necesidad de narrar siempre existirá, pero la forma será totalmente diferente, hasta el punto de que se necesaria la separación entre literatura pre-Internet y post-Internet.

SONIA REMIRO FONDEVILLA  
(UNIVERSIDAD CARLOS III, MADRID)

### 3. HISTORIA Y CIENCIAS SOCIALES: AMÉRICA LATINA

Javier Fernández Sebastián (dir.): *Diccionario político y social del mundo iberoamericano. Conceptos políticos fundamentales, 1770-1870*. Madrid: Universidad del País Vasco / Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2014 (Iberconceptos II), 10 tomos, 2.384 páginas.

Fue entre los años setenta y noventa del siglo xx cuando Reinhart Koselleck, Otto Brunner y Werner Conze publicaron su monumental obra sobre la historia conceptual (*Geschichtliche Grundbegriffe*) que tanta influencia ejercería en las últimas décadas sobre los historiadores. También en el contexto historiográfico iberoamericano actual la historia conceptual como propuesta teórica ofrece grandes ventajas. El acento en el análisis semántico parte del supuesto de que las palabras, en el contexto del tránsito a la modernidad, cargan referentes pasados acumulados de la experiencia de los hombres. Una de las ventajas que ofrece esta propuesta es la de contrarrestar el cronocentrismo creciente que tiende a proyectar conceptos actuales al pasado como si fueran universales, intemporales y estáticos, lo que fácilmente distorsiona los marcos mentales de los actores del pasado. La historia de los conceptos destaca la historicidad de los conceptos y combate los teleologismos analíticos de la tradicional narrativa historiográfica.

La obra que se presenta en esta reseña se compone de diez tomos, cada uno dedicado a un concepto presentado por un editor que ilustra el uso desde una perspectiva iberoamericana como marco contextual de los estudios de caso.

La obra es el segundo volumen de los Iberconceptos; el primer volumen (en un tomo) fue publicado, también bajo la dirección de Javier Fernández Sebastián, ya en el año 2009 (cf. la reseña en *Iberoamericana*, año XI, nº 41, marzo, 2001, pp. 202-204). El principal objetivo de aquel primer volumen, que llevaba el subtítulo *La era de las revoluciones, 1750-1850*, fue desarrollar un estudio sistemático comparado de la transformación de los conceptos políticos básicos en los países de habla española y portuguesa a ambos lados del Atlántico. El segundo volumen, que se reseña aquí, analiza el uso de diez conceptos básicos para la comprensión del tránsito a la modernidad política en Iberoamérica, elegidos por su potencial de transformación y su carácter omnipresente en las discusiones políticas iberoamericanas a lo largo de unos cien años: se trata de los conceptos civilización, democracia, estado, independencia, libertad, orden, partido, patria, revolución y soberanía. Los países y territorios abordados en la geografía de Iberoamérica son: Argentina/Río de la Plata, Brasil, Caribe/Antillas hispanas, Centroamérica, Chile, Colombia/Nueva Granada, España, México/Nueva España, Perú, Portugal, Uruguay/Banda Oriental y Venezuela.

Mientras que el primer volumen de Iberconceptos abarcaba los cien años entre 1750 y 1850, el segundo volumen cubre el siglo que va de 1770 a 1870. El desplazamiento cronológico por veinte años se explica con el argumento de que las transformaciones político-conceptuales en el mundo ibérico se manifestaron

con mayor intensidad en las dos últimas décadas del siglo XVIII y que el lapso de tiempo analizado ofrece al lector un escenario más comprensible de los cambios pues no se concentra solo en la era de las revoluciones, sino que engloba también el de la independencia y el de la formación y estabilización de los nuevos estados, que caracteriza mejor el período.

El *Diccionario político y social del mundo iberoamericano* no aspira a presentar una definición unívoca y universalmente aceptada por los hablantes de cada término sociopolítico incluido, sino que es una historia de las conceptualizaciones, es decir del uso estratégico de ciertas palabras clave. En el lapso temporal de finales del siglo XVIII y la segunda mitad del siglo XIX se produjo una importante renovación de los conceptos fundamentales que articulaban la vida política. Y si bien el *Diccionario* responde a una lógica territorial, los contextos de los conceptos pertinentes en cada caso no están limitados a los espacios recortados por las fronteras nacionales actuales (que no existían de esta forma en la época analizada o no se habían consolidado).

No hay duda de que en el siglo que va de 1770 a 1870 se produjo una importante renovación de los conceptos fundamentales que articulaban la vida política en el área ibero-atlántica. Pero los ritmos de “modernización” no fueron sincrónicos en todos los países, territorios y niveles, siendo necesario hablar de cronologías específicas para cada concepto y para cada ámbito territorial, pero también es verdad que algunos acontecimientos y fechas cruciales afectaron al conjunto de la región y a la mayoría de los conceptos estudiados en el *Diccionario*, por ejemplo,

la intervención napoleónica en la península con el cambio de dinastía en España y el traslado de la corte portuguesa a Río de Janeiro.

La dilatación del marco cronológico de referencia en *Iberconceptos II* hasta 1870 va de la mano con la ampliación de los territorios estudiados, de modo que el volumen II afecta tanto a la dimensión temporal como a la espacial. Es decir, el análisis del momento de la crisis de las monarquías ibéricas (1808-1825) se inscribe en un tiempo más largo, que abarca al menos desde las reformas ilustradas (borbónicas y pombalinas) hasta la consolidación de los nuevos Estados surgidos de la disgregación de los imperios ibéricos.

En las tres primeras décadas del siglo XIX, años extraordinariamente agitados y convulsos en Iberoamérica, la dinámica político-discursiva se aceleró bruscamente. Con la diseminación de nuevos conceptos por dos hemisferios comenzó un diálogo transatlántico, una especie de “globalización intelectual” que desde entonces ha ido continuamente en aumento. El resultado más destacable de las transferencias verbales e influencias intelectuales cruzadas, fue el lanzamiento y la difusión de una terminología político-constitucional compartida, común a los espacios atlánticos. Pero ‘globalización’ o ‘atlantización’ de los conceptos no equivale a homogeneización o unificación semántica de los discursos circulantes. Muy al contrario, el director y los autores de *Iberconceptos II* insisten en la pluralidad y complejidad de los universos conceptuales, ya sea desde el punto de vista sincrónico o diacrónico, territorial o temporal.

La aproximación a los conceptos políticos, practicada en Iberconceptos, es parte de una nueva historia político-intelectual que ofrece una alternativa a la visión intelectualista de la vida política. Los autores de Iberconceptos se ocupan del manejo contencioso del lenguaje por actores sociales diversos, hablan de conceptos políticos “empíricos” que son conglomerados de significados, en los que analíticamente se puede constatar cómo se entrecruza el eje diacrónico de la lengua con su dimensión ideológica y pragmática.

El marco interpretativo general del volumen II de Iberconceptos parte de un proceso de ‘globalización semántica’, derivado de un proceso de iberización (o atlantización) de América que por su parte se vio agudizado en un contexto de ‘modernidad’, más visible hacia fines del siglo XVIII hasta muy entrado el XIX. La conciencia histórica de esa fase se caracterizó en el territorio iberoamericano por una tendencia hacia el porvenir, por un futuro abierto, con una nueva forma de concebir el tiempo. Cada tomo de este segundo volumen de Iberconceptos es una muestra representativa de los itinerarios semánticos rastreados y analizados entre 1770 y 1870, época de construcción de la significación política de los diversos conceptos en los distintos escenarios iberoamericanos.

Los dos volúmenes del *Diccionario Iberconceptos* (I y II) son una historia fecunda y apasionante de reinención y cristalización de todo un vocabulario, el de una nueva política concebida sobre un patrón de artículos monográficos y temáticos de académicos de ambos lados del Atlántico. Los autores parten del su-

puesto que los hitos históricos compartidos en los territorios estudiados ni eran todos los mismos ni tenían el mismo significado en todos los escenarios. Los ritmos en los que se presenta la modernización en distintos niveles (incluido el semántico) no fueron sincrónicos en todos los espacios de estudio. La perspectiva transicional de la obra identifica como resultado más destacable el surgimiento, la difusión y adopción de un diccionario más alusivo a los asuntos públicos, común a los espacios atlánticos, no dejando de resaltar las problemáticas como la transferencia y traducción de los términos a la pluralidad lingüística americana o la diversificación y adaptación semántica de los conceptos en los contextos culturales receptores.

Los autores del *Diccionario* pretenden haber cartografiado algunos territorios conceptuales muy relevantes del tránsito iberoamericano a la ‘modernidad’. Indudablemente, lo han conseguido. Sin poder entrar detalladamente en un análisis de cada uno de los diez conceptos presentados, la obra en general –es decir Iberconceptos I y II– cumple plenamente la intención de ayudar a comprender a los actores en sus propios términos, desentrañando la lógica que gobernaba sus prácticas, instituciones y creencias. Los capítulos dedicados a analizar determinados conceptos en diferentes países de manera diacrónica, historizan las nociones, frecuentemente dicotómicas. Con mucha razón, el director de la obra Javier Fernández Sebastián resalta en la Introducción general que historizar los marcos de comprensión de la realidad y los instrumentos que los seres humanos han venido forjando para interpretar sus

pasados, es seguramente la mejor contribución que la semántica histórica puede ofrecer a las ciencias sociales.

WALTHER L. BERNECKER  
(UNIVERSITÄT ERLANGEN-NÜRNBERG)

**Aline Helg: *Plus jamais esclaves!* Paris: La Découverte, 2016. 419 páginas.**

En marzo de 2016 la editorial francesa La Découverte publicó el voluminoso y erudito trabajo de Aline Helg titulado *Plus jamais esclaves!*, expresión que la autora tomó prestada de los esclavos rebeldes del oeste de la isla de Jamaica en enero de 1832. Ante todo tenemos que enfatizar lo original y lo ambicioso del propósito de la historiadora. No tanto al nivel del tema, ya que –como lo patentiza su prolija bibliografía– abundan los trabajos sobre las diversas estrategias de los esclavos africanos o afrodescendientes en el Nuevo Mundo para lograr la “libertad tan anhelada”, desde casi los inicios de la conquista hasta la abolición de la esclavitud en Cuba (1886), como al nivel de la focalización que abarca con acierto la globalidad de la resistencia de los negros a la vez espacial y temporal.

La primera y la segunda parte muestran cómo al poco tiempo de desembarcar, los esclavizados buscaban todos los medios para escapar de la servidumbre, huyendo del control coercitivo y de las sevicias infligidas por los amos. Acudían al cimarronaje hacia lugares de difícil acceso o se aprovechaban, cuando podían, de la legislación heredada de las *Siete Partidas* castellanas con la manumisión gratuita, a menudo condicional, u one-

rosa, concedida por los amos, dado que, hace hincapié la autora, solían fracasar los intentos de rebelión. Esta opción, por motivos históricos, solo se presentaba en los dominios españoles y portugueses. La Guerra de Siete Años (1756-1763), enfatiza luego A. Helg –ahí empieza lo más interesante del desarrollo–, les permitió, para intentar alcanzar la carta de manumisión, valerse de los fallos del sistema de dominación que desembocaron en las independencias (Estados Unidos, Haití, Iberoamérica), con el ingreso, de buen grado o no, en las filas de ambos bandos. En la cuarta parte, la autora se dedica a las nuevas estrategias de los esclavos después de esta época hasta la abolición definitiva de la esclavitud en las colonias inglesas en 1838, periodo en que se atrevieron a cuestionar su condición desde un punto de vista cristiano y legal. Sin duda alguna, los capítulos que conforman esta parte son los más llamativos, e incluso los más conmovedores.

Concluye A. Helg que los esclavos, debido a su participación en los diversos movimientos que trastornaron las Américas a través del tiempo, se hicieron agentes de la historia del continente. Hasta el final, se las arreglaron para concretar su anhelo, luchando en contra de una sociedad que no les ofrecía esperanza alguna, con la salvedad del apoyo suministrado por ciertos movimientos protestantes a partir de fines del siglo XVIII.

La periodización que se presenta en el libro, encaminada a poner de relieve la evolución de esta lucha secular, conlleva el riesgo de la reiteración, en lo que se refiere, por ejemplo, a las modalidades de cimarronaje, de rebelión o de manumisión. Otro escollo para empresa tan

ambiciosa es la simplificación, la cual se manifiesta de varias maneras. Afirma la historiadora que sacó todo el provecho posible de los nuevos aportes de la historiografía estadounidense, “angloantillana” y latinoamericana (p. 363). Ahora bien, de los años noventa en adelante se multiplicaron los estudios históricos desde México hasta Chile pasando por Colombia, cuyos resultados no aparecen en las referencias. Aquí tenemos unos cuantos ejemplos.

Al nivel de la resistencia activa, se ha puesto de realce que desde los inicios de la esclavitud las rebeliones, pese a su fracaso, salvo en Santo Domingo, amenazaron gravemente la paz colonial. La de los jolofes para las Navidades de 1522 en La Española preocupó sumamente a la Corona española y dejó una impronta imborrable en las mentalidades. Dichos jolofes, hasta el siglo XVIII, se mostraron reacios, a lo largo de todas las posesiones hispánicas, debido a su cultura musulmana, lo cual ha de relacionarse, *mutatis mutandis*, con la rebelión de los malés en el Brasil del siglo XIX, debidamente evocada por la obra. Quizá no sería del todo inútil recordar que, por el mismo motivo, el término ‘*mandinga*’ vino a ser sinónimo de ‘diablo’ por todo el continente.

Dichas rebeliones, que infundían un hondo pánico e incluso una tremenda psicosis en la sociedad dominante, iban efectivamente más allá del rechazo violento de la esclavitud. Es verdad que la historiadora trata detenidamente de ciertas manifestaciones en las provincias inglesas de Norteamérica, pero no busca el verdadero significado de sucesos anteriores, como los de México en 1612. Por cierto, poco faltó para que las numero-

sísimas cofradías de La Merced (y no de “Nuestra Señora”, p. 119) se adueñaran de la capital virreinal. Pero lo más llamativo, no cabe duda, fue que, con motivo del sepelio de uno de sus dirigentes, se entregaron a prácticas de origen bantú, aspecto cultural de gran importancia al que volveremos más abajo.

Otro elemento trascendental por su recurrencia sería también la alianza entre los cimarrones y los piratas, principalmente ingleses, la cual empezó con los negros de Bayano en Panamá, inquietando tanto a la Corona española que organizó en 1578 una auténtica expedición represiva desde la península.

Muestra Helg que una de las grandes diferencias entre los dos sistemas de esclavitud, el “anglosajón” y el “latino”, estribaba en el papel desempeñado por la religión. Pero hay más. Si el catolicismo, con unas cuantas excepciones (por ejemplo las protestas de ciertos jesuitas de Brasil a principios de la colonización y de los capuchinos Jaca y Moirans en 1681-1682 en Cuba), justificó por su salvación la servidumbre de los africanos y sus descendientes en los territorios ibéricos, los esclavizados, dentro de lo posible, supieron valerse de la legislación religiosa (Concilios de Lima, de México, constituciones sinodales de muchas diócesis, cofradías, etc.), motivada en parte, eso sí, por la voluntad de controlarles. A este respecto, las cofradías (que no hay que confundir con los cabildos, más tardíos y de índole diferente), fueron espacios no solo de “africanía”, como dijo Nina S. de Friedemann, sino también de estructuración social. Sin caer en la trampa de la idealización a la manera de Frey o de Tannenbaum, no es

de olvidar que los esclavos consiguieron, con esta resistencia pasiva, marcar hondamente la idiosincrasia iberoamericana.

El manejo de sus dotaciones serviles por los jesuitas, los mayores propietarios de esclavos del Nuevo Mundo, plasmó en gran parte su mentalidad. De ahí, después de la expulsión de la orden en 1767, sus reivindicaciones muy modernas para la época (*jus gentium, jus soli*, igualdad con los amos como “hermanos en Cristo”), antes de que les ‘contaminaran’ los movimientos abolicionistas europeos. Sea lo que fuere, varias comunidades negras de Ecuador y del Perú, por ejemplo (valle del Chota-Mira, Chincha alta), que obran hoy en día en pro de su identidad, son herederos de esta política jesuítica.

Las referencias al fenómeno ‘palenquero’ no cavan lo bastante hondo, en la medida en que, a menudo, los cimarrones obtuvieron del poder una gran autonomía que prefiguraba en cierta manera la independencia del siglo XIX. Las actuales reivindicaciones de los afrodescendientes no dejan de referirse a este pasado, como el del Palenque de San Basilio en Colombia, por ejemplo. Por añadidura, el examen de los usos y costumbres de estas estructuras rebeldes hace surgir en no pocos casos, como en las de Bayano y de Yanga (México, 1609), un auténtico sustrato socio-religioso africano.

Ciertos acontecimientos muy significativos merecerían mayor interés, como la resistencia de los ‘mulatos’ de Esmeraldas, mestizos de esclavos y de indias (zambos), que lograron preservar su gobierno de la provincia pese a los intentos represivos.

Permítasenos señalar, para acabar, que el origen del término ‘cimarrón’ difiere algo de la procedencia corrien-

temente admitida, como prueba una atenta lectura del cronista Fernández de Oviedo. Dicho esto, este minucioso trabajo de índole global da pruebas de un apreciable rigor científico, pese a su extensión, siendo, al fin y al cabo, de poca monta las aproximaciones y los errores. Por su coherencia exhaustiva, la obra de Aline Helg es una valiosa contribución a los estudios comparativos iniciados por destacados investigadores estadounidenses como Laura Forner, Eugene D. Genovese y Sidney W. Mintz (*Slavery in the New World. A Reader in Comparative History*. Upper Saddle River: Prentice-Hall, 1969) o Herbert S. Klein (*Slavery in the Americas. A Comparative Study of Cuba and Virginia*. New York: Quadrangle Books, 1969). Su consulta será absolutamente imprescindible para los estudiosos de la diáspora africana en el Nuevo Mundo.

JEAN-PIERRE TARDIEU  
(UNIVERSITÉ DE LA RÉUNION)

Zephyr L. Frank: *Reading Rio de Janeiro. Literature and Society in the Nineteenth Century*. Stanford: Stanford University Press, 2016. 229 páginas.

In his analysis of Brazilian urban novels, Zephyr Frank offers a new methodological approach in reconstructing the formative history of Rio de Janeiro during the reign of the emperor Pedro II (1831-1889). The author uses literary texts as the main source for his historical picture of Rio. They help him to “make connections to the broader empirical base of historical material”. Aware of the meth-

odological challenge, Frank discloses his long reflections and uncertainties during the difficult writing process already in the preface of his book. His didactic openness should be read as the launching of a broader debate and certainly seeks for tolerance among historians. His message is that historians should use literary works more intensively as primary sources, and not just as illustrations or by-products of history. Frank's book challenges the conception of the New Literary Criticism as well, which practices a close reading of texts and tends to see the social-political context of which a novel is written as irrelevant to any analysis.

Frank's source collection is based on the novels of the Brazilian literary *creme de la creme*: *Sonhos d'ouro* by José de Alencar (1872), *Memórias póstumas de Brás Cubas* by Machado de Assis (1881) and *O coruja* by Aluísio de Azevedo (1890). All three works belong to the Brazilian genre of bildungsroman. The first chapters of Frank's study are dedicated to the analysis of these novels and particularly to their fictional protagonists Ricardo, Brás, and André. They are young, fatherless and undergoing constant transformation, which can be read as a metaphor for the transformation of Rio and beyond that for the intellectual search for the Brazilian nation. The literary composition of the protagonists' biographies, the challenges they have to face due to their different social backgrounds, are – in Frank's eyes – symptomatic for the economic and social development of Brazil in the second part of the 19<sup>th</sup> century. The historical framework of his study consists of the themes slavery, capitalism, immigration and

internal migration, and the European influence on novels. The second part of the book, which still focuses on the literary protagonists, but enriches the text with information about education, marriage, status, money and social relations in Rio de Janeiro, provides the readers with a broader context of references and sources.

In many ways Frank's creative study *Reading Rio de Janeiro* advocates a return to a social history of literature. As Frank meticulously interprets his sources, his book undoubtedly offers literature as a multi-faceted source and thus makes it more attractive for historians, especially when it is written by outstanding intellectuals and when the chosen literary examples are political. Frank, a trained social historian, knows that literary texts are no "ersatz history", as he calls it. Scholars have to read "the right novels", he suggests. But who defines the literary canon? Each canon is a product of its time. And literature remains being fiction. Interestingly this word does not appear in Frank's book. Besides the question, which novels are the right ones, there is another methodological problem. The topics elaborated in this book are developed out from the novels. His study thus appears a touch of a self-referential. Despite these critical remarks, the book is very inspiring for Brazilianists; but those who look for a chronologically composed social-political history of the late 19<sup>th</sup> century, based on literature, will not find it in this study.

URSULA PRUTSCH  
(LUDWIG-MAXIMILIANS-UNIVERSITÄT  
MÜNCHEN)

Rodrigo Vescovi: *Anarquismo y acción directa. Uruguay, 1968-1973*. Barcelona: Editorial Descontrol, 2015. 444 páginas.

Anarquismo y acción directa es una selección y adaptación de pasajes de la tesis doctoral del historiador y escritor Rodrigo Vescovi. Después de unos cuantos años, el autor, junto con la Editorial Descontrol, deciden publicar esta edición, según dicen, motivados por el ambiente de crisis que se vivió en España hace algunos años. En ella se analizan los actores y acontecimientos políticos ocurridos en Uruguay entre los años 1968 y 1973, tomando como eje las prácticas de acción directa y las tendencias anarquistas o más revolucionarias dentro de la izquierda, llevando al lector casi de manera constante al Uruguay de esos años, a la vez que a interpelarse sobre la situación actual de las resistencias sociales y sus formas, así como también de la represión. Por otro lado, la elección de las fuentes –historia oral, gran trabajo de archivo, entrevistas y una amplia bibliografía– aporta una riqueza indudable, a la vez que intenta huir de explicaciones formalistas. Al margen del contexto político y social del Estado español, aunque para nada sea el objetivo del libro, constituye un más que interesante y actual aporte –a pesar de los años que hayan pasado desde su publicación original– en el sentido de la desmitificación de ciertos referentes políticos actuales de la izquierda latinoamericana como puede ser el Frente Amplio y sus principales representantes.

La historia a veces se presenta como una leve brisa, otras, como un violento ciclón (p. 1). Tal vez por ello, el período seleccionado corresponde, como dice el

autor, a los años que se consideran como de más resistencia al sistema capitalista y de más posibilidades de cambio social en la historia de Uruguay (p. 9). El contexto político y económico de aquellos años podría resumirse como la frase que da título a uno de los apartados, brechas por todas partes. Y es que fueron años de profundas crisis económicas que se tradujeron en grandes ofensivas hacia los sectores explotados de la sociedad, dando paso a una sociedad más polarizada, pero a la vez aumentando las tensiones y haciendo que las respuestas a esas ofensivas fuesen cada vez más extendidas (porque afectaban a cada vez más personas) y más fuertes (acorde a la dureza de las condiciones impuestas). Ello, a su vez, acompañado de un aumento de la represión, pero también de referentes revolucionarios latinoamericanos que habían funcionado (como la Revolución Cubana), hizo que la militancia, la implicación, se asumieran casi como natural. Uno de los aspectos más interesantes que recoge el libro son las discusiones, los debates, las posiciones que inundaron a los luchadores sociales y las diferentes organizaciones de esa época en torno a algunas cuestiones clave es como el apoyo a la revolución cubana, el apoyo al Frente Amplio en el proyecto político parlamentario, y la defensa de la lucha armada; a su vez, de ello se derivaron otros debates como por ejemplo en torno al estatus de preso político y la solidaridad información de una riqueza brillante que hace posible la historia oral.

Parte de dicha riqueza, reside así mismo en el hecho de que al tomar como ejes no las agrupaciones, partidos políticos o estructuras, sino la acción directa, se llega a un conocimiento mucho más

transversal, rico y detallado, sumado a la subjetividad y la reflexión que aportan los testimonios y entrevistas. Haciendo a la vez un retrato si se quiere, mucho más real del que puede proporcionar otro tipo de fuentes, ya que detrás de las siglas de una importante organización obrera caminan, a veces juntos y otras, separados, agrupaciones de todo tipo. Algunas incluso se forjan en el compañerismo de esos momentos. No es de extrañar que, a unos vecinos, la confianza y la praxis los lleve a estar juntos en los lugares de lucha, aunque provengan de distintas 'ideologías' o que se formen denominados colectivos de afinidad. Todo ese mar de gente, en muchos libros, queda reducido a unas simples siglas (p. 168). Por otro lado, muchas veces en investigaciones sobre proyectos políticos perseguidos como el anarquismo, surgen vacíos o aspectos que quedan difuminados y que podrían ser en términos de Thompson propios de su naturaleza, noción de sociedad opaca. En este sentido, los investigadores deben utilizar diversas metodologías creativas con el fin de revelar los indicios que desafían historias tradicionales más instaladas y es aquí donde la historia oral, los archivos personales, etc. juegan un papel fundamental.

El libro de Rodrigo Vescovi es un completo mapa del Uruguay de aquellos años, ya que aparecen todos los temas: las fuerzas económicas, las políticas, las educativas, las tradiciones, las costumbres... Se aborda desde el papel de la democracia y cómo esta no solo amparó, sino que fue de los propios organismos democráticos que emergió la represión más feroz, para posteriormente dar paso a la dictadura. No olvidemos que todas estas formas de represión, que se detallan en el libro, se

aplicaron en el marco de las medidas de excepción, decretadas por el poder ejecutivo y aprobadas por el Parlamento, lo que indica que en el Uruguay de entonces se ejerció tanto la dictadura militar como la constitucional (p. 75). Hasta las vivencias más íntimas de los militantes, sobre todo en el capítulo "La lucha transforma la vida cotidiana", donde se profundiza en temas como, por ejemplo, la autodisciplina, tanto en la lucha legal como en la clandestinidad; y la jerarquía, aprobada incluso entre los autodenominados anarquistas. El género: la presencia y rol de las mujeres en las organizaciones revolucionarias, su autopercepción y la reflexión de todo ello hoy en día con la perspectiva de los años por parte de algunos de sus protagonistas... Aunque los testimonios ofrecen visiones y reflexiones contradictorias, probablemente constituyan un mero reflejo de la situación de entonces.

Asimismo, se recoge de forma detallada las diferentes tendencias anarquistas, así como las diferentes tendencias radicales, su forma de organización, proyecto político, su relación entre sí, sus contradicciones internas, sus conflictos, rupturas, posicionamientos ante temas clave. Pero sin quedarse en el mero plano descriptivo, ya que apunta interesantes análisis propios, así como también recoge análisis y testimonios de los protagonistas.

En definitiva, como dice Osvaldo Bayer en el prólogo, es un vademécum para la tarea de investigación o para cualquier persona interesada en la historia social en general, y es una síntesis de mucha información que bien puede ser una completa introducción o buen un punto de partida desde el cual profundizar en alguno de los aspectos que se tratan. En cualquier caso,

una invitación a la reflexión, atemporal, porque muchos de los temas tratados tienen la misma vigencia hoy que entonces y ageográfica, porque, como se puede leer en alguna parte del libro, aporta experiencias para la comprensión y la acción en la transformación social de la vida en cualquier parte del mundo.

ANALÍA MAGAZZÚ  
(UNIVERSIDAD POMPEU FABRA,  
BARCELONA)

**Víctor Guerrero Apráez: *Guerras civiles colombianas. Negociaciones, regulación y memoria*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana 2016. 271 páginas.**

Esta investigación sobre guerras civiles colombianas y otras en el continente americano desde la independencia de las colonias hispánicas, se estructura en las tres secciones, que el subtítulo anuncia. Negociación, regulación y memoria son los puntos de enlace y de tensión entre dos áreas susceptibles a la intervención reguladora política: la construcción de la sociedad civil y la utilización de la fuerza militar. El autor, con formación en derecho político, derecho internacional e historia del derecho, es asimismo estudioso de Walter Benjamin o de Carl Schmitt. Dispone, además, de una amplia trayectoria en gremios asesores del desarrollo constitucional colombiano desde los años noventa y actualmente es profesor de la Facultad de Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales de la Universidad Javeriana en Bogotá. Su interés radica en esclarecer la relación entre la imposición del dominio y de la

subordinación, tradicionalmente provenientes del poder militar y el interés genuinamente político en la limitación de la guerra sujetando el empleo de sus recursos a objetivos superpuestos como son la defensa territorial, la defensa del orden establecido con apoyo mayoritario, la defensa de minorías, etc.

Guerrero Apráez despliega su investigación empezando con la Guerra a Muerte de 1815 contra las fuerzas realistas hasta la Guerra de los Mil Días de 1899 a 1902 y la extiende por varios episodios de la Guerra de Secesión (1861-1865), considerada por muchos expertos como el primer caso de una guerra total. Estos episodios bélicos le sirven de sustento de su enfoque dialéctico, que focaliza los alcances de regulaciones de una violencia ilimitada y los intentos reaccionarios del restablecimiento de la supremacía de la ley del más fuerte. Los comienzos de los esfuerzos por someter las contiendas bélicas a regímenes reguladores y así atenuar sus horribles efectos, los ejemplifica en la trayectoria de Bolívar en la región andina quien, en 1820, acordó con su enemigo mortal Boves el armisticio y el tratado de regulación. Al haber implementado, de manera rudimentaria, elementos de derecho de gentes como los canjes y la liberación de prisioneros, la protección de la población civil y las sentencias de “daño superfluo” y de “sufrimiento innecesario”, el impacto de este acuerdo fundacional para Sudamérica sigue siendo subestimado, según sostiene Guerrero. El autor traza una línea de esfuerzos regulatorios hasta el pago de indemnizaciones por parte del Estado por perjuicios sufridos en la guerra de 1876 a 1877 ordenado por la Corte Suprema, y la ubica en

el contexto internacional de la evolución del derecho de gentes. En este contexto, menciona y analiza especialmente el Código Lieber, surgido de los avatares de la Guerra de Secesión y redactado en 1863 que, como lo resume el autor, buscaba encauzar las hostilidades considerando sus elementos políticos, raciales, económicos, jurídicos y doctrinarios. El Código Lieber fue adoptado por los Estados Unidos Mexicanos en 1873 y por los Estados Unidos Colombianos en 1881, pero prácticamente abolido de nuevo en torno de las remodelaciones restaurativas llevadas a cabo bajo la lema de la Regeneración. La incidencia de la institucionalidad en los conflictos armados no es ningún asunto de contemplación académica, sino que ella marca profundamente sus consecuencias inmediatas para la población. Valiéndose de exhaustivas revisiones de crónicas contemporáneas y de análisis históricos, el autor llega a cuestionar las observaciones representativas que existen en el estado de investigación. Recopila datos dispersos sobre las bajas, preparados en tablas que comparan las guerras civiles entre 1876 y 1902, con el fin de atribuir a la historiografía oficial una minimización de la destrucción y mortalidad ocurridas en el curso de ellas.

Guerrero sostiene la tesis de una degradación regulatoria a lo largo del desarrollo político desde la guerra de 1876 a 1877 hasta la Guerra de los Mil Días, que relaciona con el proyecto político de la Regeneración protagonizado por Rafael Núñez. Concluido el siglo decimonónico, durante el que la joven nación había experimentado nueve guerras civiles de alcance nacional y una cantidad bastante mayor y aún no precisada de guerras

de alcance local, las disposiciones de los decretos al final de la Guerra de los Mil Días supusieron una retrogradación hacia los tiempos de la Guerra a Muerte. Esta degradación regulatoria se refleja en una cifra elevada de bajas durante la última guerra decimonónica. De esta manera, el estudio de Guerrero se alinea en la corriente investigativa que ve en la Regeneración, sobre todo, el fortalecimiento y la centralización del Estado, apoyado en su fuerza coercitiva incrementada, entre otras en el restablecimiento de la pena de muerte y, fundamentalmente, en el ejército centralizado. Asimismo, la concentración del sector financiero con el consiguiente decrecimiento de salarios e ingresos de campesinos, artesanos y trabajadores, influye en este reforzamiento estatal. A su vez, Guerrero analiza el impacto de esta evolución de la regulación insuficiente que no detiene el empleo de la fuerza armada contra civiles, víctimas, presos y otros grupos desprotegidos.

El último capítulo de esta sección, que versa sobre la regulación, traza con especial agudeza el paralelo entre Rafael Núñez y Álvaro Uribe Vélez. Al “absolutizar” y “demonizar” a sus enemigos, que fueron el radicalismo liberal en el caso de Núñez y la guerrilla en el de Uribe, ambos líderes procedieron al desmoronamiento de la institucionalidad constitucional y de la regulación de conflictos.

Para el tema de la tercera sección de la monografía, que aborda las salidas políticas y sus estrategias de recuerdo y olvido, el autor escogió la basílica del Voto Nacional, construida justo al final de la Guerra de los Mil Días en el emblemático sitio privilegiado del costado oriental de la Plaza de Bolívar capitalina. Mante-

nidos en vilo por la ilustrada admiración del autor leemos sus minuciosas descripciones de los detalles arquitectónicos que se revelan como monumentos cargados de enseñanza de la concepción histórica y nacional unificada. Guerrero celebra una pormenorizada exégesis de los elementos arquitectónicos como para señalar su finalidad global de transmitir un programa ultraconservador, que aspira a unificar y homogeneizar la comprensión pública del legado de la historia de la nación. Las alegorías religiosas, esculpidas para adornar esta edificación simbólica, desempeñan el papel de calumniar la protesta y el liberalismo como traición. Guerrero coteja esta instrumentalización del espacio canónico para fines estratégicos sobre la memoria pública con la construcción de la basílica de Sacre Coeur en el París después de la sublevación de la Comuna en 1871, señalando relaciones a nivel personal en el sacerdote Bernardo Herrera Restrepo, que recibió su formación teológica bajo la dirección del arzobispo de París, George Darbois, quien durante la Comuna fuera tomado rehén y fusilado, así como a nivel arquitectónico en el simbolismo conservador.

Desenvolver las facultades y potencialidades de lo político, plasmando la vida social basada en acuerdos y cumplimientos sobre el material histórico de una nación que, en un sinnúmero de casos, expone la inmensa debilidad y la vulnerabilidad de estas aspiraciones, no solo abre nuevas perspectivas investigativas para la comprensión e interpretación de la historia, sino que también cobra significancia extraordinaria para el proceso actual de dar vida al acuerdo de paz entre el gobierno y la guerrilla. El análisis histórico del

desarrollo y empleo de amnistías y avenimientos, que posibilitaron la restauración de la civilidad y depararon décadas de una paz frágil, pero provechosa, y la indagación de las causas de la supresión posterior de estos regímenes normativos por gobiernos restaurativos, pueden brindar perspectivas de más largo plazo en la toma de decisiones dentro de las actuales circunstancias muy delicadas y determinadas por intereses contradictorios.

JOCHEN PLÖTZ  
(TECHNISCHE UNIVERSITÄT DARMSTADT)

Érica Sarmiento: *Galegos nos trópicos: Invisibilidade e presença da imigração galega no Rio de Janeiro*. Porto Alegre: EDIPUCRS, 2017. 611 páginas.

Em qualquer temporalidade em que esteja circunscrita, a e/imigração é processo que não se esgota no simples ato de deslocamento, afetando todo o processo de construção de uma nova vida em terra estrangeira. Envolve, portanto, aspectos econômicos, sociais, culturais, mentais e emocionais. Partir da terra natal e afastar-se das referências primeiras do ser e do estar é sempre opção radical, independentemente das motivações que tenham levado à opção por emigrar. Situado entre dois mundos, o/a imigrante constrói novas identidades, traça novos caminhos e adapta usos e costumes, em um processo no qual a pátria distante passa a ser referência saudosa do passado. Segundo Sayad, define-se como “processo total”, que deve ser analisado em face das condições da emigração e das formas de inserção do imigrante no país de acolhida.

O livro de Érica Sarmiento aborda estes e muitos outros processos, merecendo ocupar lugar de destaque e referência nos estudos sobre emigração galega e imigração galega no Rio de Janeiro. Trata-se de um trabalho que emana de sua pesquisa de doutorado, defendida na Universidade de Santiago de Compostela, sob a orientação do Prof. Xosé Núñez Seixas. Contemplando o campo de uma História que projeta o social como “lugar” de pesquisa, coloca, assim, o homem “comum”, as classes populares e os segmentos marginalizados como atores do cotidiano. Ao dirigir seu foco para o/a imigrante, o livro afasta-se da representação mitificada do indivíduo enriquecido em terras estrangeiras para contemplar aqueles que, no silêncio do anonimato, podiam e continuam a ser encontrados tanto no mundo do trabalho – com desdobramentos no movimento operário - quanto nos bastidores, envolvidos, muitas vezes, por circunstâncias diversas, com a contravenção e o crime. Para tanto, a autora utiliza e cruza fontes nominativas, dentre as quais se destacam os processos de expulsão<sup>1</sup> – para o período da chamada “grande imigração” da virada dos séculos XIX para o XX –, e depoimentos orais, por ela colhidos, com relação à e/imigração do pós Segunda Guerra.

<sup>1</sup> O primeiro decreto de expulsão, no Brasil, data de 07 de janeiro de 1907. Reformulado com relação a itens como “tempo de residência”, ele vigiu até a reforma da Constituição em 1926, que pôs fim às polêmicas sobre a constitucionalidade do referido decreto. Para estudos mais amplos sobre o tema, ver Lená Medeiros de Menezes (1996): *Os Indesejáveis: desclassificados da modernidade. Protesto, crime e expulsão na Capital Federal*. Rio de Janeiro: edUERJ.

O interesse pela imigração urbana no Brasil foi tardio, pois o foco, durante muito tempo, recaiu sobre o processo de colonização do sul do país e de substituição do escravo, na zona rural de São Paulo, pelo imigrante, com destaque para as plantações de café. Apenas quando a área urbana tornou-se objeto de investigação, o Rio de Janeiro pode ser revelado como lugar de acolhida de imigrantes; processo no qual a supremacia coube a portugueses, espanhóis – em sua grande maioria, galegos – e italianos. Nos dois primeiros casos, em virtude da verdadeira simbiose ocupacional ocorrida entre as duas nacionalidades, em determinados nichos de mercado, bem como da inquestionável supremacia portuguesa, a presença galega na cidade foi invisibilizada, embora isso não significasse sua não presença.

A história da imigração galega na cidade do Rio de Janeiro, por outro lado, foi sempre uma história fragmentada, sem nenhuma obra de referência capaz de recuperar a riqueza de uma presença sempre constante nos fluxos migratórios direcionados para a cidade. Estas são as principais lacunas preenchidas pelo livro de Érica Sarmiento, que não só cumpre a tarefa de reunir fragmentos dispersos quanto a coloca em nível de excelência, brindando o autor com um conhecimento amplo dos deslocamentos efetuados entre a Galícia e o Rio de Janeiro, ao longo do século XX, capaz de propor novos olhares sobre um tema por si só instigador. A importância da obra, porém, é mais ampla. Em primeiro lugar, porque, diferentemente de outros trabalhos, circunscritos a uma determinada conjuntura, contempla duas temporalidades: a fase da “Grande imigração” e o período da “Segunda Imi-

gração”, correspondente aos fluxos que alcançaram o Brasil no pós 1945.

Outro aspecto a ser destacado é a variedade e a riqueza das fontes utilizadas, bem como o diálogo que entre elas é estabelecido pela autora, permitindo uma dialética continuada entre documentação de arquivo e depoimentos orais. Com relação a estes, é importante ressaltar, ademais, o excelente uso que a autora faz das técnicas da história oral, colocando o leitor em contato com percursos plenos de substância humana, como há tempos já clamava Febvre em seus escritos.<sup>2</sup> Destaque-se, ainda, a preocupação com o diálogo – sempre fundamental – entre análises estruturais e histórias de vida, que, sem prejuízos à contextualização, permite que o/a imigrante ocupe o lugar de protagonista na cenografia da e/imigração.

Caminhar pelos meandros do texto que, com ousadia e competência, Érica Sarmiento oferece ao leitor, significa encontrar, a todo o momento, imigrantes que falam de si, dentre eles, os bem sucedidos, certamente, mas, acima de tudo, homens e mulheres comuns. É a partir do desvelamento de muitas trajetórias, itinerários e percursos, que a autora analisa experiências coletivas vivenciadas por galegos/as nas tramas da cidade. O imigrante nos revela, assim, a plenitude de suas circunstâncias, com seus anseios, objetivos, desejos, e sonhos marcando um cotidiano mediado pelas relações com “outros”, com os quais ele trava relações de amizade, de cooperação e de solidariedade, mas, também, de tensões, disputas e conflitos.

<sup>2</sup> Cf. Lucien Febvre (1967): *Combates pela história*. Lisboa: Presença.

Travar contato com a/s narrativa/s propostas pela autora, que entrelaçam história e memória, significará, certamente, o enriquecimento do conhecimento do leitor com relação a um processo que se demonstra permanente na História. O “mergulho” em um passado que se faz presente traduz-se, assim, em experiência de muitos significados que, sem dúvida alguma, possibilitará a “leitura” das migrações de tempo presente em novas e enriquecidas perspectivas, permitindo a crítica necessária a um mundo de tantas perplexidades, retornos, intolerância e xenofobia.

LENÁ MEDEIROS DE MENEZES  
(UNIVERSIDADE DO ESTADO DO  
RIO DE JANEIRO)

**Anthony P. Maingot: *Race, Ideology, and the Decline of Caribbean Marxism*. Gainesville: University Press of Florida, 2015. 358 páginas.**

El autor se propone desmontar una visión construida a partir de preconceptos que compondrían una situación explosiva, revolucionaria, de la región caribeña: i) una estructura de explotación agrícola integrada en el capitalismo mundial, ii) derivada de un sistema originariamente esclavista iii) fundada en diferencias raciales, iv) que es escenario de confrontación de grandes potencias, en la que se verifica v) una fuerte incidencia de la ideología marxista. Maingot interpela esa idea revolucionaria del Caribe valiéndose de abordajes que resaltan las continuidades, las permanencias, lo que no sucumbe con los conflictos. Su marco de referencia es la

teoría sociológica tradicional, cuya matriz filosófica se encuentra en el pensamiento conservador. El marco conceptual adoptado es el de la sociedad moderna-conservadora (*modern-conservative society*). El libro es una colección de estudios sobre la historia intelectual y política de los países de la región, con referencias en perspectiva comparada a la historia de América Latina y los EE UU.

En el primer capítulo muestra el contraste entre la obra teórica y la trayectoria política de Eric Williams, historiador y posteriormente primer ministro de Trinidad y Tobago, y Juan Bosch, también historiador y presidente de la República Dominicana. Williams, formado en una historiografía rigurosamente marxista, evitó que tal perspectiva de análisis (y de praxis política) influyera en su acción de gobierno, descartando para su país la vía cubana al socialismo. Bosch, político de formación democrático-liberal, además de intelectual connotado, experimentó una fuerte radicalización ideológica después de ser derrocado y sufrir exilio, lo que le acercó al marxismo y a la adopción de Cuba como modelo revolucionario para su país y la región.

En el segundo capítulo, Maingot resume la polémica entre el ya citado Eric Williams y Frank Tannenbaum en torno al sistema esclavista. Mientras que Tannenbaum sostuvo que el estatuto del esclavo en el Derecho español suponía una mayor humanidad y mejor trato hacia los sometidos, Williams explica que las mutaciones que produjo la irrupción del sistema capitalista en el siglo XIX alteró la condición de los esclavos, empeorándola sustancialmente. Esas mutaciones se dieron principalmente en el Caribe espa-

ñol, mientras que las posesiones francesas e inglesas mantuvieron una economía tradicional, lejos de la escala industrial de la producción azucarera de Cuba, lo que redundó en una mejor situación de la población esclava. Los estudios sobre el esclavismo caribeño recibieron, según Maingot, un aporte sustancial con el trabajo de Rebecca J. Scott, quien superó los reduccionismos jurídicos o economicistas para humanizar el perfil del esclavo, presentándolo como actor social, político y económico con personalidad propia. Esta reseña en torno a los estudios esclavistas en el Caribe se interrumpe para dar lugar a una conclusión que podríamos clasificar de política: la existencia de prejuicios raciales en la América española y su persistencia hasta hoy.

El contrapunto del tercer capítulo está compuesto por Arturo Morales Carrión y Gordon K. Lewis. Nuevamente se entrecruzan los perfiles del intelectual y el político. Mientras que Morales fue un académico vinculado al poder, que a través de un nacionalismo no independentista buscó consolidar la identidad, la autonomía y la capacidad de negociación de Puerto Rico en un contexto de dominio de los EE UU, Lewis fue un profesor de origen galés y tendencia izquierdista de la Universidad de Puerto Rico, que fue radicalizándose políticamente en la medida en que conoció mejor la realidad de la región caribeña. Estudió los aspectos psicológicos y culturales del imperialismo norteamericano: para Lewis el único camino de los pueblos del Caribe es la revolución.

En el cuarto capítulo, uno de los mejores del libro, se explora la atmósfera de terror a la posibilidad de una guerra racial en el Caribe, como efecto directo de la

revolución en Haití. Maingot analiza las consecuencias y reacciones que tuvo este clima de temor y de alerta en los propios líderes de la independencia: desde Francisco de Miranda hasta el (mulato) cubano Antonio Maceo, con particular atención en Simón Bolívar, atormentado con la posibilidad de que la independencia acabara en pardocracia. El temor a la guerra racial (y el potencial de que los negros y mulatos revirtieran la jerarquía racial impuesta por los europeos) llega incluso hasta los tiempos recientes de la Revolución Cubana.

A continuación, se analiza la hipótesis de la intervención extranjera como causa principal del subdesarrollo institucional y económico de Haití. Se describen con detalle los procesos políticos recientes que despertaron mayor expectativa: Leslie Manigat y Jean-Bertrand Aristide. La incapacidad para controlar los principales resortes del poder, la incompreensión de las prácticas políticas locales (Manigat) o las formas carismático-populistas de ejercer el gobierno (Aristide) condujeron a estrepitosos fracasos. Esto parecería resultar suficiente, desde la perspectiva del autor, para explicar las desventuras para encaminarse a un futuro de desarrollo, tornando innecesaria la identificación de causas más allá de sus fronteras.

Un planteo similar puede encontrarse en el capítulo dedicado a la revisión de las tesis explicativas sobre procesos de descolonización o las estructuras socioeconómicas de la región: la violencia contra el colonizador como fuerza liberadora, de Frantz Fanon, y el modelo de “sociedades de plantación” (*plantation societies*) como marco de análisis de los países y territorios del Caribe, según lo definieran Lloyd Best

y Kari Polanyi Levitt. Maingot desmonta la validez de estas teorías ‘generales’ mostrando la complejidad y diversidad de la región, a través de argumentos varios: las complejas relaciones entre razas reflejadas en la literatura cubana, las tensiones entre raza y nacionalismo como factores de división y cohesión política en Santo Domingo o los aspectos sociolingüísticos en los territorios franceses (Guadalupe y Martinica).

El capítulo sobre el itinerario de dos intelectuales marxistas oriundos de Trinidad que confluyen en el nacionalismo panafricano –C. L. R. James y George Padmore– y el que se refiere a las tensiones entre intelectuales, sindicalistas y dirigentes políticos en Trinidad, Guyana y Jamaica desde los años cincuenta a los setenta son una interesante introducción al estudio sobre el curioso fenómeno revolucionario socialista/militarista a fines de la década de 1970 en la isla de Granada. El autor explica la evolución del régimen de Maurice Bishop, su vinculación a los intereses estratégicos de Cuba y su abrupto fin, con su asesinato y la intervención militar de los EE UU. Explica que la deriva radical de Bishop fue una evolución ajena al pacífico, democrático y conservador pueblo granadino.

En el capítulo dedicado a la deconstrucción del mito del “Caribe colonial” Maingot explica que los procesos de descolonización no llevaron necesariamente a la independencia ni mucho menos a lo que parecía en los años sesenta el objetivo final del proceso de liberación: el socialismo. Con frecuencia en oposición a los proyectos de las metrópolis, los territorios consultados en elecciones de autodeterminación eligieron mantener las relacio-

nes de dependencia política y económica según fórmulas novedosas y en contextos de institucionalidad democrática. Esta circunstancia tampoco ha sido obstáculo para la consolidación de fuertes identidades nacionales. Maingot sostiene que el concepto de descolonización no es el más adecuado para enmarcar los procesos políticos de los territorios dependientes. Eso le permite revisar el mito opuesto, el “Caribe nacionalista, revolucionario y socialista”. El hecho de que muchos territorios se hayan constituido en sedes de servicios financieros *offshore* y paraísos fiscales, concentrando un importante porcentaje de los activos financieros mundiales en clara confrontación con organismos internacionales y con países centrales que buscan someter esas actividades a supervisión, control y tributación, muestra claramente su pragmatismo y su autonomía.

Después de trazar un entusiasta aunque matizado panorama de la evolución política, cultural y económica de Barbados, Maingot dedica un denso capítulo a la situación actual de Cuba. Para el autor es imprescindible que los EE UU entiendan las transformaciones que están produciéndose en la isla, porque las teorías del colapso del régimen (*the gambler's fallacy*) se han revelado infundadas. Maingot analiza la transición cubana en dos aspectos principales. Por un lado, valiéndose del concepto gramsciano de intelectual orgánico y de las teorías de las comunidades epistémicas estudia las tendencias ideológicas entre los economistas cubanos más reconocidos, advirtiendo un casi total abandono de las referencias al marxismo y las teorías de la dependencia, y una inclinación a adoptar teorías del desarrollo económico global, en relación

con los procesos de descentralización y liberalización económica de la isla. Por otra parte, analiza la evolución del liderazgo carismático y unipersonal de Fidel Castro apoyado en el Partido Comunista, a una conducción burocrática e institucional encabezada por Raúl Castro, fundada en el prestigio, la capacidad técnica y administrativa de las Fuerzas Armadas. Para Maingot, está tomando forma una oligarquía modernizante de matriz militar que cambiará el modo de ejercer el poder y gestionar la transición.

En el capítulo de conclusión se analizan las amenazas principales que enfrenta la región: el aumento de la actividad delictiva y del crimen organizado vinculado al tráfico de drogas, y la dependencia de energías fósiles, que condiciona su desarrollo económico y lo expone a estrategias de hegemonización concebidas por el eje Caracas-La Habana, tensionando las relaciones con los EE UU.

Con sus matices, el libro de Maingot cumple los objetivos propuestos. No solamente explica con solvencia que las interpretaciones revolucionarias del Caribe derivadas del marxismo han perdido presencia entre sus élites políticas e intelectuales, sino también que este tampoco pudo dar cuenta de las complejas estructuras económicas, los conflictos sociales, culturales o raciales, ni de la dinámica política de una región en la que las tradiciones, las instituciones y los elementos conservadores han sido protagonistas centrales, aunque ignorados sistemáticamente por los científicos sociales.

HÉCTOR GHIRETTI  
(INCIHUSA/CONICET-UNIVERSIDAD  
NACIONAL DE CUYO, MENDOZA)

Brett Troyan: *Cauca's Indigenous Movement in Southwestern Colombia. Land, Violence, and Ethnic Identity*. Lanham: Lexington Books, 2015 (*The Peoples of Latin America and the Caribbean*). 220 páginas.

En su libro, Brett Troyan, profesora asociada de Historia del Cortland College de la Universidad de Nueva York, analiza la formación y la evolución del movimiento indígena del departamento del Cauca, en Colombia. Enfocada en el período entre 1910 y 1991, y con un profundo análisis de la historia del departamento, Troyan aborda la pregunta de por qué y cómo la región podía desempeñar un rol crucial en ofrecer un terreno fructífero para el surgimiento de un movimiento indígena poderoso. Con este propósito, Troyan examina las relaciones triangulares entre el Estado central, las élites locales y las comunidades indígenas, y explora el desarrollo político y económico a nivel regional, sin perder de vista el contexto nacional e internacional. La autora deconstruye los discursos inmersos en periódicos, telegramas o correspondencias epistolares entre los actores arriba mencionados, y plantea la posición central e innovadora de la obra: a lo largo del siglo xx el Estado colombiano, aunque no necesariamente intencionado, estimuló reiteradamente la formación de una conciencia étnica adentro del movimiento indígena de la región y, por tanto, contribuyó a su formación.

Por la división en cinco capítulos de orden cronológico, la autora logra estructurar de manera razonable un tema complejo sin simplificar el contexto ni perder sus matices. Esto se muestra ya en la parte introductora del libro, cuando Troyan

aborda las diferencias topográficas, económicas y socioculturales de las subregiones caucanas, destacando la importancia de estos factores para la naturaleza del despliegue del movimiento indígena. A esta línea se mantendrá fiel en lo sucesivo. De forma continua recurre la autora a estudios de caso del nivel local y de esta manera trata de satisfacer los diferentes marcos referenciales.

En el capítulo uno de la obra, Brett Troyan se dedica primordialmente a Manuel Quintín Lame, a quién la autora se refiere de conformidad con la literatura pertinente como intelectual orgánico, líder bicultural y padre fundador del movimiento indígena colombiano. En particular, examina de qué manera Quintín Lame logró formar alianzas estratégicas con el Estado central para obtener la ampliación e implementación de derechos para las comunidades indígenas de la región. El Estado, según Troyan, en esta fase simpatizaba con el movimiento indígena para recortar el poder de élites locales y abrió de esta manera un espacio legitimador en el cual se evolucionó un movimiento étnico conocido como Quintinada.

El capítulo siguiente se enfoca en las décadas de los años treinta y cuarenta, en los cuales el Estado liberal trató de promover la disolución de los resguardos indígenas como instituciones legales de propiedad colectiva. Por este motivo, otras obras han identificado una relación antagónica entre liberales e indígenas. Pero Troyan, al retomar estudios de caso a nivel subregional, logra reconstruir una imagen más matizada, demostrando que unas comunidades no simplemente rechazaban la disolución de los resguardos, sino entraban en procedimientos de ne-

gociación para generar recursos y aliados. De esta manera, el dialogo con el Estado liberal también fue percibido como herramienta para romper estructuras locales de poder.

Posteriormente, el análisis se centra en las formas que tomaron estos conflictos territoriales en el Cauca durante la época de la Violencia. En este contexto llama la atención la aparición de grupos de auto-defensa en la región y, relacionado con esto, en la formación de la República Independiente de Riochiquito. Troyan interpreta esta experiencia como proceso de aprendizaje para las comunidades indígenas, quienes comprendieron que la defensa de sus propios intereses en el contexto prevaleciente de violencia no podía dejarse en manos del Estado. Los acontecimientos de Riochiquito, según la autora, resultan por tanto cruciales para entender el surgimiento posterior del Movimiento Armado Quintín Lame (MAQL).

La atención del capítulo cuatro del libro se centra en el trabajo de la División de Asuntos Indígenas, fundada en 1960 y resultado de un cambio en el contexto internacional y en las políticas corporativistas del Estado colombiano. Al proporcionar servicios sociales, la agencia estatal procuró evitar la afiliación de indígenas oprimidos a movimientos guerrilleros emergentes, pero, según Troyan, al mismo tiempo estimuló la formación de una identidad étnica basada en la propiedad colectiva de tierra.

De acuerdo con el capítulo final, esta tendencia continuará durante las décadas de los años setenta y ochenta, cuando concepciones de etnicidad como recurso político gradual y parcialmente empiezan a reemplazar identidades de clase. El

surgimiento de una ciudadanía étnica fue promovido de nuevo por el Estado para debilitar movimientos de clase. Troyan argumenta que es este nuevo espacio político en el cual surge el MAQL y el Consejo Regional Indígena del Cauca (CRIC), este último considerado hasta hoy como la organización indígena más fuerte de Colombia.

Hacia el final, persiste la impresión de que el libro pierde un poco de fuerza. El CRIC por ejemplo solo es abordado en su fase de fundación, mientras que el análisis de los años 1970 a 1990 se centra en primer lugar en el MAQL. Hubiera resultado interesante enfocar de manera más profunda las relaciones entre ambas organizaciones o la percepción y recepción de la experiencia armada adentro del movimiento indígena de la región. Los discursos internos del movimiento también reciben poca consideración, pero esto probablemente se debe a la situación difícil de fuentes. No obstante, con este libro, Brett Troyan proporciona una visión muy elaborada de la historia de la movilización indígena en el Cauca, ofreciendo enfoques explicativos alternativos para comprender su surgimiento. Muestra también cómo la resistencia indígena y sus interpretaciones por actores locales y estatales se han convertido reiteradamente en el juguete de varios reclamos de poder, sin caer en narrativas simplificadas. Asimismo, el libro es más que eso. El trabajo de Troyan también proporciona un análisis convincente de los esfuerzos de construcción del Estado en Colombia y entra en general en la historia del Cauca en el siglo xx. El gran valor del libro reside en la visibilización de las complejas dinámicas del Cauca y, de esta forma, ayuda

a comprender mejor qué causas de origen y factores de extensión se deben atribuir a los conflictos sociales en la región.

ULRICH MORENZ  
(KATHOLISCHE UNIVERSITÄT  
EICHSTÄTT-INGOLSTADT)

**Robert A. Karl: *Forgotten Peace: Reform, Violence, and the Making of Contemporary Colombia*. Oakland: University of California Press, 2017. 321 páginas.**

Pocos historiadores colombianos pondrían en duda que la época de la Violencia, escrita en mayúsculas, es la clave para entender los orígenes del conflicto armado en Colombia. Dicho período de fuerte convulsión bipartidista, estalló a mediados de los años cuarenta entre seguidores de los liberales y de los conservadores. En el transcurso de la confrontación, los actores violentos se diversificaron y, hacia finales de la década de 1950 —ya bajo la influencia de la Revolución Cubana—, se perfilaron las líneas del enfrentamiento armado como lo conocemos hoy en día.

Fue a partir de 1958 cuando el gobierno liberal de Alberto Lleras intentó frenar la violencia en el campo por medio de una serie de medidas políticas y sociales en el marco del Frente Nacional, un acuerdo entre los dos partidos tradicionales que preveía la alternancia en el poder hasta 1974. Estas medidas incluían una reforma agraria, programas sociales, la militarización de vastas zonas del país, así como la formación de la famosa Comisión Investigadora de las Causas de la Violencia, que daría origen al primer estudio académico sobre el conflicto, pu-

blicado entre 1962 y 1964. No obstante, y esto es el tema principal del libro del historiador norteamericano Robert Karl, aunque estas medidas fueron exitosas durante un tiempo, no se lograría una paz duradera. Al contrario, solo pocos años después aparecerían nuevos grupos insurgentes, como las FARC y el ELN. Así, a mediados de la década de 1960, la Violencia en mayúsculas daría lugar a un complejo entramado de violencias en plural, cuyas secuelas repercuten hasta hoy.

El estudio de Karl se concentra entonces en los primeros años del Frente Nacional y la búsqueda por una paz negociada entre los dos partidos tradicionales y los varios grupos de “violentos” en el campo. Fue en esos años que los creadores del pacto político promovieron la retórica de la reconciliación, declararon amnistías e indultos, y tomaron medidas para erradicar algunas de las causas que habían contribuido al recrudecimiento de la violencia en departamentos como Tolima y Huila, los cuales también están en el centro del estudio del libro. Aunque reinaba el discurso de la “convivencia” y la Alianza para el Progreso prometía un futuro próspero para Colombia, la búsqueda de la paz pronto se vio obstaculizada por la mala implementación de las políticas públicas en las zonas afectadas por el conflicto.

Como el origen de la violencia actual está estrechamente relacionado con el actuar de los primeros gobiernos del Frente Nacional, no es de extrañar que sea una de las épocas más estudiadas por los historiadores colombianos. Según muestra Karl, los primeros análisis académicos del conflicto en los años sesenta no solo darían origen a las ciencias sociales moder-

nas en el país, sino también cimentaron la obsesión de una gran parte de la academia colombiana por estudiar el tema de la violencia como elemento estructurador de la historia del siglo xx. Considerando la gran cantidad de obras existentes sobre la temática, es algo sorprendente que todavía se produzcan grandes estudios, como el de Karl, que prometen arrojar nuevas luces sobre el período. Sin embargo, aunque *Forgotten Peace* no agrega nada substancialmente nuevo a los relatos ya clásicos de investigadores como Gonzalo Sánchez, James Henderson, Daniel Pécaut, Mario Aguilera Peña o María Victoria Uribe, tampoco se agota en una simple repetición de lo que ya sabemos.

En cierta forma, la obra de Karl —resultado de una tesis de doctorado— se inserta en la corriente de estudios recientes que pretenden revalorizar el Frente Nacional. En esta línea, alega que el carácter hermético del pacto no fue la única causa para el surgimiento de grupos armados revolucionarios. Asimismo, la falta de reformas sociales profundas en el país tenía más que ver con la mala implementación de las medidas a nivel regional y local, y no tanto con la falta de voluntad de líderes políticos como Lleras. A partir de fuentes primarias hasta ahora poco usadas, como por ejemplo documentos de archivos regionales del “Tolima Grande” y de Estados Unidos (provenientes de archivos públicos, privados, universitarios, religiosos, etc.), Karl logra pintar un cuadro complejo y matizado de la situación en el campo en los albores del Frente Nacional. Por otro lado, también se adentra de manera profunda en el mundo de la élite política en Bogotá, destacando las figuras de Laureano Gómez y Alberto

Lleras, los fundadores del Frente. En este contexto, no esconde su admiración por Lleras, cuya trayectoria profesional e intelectual describe con mucho detalle. Según el autor, Lleras veía claramente que una paz negociada entre el gobierno y los diferentes actores armados solo tenía futuro si era acompañada por una reforma agraria y programas sociales de largo aliento. Además, Lleras también era lo suficientemente realista para saber que la paz territorial solo se podía alcanzar por medio de negociaciones directas con los líderes regionales y locales, haciendo uso de redes clientelistas, repartiendo puestos y dineros públicos.

Aunque el libro no ofrece una interpretación completamente nueva sobre la búsqueda de la paz durante el Frente Nacional, se destaca por su riqueza de detalles y el entrelazamiento de la trama con historias particulares. Así, ningún capítulo presenta un mero recuento fáctico, ya que relatos paradigmáticos, anécdotas e incluso canciones de la época son integradas de manera elegante en la narración. Otra gran cualidad del libro es la constante reflexión sobre la situación actual. Así, la referencia a la “paz olvidada” en el título no es gratuita, ya que Karl destaca una y otra vez los muchos paralelos que hay entre la situación de 1958 y la de 2018. Aunque ambos contextos difieren en muchos puntos, Karl acierta al comparar los problemas de antes y de hoy, especialmente en lo relacionado con la consolidación de la paz a nivel regional y local. Tal como hace 60 años, el actual proceso de paz también peligra por la mala implementación de la restitución de tierras, por la falta de perspectivas laborales en el campo, la rampante corrupción, la mala

implementación de políticas públicas, la falta de garantías para los guerrilleros reinsertados y, recientemente, la ola de asesinatos de líderes sociales.

En este sentido, el estudio de Karl, que cierra con una explicación contundente de los eventos que llevarían a la formación de las FARC en 1964, deja claro que la clave para construir una paz estable aún está en el campo. También queda claro que los orígenes de la Violencia no tienen mucho que ver con factores externos, sino con el problema de la tierra, el sectarismo político, la impunidad y la falta de capacidad estatal, tal como se puede observar actualmente en las zonas más afectadas por el conflicto armado. Son estos paralelos los que hacen del libro de Karl una lectura recomendada para entender los problemas del proceso de paz en Colombia. Aunque se haya firmado un acuerdo de paz entre el gobierno de Juan Manuel Santos y la guerrilla de las FARC, la lectura de *Forgotten Peace* deja pocas dudas de que todavía hay grandes retos.

SVEN SCHUSTER

(UNIVERSIDAD DEL ROSARIO, BOGOTÁ)

**Dinah Leschzyk: *Politische Online-Kommunikation im kolumbianischen Präsidentschaftswahlkampf 2010. Eine Kritische Diskursanalyse*. Frankfurt a.M.: Peter Lang GmbH Internationaler Verlag der Wissenschaften, 2016. 434 páginas.**

According to the opinions of many experts, the election year of 2018 shall be of fate-defining importance for Colombia. The presidential elections early this year shall determine whether the country

will continue to follow the political path of the incumbent president Juan Manuel Santos, who will soon be leaving office, or whether it will abort the new route in favour of the common populist politics of the Ex-President Álvaro Uribe. The dissertation by the linguist Dinah Leschzyk on the presidential elections that took place two legislative periods ago may help to understand the present situation. In her work, Leschzyk depicts how on-line communication of political nature was used at its beginning in Colombia. Therefore, the explanations given by the authors hold certain truths about the current presidential electioneering.

The long and elaborate title of the dissertation should be no reason for the reader to shy away from reading this dense book with over 400 pages of theory-laden text. In spite of the author's arid style of writing, which doesn't exactly make the book into the perfect pillow reading material, the strict and compact analytical approach facilitates the understanding of the topic.

On the one side, the structuring of the text into equal chapters makes the text more accessible for the reader and facilitates a comparison between the individual candidates. But on the other hand, the constant repetition of the topics may render the reading somewhat exhausting for some readers.

As it is the case in most texts that make use of discourse analysis as a theoretical approach, the theoretical part tends to frighten away readers who are not well acquainted with this certain field of studies. However, the complexity and the controversy of the method leaves the author no other choice. Nevertheless, in

an overall look, the topic methodically precisely defined and possesses a well-determined corpus of primary sources.

Yet a part from the theoretical part it is fascinating how Leschzyk rummages through and organizes the bulk of sources, as well as how she manages to unravel the vague, almost cryptic tweets, blogs and Facebook posts, the real meaning of which are mostly hidden behind their textual structures. She manages all of the above mentioned while placing the media content of both sides in front of each other in a comparison. The graphic word clouds, which the author produces in order to properly illustrate the over wording of the candidates, are rather unique and constitute the perfect medium for the depicting of the political discourse.

It is not exactly clear whether the author resided in the country under consideration, on site, sort of speaking, in order to complete her research. However, it is noticeable that the piece of work was written by someone who did not exactly well-acquainted with political and historical conditions of Colombia. From a neutral perspective, this can be a positive aspect due to the author's impartiality in the face of such highly politicized topics. The negative effects of the lack of background knowledge include the fact that the reader will not be properly informed on the intricate context of the elections, and that the reader is, in a certain manner, left on his own with a highly elaborate text analysis.

More than once, topics are mentioned in which online communication is of relevance. However, these are not situated within their proper chronological and spacial, Colombian contexts. In spite of

Colombia being a part of the title of the article, the topic which is dealt with here is not a specifically Colombian problem. It could just as well be transferred to another region, being used as an analysis model. What Leschzyk's relation to Colombia is and why exactly she chose this specific country for her analysis, are questions that remain unanswered. Despite these criticisms, due to its rigid methodical approach, the specificity of the topic and the enormous corpus of primary sources, the text has turned out to be a success.

STEPHAN KROENER  
(UNIVERSIDAD DE LOS ANDES, BOGOTÁ)